

LAS INSCRIPCIONES CON ESCRITURA TARTÉSICA DE LA CUEVA DE LA CAMARETA Y SU CONTEXTO ONOMÁSTICO. (APORTACIONES SOBRE LA «CELTIZACIÓN» DEL MUNDO IBERO-TARTÉSICO)

MANUEL PÉREZ ROJAS

A Michel Lejeune y Jürgen Untermann

RESUMEN

Este artículo centra el estudio de las inscripciones prelatinas, dando especial énfasis a su lectura y cronología a su contextualización dentro de la exigrafía prelatina de la Península Ibérica.

Palabras clave: Inscripciones prelatinas, cronología, escritura tartésica, onomástica, epigrafía prerromana.

ABSTRACT

The present piece of paper deals with the study of pre-Roman inscriptions in the cave of La Camareta, focussing on their reading and chronology, as well as their contextualization within the pre-Latin epigraphy of the Iberian Peninsula.

Key words: Pre-Roman inscriptions, reading and chronology, pre-Latin epigraphy, Iberian Peninsula, tartessic inscriptions, onomastic.

SUMMARY

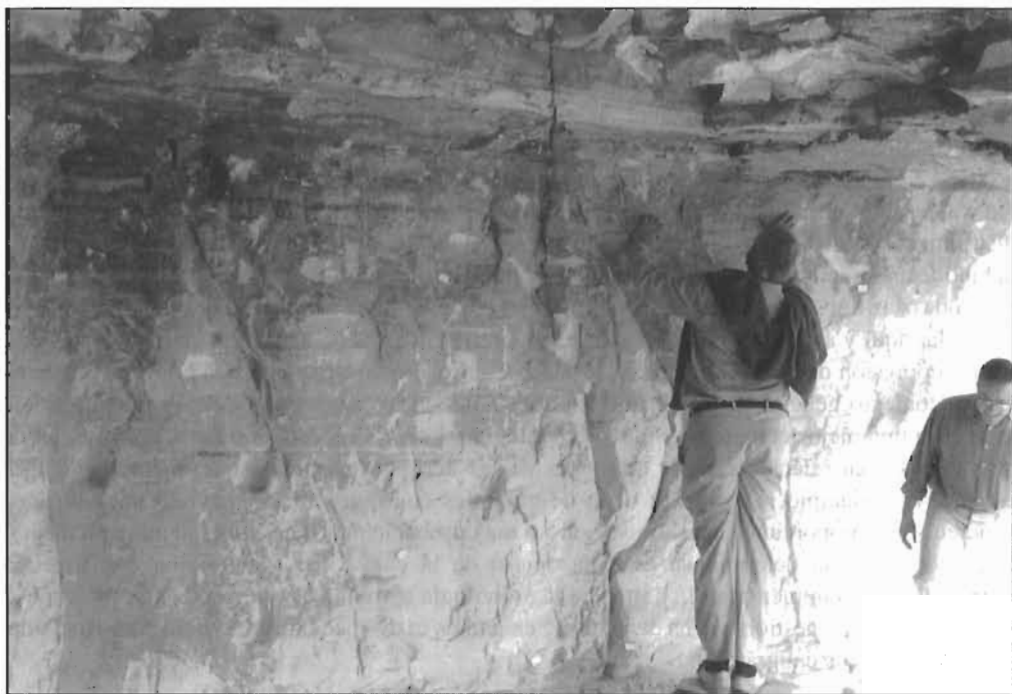
- I) The inscriptions and their surroundings
 - 1. Introduction
 - 2. The Tartesian Scripture: denomination problems
 - 3. The Tartesian Scripture: the problems related to its lecture
 - 4. A study of the epigraphs
 - Epigraphs with onomastic context
 - Metrological epigraphs
 - 5. The representations of the Camareta: morphology, chronology and lecture
- II) The onomastic and its context
 - 6. Notations on the Hispanic Pre-Roman Anthroponimy
 - 7. Indigenous Names in latin scripture:
 - Asturius, Cila, Marturius, Nirenae
 - 8. Indigenous Names in tartesian scripture:
 - Bite, Karos, Kotoś, -ibe, Okuan
 - 9. Final Reflexions: new data for the comprehension of the celtiberic phenomenon.
 - 10. EXCURSUS 1: The silbants in Hispanic 1 and 2.
 - 20. EXCURSUS 2: The lenition of the nasal labial
 - 30. Bibliografic abbreviations and bibliography

SUMARIO

- I) Las inscripciones y su entorno.
 - 1. Introducción.
 - 2. La escritura tartésica: problemas de denominación.
 - 3. La escritura tartésica: problemática en torno a la lectura.
 - 4. Estudio de los epígrafes.
 - Epígrafes con contenido onomástico.
 - Epígrafes metrológicos.
 - 5. El signario de La Camareta: morfología, cronología y lectura.
- II) La onomástica y su contexto.
 - 6. Acotaciones sobre antroponimia prerromana de Hispania.
 - 7. Nombres indígenas en escritura latina:
 - Asturius, Cila, Marturius, Nirenae.
 - 8. Nombres indígenas en escritura tartésica:
 - Bite, Karos, Kotoś, -Ibe, Okuan.
 - 9. Reflexiones finales: nuevos datos para la comprensión del fenómeno celtibérico.
 - 10. Excursus 1: Las silbantes en Hispánico 1 y 2.
 - 20. Excursus 2: La lenición de la nasal labial.
 - 30. Abreviaturas bibliográficas y Bibliografía.

1. INTRODUCCIÓN

1.1. El conjunto de inscripciones de la Cueva de la Camareta se ha ido realizando, sin



El autor comprobando las inscripciones «in situ».

solución de continuidad, durante un período de tiempo que abarca casi por completo los dos últimos milenios, lo que equivale a decir que incluye todas las modalidades de escritura que han regido en el sureste peninsular desde el comienzo de nuestra era. A juzgar por los indicios parece que durante un largo lapso de tiempo, posiblemente superior al milenio, la cueva ha mantenido cierta continuidad de uso ligada a la tradición religiosa, y al menos temporalmente con la función de eremitorio. Esta característica, bastante verosímil por el contexto de algunas inscripciones latinas y otras posteriores, fue puesta de relieve desde el primer estudio de reconocimiento¹, y mueve a pensar que todas las inscripciones datables en el primer milenio —incluidas las prerromanas— deban interpretarse ante todo en el contexto de la función que presumiblemente ha desempeñado el lugar durante ese dilatado período histórico. Esta opinión se ve reforzada por el hecho de aparecer al fondo de la estancia D huellas evidentes de lo que debió de ser la instalación de al menos dos literas superpuestas. A ello hay que añadir también la intensidad del ennegrecimiento producido por los humos, hechos que denotan la prolongación de uso como habitáculo, pese a estar situado a gran altura, en un corte actualmente inaccesible del acantilado.

1.2. La tarea que me ha sido encomendada se centra en la detección y el estudio de las posibles inscripciones prelatinas, con el encargo expreso de atender muy especialmente a la depuración de su lectura y a cuanto pueda deducirse en relación con su cronología; es decir, los

¹ González Blanco y otros, 1983.

dos aspectos más imprescindibles para entender en su contexto todo el conjunto epigráfico de la cueva. Ese objetivo —previamente aceptado— limita específicamente el alcance de mi estudio, que ha de entenderse remitido al contexto general de las diversas monografías que se incluyen en esta obra, dedicadas a inscripciones latinas, visigóticas, árabes o cristianas tardías posteriores a la reconquista, y muy especialmente ha de entenderse en conexión con los estudios que aluden a la cuestión geográfica, histórica y arqueológica, así como a las características materiales de tan interesante monumento rupestre. La mayor de nuestras inscripciones, con catorce signos distribuidos en dos líneas, ocupa una posición estelar en el conjunto de esta cueva, no sólo debido a sus proporciones, sino también al hecho de estar entroncada en la tradición tartésica, con todas las consecuencias que de ahí se derivan. Por todo ello me ha parecido pertinente intercalar aquí y allá algunas breves referencias generales, que resuman con cierta independencia mi impresión de conjunto, y puedan ayudar a ubicar las inscripciones con escritura indígena en ese contexto general, especialmente en conexión con los datos que de algún modo pueden incidir en una mejor comprensión de la cronología relativa. Pero, en todo caso, el lector habrá de valorarlas en relación con las opiniones de los demás especialistas que intervienen en el estudio. En principio la aparición o no de epígrafes con escritura indígena en unos lugares concretos nos proporciona un criterio seguro o muy probable para determinar la mayor o menor antigüedad de una determinada estancia dentro de la cueva. Pero incluso en este aspecto específico tiene también gran importancia la cronología aproximada que pueda atribuirse a los epígrafes latinos, cuestión que ha de juzgarse en ambos casos mediante el estudio comparado de sus características caligráficas.

1.3. Gracias al especial interés y a la solicitud que han mostrado los promotores de este trabajo, los epigrafistas hemos tenido la oportunidad de visitar la Cueva de la Camareta en múltiples ocasiones, con la posibilidad de utilizar en todas ellas varios días a jornada completa. Estas circunstancias han permitido una cierta familiaridad, tanto con las inscripciones que son objeto de cada estudio como con algunas características del conjunto. Aparentemente la magnitud del tiempo empleado no guarda relación con la extensión de las inscripciones, al menos en lo que se refiere a las prerromanas. Pero dada la abigarrada yuxtaposición, e incluso la superposición de grafitos y dibujos, era imprescindible que los especialistas de cada materia inspeccionaran con detenimiento, cuadrícula por cuadrícula, todas las paredes de la cueva, a fin de identificar lo más exhaustivamente posible las inscripciones correspondientes a cada período histórico.

1.3.1. Una preocupación, que siempre ha estado presente, ha sido la escrupulosa reproducción de los calcos y el rigor en la descripción de los grafitos. Es cierto que esta actitud resulta inseparable en todo caso de la labor del epigrafista, pero en la presente ocasión era necesario extremar el cuidado, ya que el aislamiento de la cueva en zona despoblada, cercada por un pantano, y de acceso imposible sin la ayuda de escalas especiales de largo alcance —que es preciso trasladar previamente— nos hacía adquirir conciencia de una mayor responsabilidad a la hora de transmitir a otros aquello que hemos tenido el privilegio de estudiar reiteradamente *in situ*. Otra razón que nos movía a extremar el cuidado es la posibilidad de su deterioro futuro. No podemos omitir el hecho de que este monumento excepcional se encuentra en grave peligro. En primer lugar, aunque su acceso resulta casi imposible para el común de los mortales, parece relativamente fácil para escaladores deportivos, y muestra de ello es la aparición de algunas inscripciones con fecha reciente que han deteriorado otras más antiguas. También la evidente

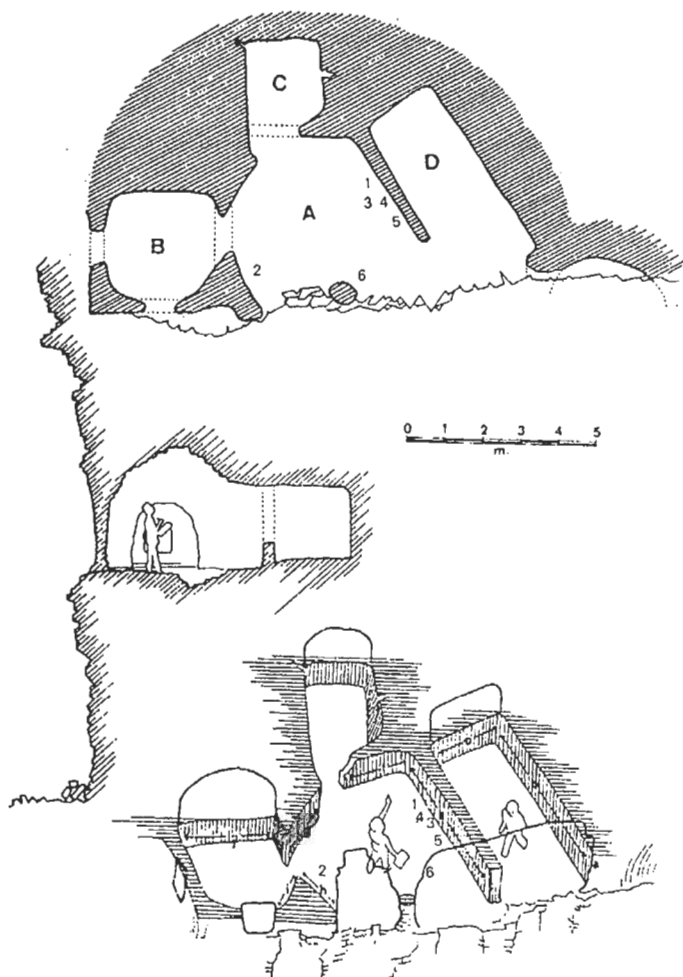
superposición de muchos trazos recordaba constantemente la necesidad de ese especial cuidado. Pero lo cierto es que la realidad de los hechos ha resultado ser más favorable de lo que a primera vista cabía sospechar, muy especialmente en lo que se refiere a las inscripciones prelatinas. Si excluimos una fractura de la piedra que ha hecho desaparecer el final de la inscripción nº 1, cabe decir que el conjunto de los grafitos en caracteres tartésicos se ha conservado intacto, sin deterioro alguno debido a trazos posteriores, accidentales o no. En consecuencia tanto el aspecto material de los epígrafes como la identidad formal de cada signo en particular resultan ser nítidos y seguros, tal y como puede apreciarse en los dibujos y en las correspondientes fotografías que se adjuntan.

1.3.2. En términos generales cabe la posibilidad de que alguna otra inscripción haya sucumbido bajo grabados posteriores, pero nada nos autoriza a pasar de la simple presunción a la afirmación taxativa a la vista de un caso concreto, al menos en relación con el tema que nos ocupa, y sin que esta observación sea extensible a los demás períodos epigráficos. En reiteradas y detenidas inspecciones, incluso con ayuda de una lupa, no he podido encontrar rastros que me permitan sospechar la presencia de una inscripción tartésica o ibérica parcialmente anulada por la superposición de un grabado cualquiera posterior. Así pues, en el supuesto de haberse producido en algún caso esta circunstancia —y posiblemente se produjo— habremos de admitir que la inscripción anterior desapareció totalmente. Hay varios ejemplos de zonas intencionadamente relabradas y pulidas con el fin de grabar sobre una superficie limpia una determinada inscripción, generalmente tardía. Este es el más claro ejemplo de hasta qué punto han podido desaparecer por completo algunos de los escritos más antiguos. Pese a todo no puedo concluir estas observaciones sin manifestar que el proceso de estudio de esta cueva lo damos por iniciado, no por concluido. Todavía es posible algún tipo de rebusca con medios más sofisticados; pero —aún dentro de esa prudente expectativa— no cabe esperar nada sustancial, fuera de algún signo suelto que haya podido pasar desapercibido. No puedo ocultar que la inscripción nº 5 la descubrí en las últimas visitas y no en las dos o tres primeras. Bien es cierto que esta inscripción, en sentido estricto, consta de un sólo signo de cortas dimensiones, situado en el extremo de la bóveda del techo, y fuera de la zona señalada por cuadrículas, o dicho en otras palabras: se encuentra fuera del contexto general. Pese a ello es un dato que impone cierta humildad, que relativiza las anteriores afirmaciones, y que incita a no cerrar definitivamente las posibilidades de futuros estudios *in situ*.

1.4. La cueva de La Camareta consta de una estancia central, señalada con la letra A en la figura adjunta (§ 1.4.1), en torno a la cual se abrieron posteriormente otras tres estancias, a la izquierda, al fondo y a la derecha, que dan a la planta la forma de una cruz irregular, y que aparecen marcadas en la misma figura con las letras B, C y D respectivamente. La orientación previa de la estancia A, abierta al exterior, obligó a que las ampliaciones posteriores se labraran a través de las caras internas, lo que proporciona a la planta forma de cruz griega, ligeramente irregular por las mayores proporciones de la estancia D. La estancia del fondo, señalada con la letra C en la figura adjunta, es de muy reducidas proporciones, tiene su base a mayor altura, en forma de escalón, y parece haber desempeñado la función de hogar, con sus paredes totalmente ennegrecidas por el humo. Las inscripciones prerromanas se encuentran exclusivamente en las paredes o columnas que se abren en la estancia central, en el crucero, y no existen indicios de restos de esta escritura en las ampliaciones laterales. Aunque esta razón no deba interpretarse

como absolutamente excluyente parece bastante significativa, y mueve a pensar que la fábrica primigenia constaba de una sola estancia, en torno a la cual se abrieron las ampliaciones, avanzado ya el proceso de romanización. Esto también pudo ser causa de la desaparición de posibles inscripciones más antiguas en lugares muy señeros, que son los lienzos de pared en los que se abrieron las ampliaciones sucesivas.

1.4.1. Planos, perfil y levantamiento de la cueva de La Camareta, según dibujo del profesor P.A. Lillo Carpio, amablemente cedido para señalar en él la posición de nuestras inscripciones². Los números colocados en torno a la estancia A señalan el orden en el que se encuentran las mismas y su posición aproximada. La inscripción n° 4 se encuentra bajo la n° 3, y la n° 6 sobre el primer tercio de la gran arcada. La silueta humana dibujada en el centro señalaría con la mano izquierda la posición de la inscripción n° 1, en la parte superior de la pared.



2 Vid. González Blanco y otros, 1983, lámina I.

1.5. La inscripción nº 1 —la única relativamente extensa— se grabó junto al ángulo del techo, en la parte superior de la pared labrada entre las estancias A y D, que resulta ser la zona más afectada por la acción de los humos. Inmediatamente debajo de dicha inscripción se hizo saltar una extensa capa de piedra, y en la superficie limpia que quedó se grabaron tres caballos, con rasgos muy firmes y seguros, cuyo realismo permite atribuir a su autor gran destreza y un cierto aire de experto en la ejecución de dibujos. Quien retocara esta superficie de piedra, fuera o no el mismo grabador de los caballos, tuvo un cierto cuidado en conservar la inscripción primitiva, pues resulta evidente que el borde de la fractura es irregular para dejar a salvo la segunda línea del escrito. Hubieran bastado dos o tres golpes para hacer saltar casi totalmente la capa de piedra en la que se sustenta la inscripción y conseguir, por mero instinto de simetría, que todo el ángulo de la pared quedara uniforme y limpio de la acción de los humos. Hay que añadir que la fractura coincide en parte con una franja de contacto ligada a la formación estratigráfica en el proceso geológico, es decir, una discontinuidad natural de la piedra que favorecería la rotura en sentido horizontal. En consecuencia es lícito suponer que el carácter enigmático de estos signos, aún en el supuesto de que ya se hubiera perdido la memoria de su significado, debió infundir un cierto respeto al autor o autores del retoque, y les incitó a conservarlos.

1.5.1. No contamos con un análisis químico o microscópico que nos permita cuantificar de alguna forma la intensidad de los efectos del humo en cada cuadrícula, y en general tampoco parece rentable ni necesario, ya que esa posible cuantificación aritmética no puede dar un resultado contrario a lo que visualmente se observa, que permite establecer racionalmente, con ciertas garantías, una cronología relativa entre varios grabados contiguos. Es ésta a mi juicio una de las circunstancias dignas de ser destacadas, que proporcionan a la cueva un dato más de interés, sumamente gratificante para la visión de conjunto. En relación con este fenómeno cabe afirmar con absoluta seguridad que los caballos no forman parte del contexto de la inscripción en caracteres tartésicos, y hay que situarlos en un momento posterior, aunque no muy alejado, y posiblemente dentro del período romano. Los humos, siguiendo el curso natural del aire, corrían generalmente junto al techo, de forma que la intensidad del ennegrecimiento disminuye a medida que descendemos hacia el suelo, o nos alejamos de los rincones donde el aire quedaba momentáneamente retenido. Ahora bien, la diferente intensidad del ennegrecimiento entre la superficie ocupada por la inscripción y la ocupada por el grabado de los caballos parece significativa, y denota posterioridad. No obstante la concurrencia de otros datos nos indica también que el lapso de tiempo que medió entre ambos grabados fue relativamente corto. En efecto, resulta evidente que la intensidad de ahumado disminuye bajo la zona de la fractura que afecta al final de la inscripción, pero también es evidente que las líneas de incisión del grabado de los caballos están totalmente ennegrecidas en su interior, de forma que a simple vista parecen líneas negras. *A fortiori*, se encuentra otro caballo, debido a la misma mano, grabado en la parte superior de la bóveda, en la cara interna de la arcada que sirve de pórtico. La zona del techo, como es obvio, se encuentra totalmente ennegrecida, por lo que no es posible establecer en este caso concreto matices de cronología relativa, pero es significativo que el interior de los trazos de este grabado esté totalmente invadido por los efectos del humo. En contraposición a estos datos, observamos que las inscripciones en letra árabe, e incluso algunas del período romano-visigótico, aparecen como líneas blancas sobre el fondo más o menos ennegrecido de la pared. En conclusión podemos afirmar que los caballos se grabaron en fecha posterior y relativamente

próxima a la de las inscripciones prelatinas, de forma que quedaron afectados por los humos a lo largo del período en el que la cueva se utilizó como habitáculo con mayor intensidad y con mayor continuidad. Esto es lo que se desprende al examinar la distinta graduación de los efectos del humo, especialmente si se compara con las inscripciones en caracteres latinos o árabes más próximas a estos dibujos.

1.5.2. Hasta el final del dominio de los visigodos mantiene cierta vitalidad el núcleo urbano de Tolmo de Minateda, situado en la orilla opuesta del río, y es lógico suponer que el período más intenso en la vida de la cueva coincida con el del núcleo urbano al que indudablemente pertenecía³. El grabado de los caballos podría situarse sin dificultad entre el final del período romano y el inicio de la dominación de los visigodos. En cambio no parece posible retrasarlo al período musulmán, en el que obras de este tipo son relativamente raras, máxime en un contexto más o menos ligado a cierta tradición religiosa y en el ambiente claramente rural en que queda sumida la comarca tras el abandono de la plaza fortificada de Tolmo de Minateda. La cronología relativa que nos señala los efectos del humo en la cueva concuerda perfectamente con estas deducciones. En realidad el tema de los caballos grabados en la cueva es ajeno a mi cometido, ahora bien aquí aparece de algún modo relacionado con los epígrafes prelatinos, y el mismo fenómeno se registra en otros contextos epigráficos. Es ésta la única consideración en la que me detengo, independientemente del estudio de los dibujos, que corresponde a los especialistas en la materia. Desde un punto de vista profano y muy genérico, los caballos de La Camareta recuerdan a los grabados ibéricos de Binéfar⁴ —las crines, las bridas sin jinete, la posición firme de los cuartos traseros mientras las patas delanteras inician un conato de salto— sin que esto signifique que haya una relación entre ambos grabados. Por el contrario lo que quiero destacar es precisamente las diferencias. Los caballos de Binéfar miran hacia la derecha, y esto es un rasgo común y general en los jinetes de las monedas acuñadas con caracteres ibéricos, incluidas las del área celtibérica, y por supuesto las más relacionadas del entorno inmediato, como las de **Bolskan** (Huesca), MLH A,26 y A.40. En cambio los caballos de La Camareta corren hacia la izquierda, y esta misma posición es la que encontramos en las monedas de **Ikalosken**, reductible a los *egelastani*, cuya localización en la vecina comarca de Yecla resulta evidente⁵. Esta coincidencia parece suficientemente expresiva como para no ser atribuible a mera casualidad, sino más bien ligada a tradiciones ancestrales. La posición de los caballos en la moneda de **Ikalosken** es una clara excepción, y marca una frontera con el resto del área levantina. Pero sólo puedo limitarme a mencionar estos hechos curiosos, reiteradamente constatados en relación con epígrafes indígenas de época romana, y dejar que sean los especialistas en arte y en grabados quienes encuentren las explicaciones y extraigan las posibles consecuencias.

3 En el Tolmo de Minateda desarrolla una importante labor arqueológica el profesor Abad Casal, en relación con la cual se incluye un capítulo en este mismo libro, vid. también lo relativo a la onomástica de Minateda en el § 7.

4 Untermann, J., *MLH* III, D.12.2, lámina en p. 178, sobre la estela con inscripción, encontrada en el mismo contexto, vid. A. Beltrán 1970: La Inscripción de Binéfar en el Museo de Huesca, p. 518 s.; F. Marco Simón y V. Baldellou, 1976.

5 Pérez Rojas 1980 p. 205-207; está fuera de dudas que la descripción de las sales medicinales *egelastanas*, debida a Plinio (N.H. XXXI, 80), corresponde a la sal de magnesio de La Higuera; mi hipótesis fue aceptada por los profesores R. Marfil, E.P. Bermejo y J.A. de la Peña, del Departamento de Geología de la Universidad Complutense, en *Estudios Geológicos* vol. XXXI, CSIC, Madrid 1975, p. 543-553; en el mismo sentido ha sido aceptado por M. Ruiz Bremón 1985 y E. Ruano Ruiz 1987.

1.5.3. La fractura a la que hago referencia en los párrafos anteriores es posible que formara parte del plan de remodelación, en el momento de abrirse la estancia D. Contrasta el carácter acusadamente regular y uniforme de esta pared en relación con las restantes de la estancia A, precisamente a medida que se rompe la regularidad en la estructura de su planta. La pretensión de que la estancia D fuera perfectamente regular obligaría a trazar los ángulos exteriores del muro intermedio con cierta meticulosidad, de modo que sirvieran de guía y perspectiva para su labrado. Esto pudo determinar previamente el retoque del muro intermedio por el lado de la estancia A, y esta labor contribuiría a borrar los posibles grafitos de la zona más asequible y al alcance de la mano. Desde luego es notorio que en la parte inferior y derecha de esta pared falten vestigios atribuibles al período prerromano, máxime cuando es presumible que —por mero mimetismo— la inscripción principal, situada en la parte superior, junto al techo, incitara a dejar alguna que otra huella a lo largo y a lo ancho de esta misma superficie.

1.6. El material epigráfico prerromano viene ser el más exiguo de La Camareta, ya que tres de las seis inscripciones resultan ser anotaciones metrológicas de sentido poco inteligible, dos de ellas con un sólo signo. Pero tanto la segura o probable atribución a distinta mano como la distribución en la que aparecen, dispersas en las caras opuestas de la estancia A, permiten afirmar que la Cueva de la Camareta estuvo ya frecuentada —en torno al cambio de Era o poco más tarde— en un momento en el que la escritura indígena conserva todavía cierta vitalidad en la comarca, sin que esto nos determine a fijar el momento de la apertura inicial del habitáculo, que pudo ser relativamente más antiguo. Dado que se trata de una cueva artificial, labrada en la roca por la mano del hombre, sólo podemos partir de un término *post quem*. Al ser bastante claro el proceso de ampliaciones sucesivas, nada nos autoriza a negar la posibilidad de que ese proceso comenzara varios siglos antes, de lo cual ha desaparecido todo vestigio a medida en que las paredes fueron abriéndose para aumentar la capacidad de la cueva. El término *ante quem* hay que remontarlo ampliamente a un momento intermedio entre el cambio de Era y la datación que en el futuro pueda establecerse para el poblado ibérico situado sobre la cima del monte, en cuyo precipicio se abrió la cueva, y del que quedan abundantes restos cerámicos en todo el entorno, muy especialmente los que dejan al descubierto las aguas del pantano a lo largo de más de cuatrocientos metros. El suelo de la cueva está igualmente labrado en roca, lo que nos priva de toda referencia estratigráfica, salvo lo que en su momento pueda aportar una excavación en el entorno exterior, posibilidad de la que no podemos esperar grandes resultados dadas las características del terreno.

1.7. La única referencia cronológica de que disponemos es la que pueda desprenderse de las inscripciones conservadas, que no excluyen la posibilidad de que otras más antiguas se hayan perdido. Esta es la causa de que nos hayamos detenido en los párrafos anteriores a mencionar los lugares en los que racionalmente podemos suponer la presencia de inscripciones indígenas desaparecidas. Al menos en un caso la sospecha parece fundada. Los caballos a los que hago referencia más arriba se grabaron en una superficie en la que previamente se relabó la piedra, posiblemente para alisar las irregularidades y conseguir la perfecta imitación de un muro. La inscripción mayor, grabada en la parte superior, corresponde a la zona más ennegrecida por efecto de los humos, lo que ya nos permite afirmar que se trata del vestigio más antiguo desde la apertura de la cueva. Aunque nos anticipemos al estudio del signario, que corresponde al § 5, cabe adelantar desde ahora que la inscripción principal, por sus características caligráficas,

no puede ser anterior al cambio de Era. En consecuencia podemos afirmar que al menos esta parte de la cueva de La Camareta debía estar labrada entre finales del siglo I a.C. y el inicio del siglo I de nuestra Era. Si anteriormente hubo un habitáculo sería muy reducido, y sus huellas desaparecieron al retallarse las paredes laterales. Estas son las conclusiones más objetivas y ponderadas que se obtienen desde la perspectiva del epígrafe mayor con escritura tartésica. A lo sumo podríamos retrasar en algunas décadas la cronología de este inicio, ya que es muy poco lo que sabemos sobre la perdurabilidad de la escritura indígena tras la romanización, especialmente en lugares relativamente apartados, como lo es esta comarca. Pero en contrapartida, y a la luz de lo hasta ahora conocido sobre las peculiaridades caligráficas, en modo alguno podemos retrotraerlo y aumentar su antigüedad más allá del cambio de Era. Todo esto, entendiéndose bien, juzgando las cosas desde la perspectiva de los epígrafes con escritura indígena de tradición tartésica.

I. EL SISTEMA DE ESCRITURA EN LA CUEVA DE LA CAMARETA

2. LA ESCRITURA TARTÉSICA: PROBLEMAS DE DENOMINACIÓN

2.1. Un dato que conviene aclarar desde el principio es que las inscripciones de la Cueva de la Camareta no son ibéricas, al menos en el sentido estricto, ya consagrado, que hoy se le atribuye al término, limitado específica y convencionalmente a la escritura de las regiones levantinas. Tanto la calificación de «ibérico» como la lectura que en principio se atribuyó al epígrafe nº 1 —reconocido entonces sólo parcialmente— han de entenderse como producto de la insuficiencia de medios materiales al alcance de quienes realizaron la inspección preliminar. La altura de algunas inscripciones, situadas sobre la cota de los dos metros, impide un reconocimiento perfecto al observador que se sitúa directamente sobre la plataforma de la cueva, pero además faltó en aquella ocasión la presencia de especialistas en escrituras indígenas, por lo que no es de extrañar la confusión, ya que cierto número de signos son ciertamente comunes en dos tipos de escritura bien diferenciados. Las inscripciones de la Cueva de la Camareta corresponden al tipo de escritura meridional de origen tartésico. Esta circunstancia plantea un problema de denominación que no está del todo clarificado en la bibliografía hoy al uso, y es obligado abrir un breve paréntesis para aludir a una cuestión elemental, aunque sólo sea para justificar la terminología utilizada en el título mismo que encabeza este trabajo.

2.2. En otra ocasión propuse el uso de los términos «Hispanico 1» para el signario meridional, de origen tartésico, que es la base sobre la cual se genera posteriormente el «Hispanico 2», o signario de la escritura levantina llamada convencionalmente ibérica. Esta forma de denominar las escrituras, escueta y aséptica, evita confusiones o rodeos innecesarios y resulta especialmente útil para aludir a cuestiones técnicas, sobre todo en trabajos especializados, por lo que mereció en su día la aceptación por parte de A. Tovar⁶. Ahora bien, la propuesta de una terminología técnica no se hizo con el ánimo de excluir el uso de otras denominaciones ligadas

6 Pérez Rojas 1996 (Curso 1), donde recojo la primera parte del estudio de mi Tesis Doctoral, aprobada por A. Tovar en 1978, con alusión expresa a la idoneidad de estas denominaciones = 1980 p. 51-180, vid. también 1986 p. 74-81, independientemente J.A. Correa se ha inclinado también por volver a rehabilitar la denominación de «tartésica» (1980 p. 377), aunque con distinto alcance y con una utilización ambigua en algún trabajo posterior, vid. por ejemplo 1993 p. 523 en relación con el signario de Espanca.

a la tradición o relacionadas con el contexto cultural y etnológico, sino únicamente con el deseo de unificar los criterios en el uso de la nomenclatura, y simplificar la referencia incluso con abreviaturas, que quedaría sistematizada con las siguientes equivalencias:

H-1 = «Hispánico 1»: «escritura tartésica», (semisilabario primitivo, difundido en la mitad meridional de la Península).

H-2 = «Hispánico 2»: «escritura ibérica», (semisilabario derivado del anterior, y difundido desde la costa levantina hasta el Ródano).

H-3 = «Hispánico 3»: «escritura cilbicena» o «libiofénice», (alfabeto limitado casi exclusivamente al sector ocupado por la actual provincia de Cádiz. Su implantación parece relativamente tardía).

H-4 = «Hispánico 4» o «escritura grecoibérica», (alfabeto utilizado en el sureste, donde coexisten también H-1 y H-2. Su importación es temprana, y es la causa determinante de que el Hispánico 1 evolucione hacia el Hispánico 2 entre finales del S. V y los comienzos del S. IV a. C., según indicios).

2.2.1. Aunque la escritura grecoibérica del sureste no es más que una versión reducida del alfabeto jónico —utilizado aproximadamente en torno a los siglos VI al V a C., y en la Península algo después— no es menos cierto que constituye una versión peculiar hispánica, y a diferencia de lo que ocurre con las escrituras estrictamente coloniales —fenicia, púnica y griega— pertenece a un uso netamente indígena. Algo similar sucede con la escritura de la región cilbicena. Por lo demás resulta un tanto ocioso añadir el «Hispánico 5», pero en rigor es el término que le corresponde al alfabeto latino en el período de transición a la romanización, utilizado también por elementos indígenas en áreas muy diversas de la Península.

2.2.2. Sólo admitido el esquema anterior, y con remisión a su específico significado, cabe utilizar subsidiariamente otras denominaciones, tales como las relativas a los puntos cardinales o a nombres geográficos más específicos, que fuera de ese nexo de referencia resultan inexpressivos y añaden más confusión que claridad a la hora de que otros lectores traten de captar con precisión el alcance de lo que escriben los especialistas. Se comprenderá todo esto a través de unos sencillos ejemplos. Los términos «meridional» o «levantino» pueden aplicarse indistintamente a casi todas estas escrituras, a no ser que se diferencien —con sentido excluyente, como a veces suele hacerse— el «suroeste» y el «sureste». Pero en el «sureste» rigen tres escrituras diferentes (H-1, H-2 y H-4), y las estelas portuguesas no puede separarse de las descubiertas en Extremadura, Sevilla y Puente Genil, que rebasan geográficamente la noción de «suroeste», sobre todo cuando jugamos también con el término «meridional», que es preferible utilizar en el sentido más amplio y comprensivo.

2.2.3. Algo similar ocurre cuando se utilizan nombres geográficos más específicos, tales como Contestania, Bastitania o Turdetania. Es cierto que Gómez Moreno, en el título de su último trabajo, sustituyó la denominación de escritura «tartésica» —utilizada en sus Misceláneas— por la de escritura «bástulo-turdetana». Pero a ese mismo título le añade entre paréntesis,

como aclaración «primitiva hispánica». Es decir, que la noción de «bástulo-turdetana», que puede tener ciertos apoyos en la vigencia y extensión de estos nombres, incluidos los «*turduli*» de la cuenca del Tajo, ha de entenderse genéricamente como «primitiva hispánica», lo cual le otorga un sentido más aséptico, que se prestaría a interpretaciones muy diversas, de las que no se puede excluir la referencia a lo tartésico. Pese a esta interpretación —un tanto forzada en favor de Gómez Moreno— no podemos silenciar que la denominación que eligió a la hora de publicar su trabajo resulta poco afortunada, y así lo ha reconocido la crítica posterior con bastante unanimidad. Con otros subterfugios algunos autores posteriores se han sentido reacios a adoptar abiertamente la denominación de «tartésica», porque el período tartésico termina convencionalmente al iniciarse el siglo IV a.C., mientras que la mayor parte de las inscripciones de la región andaluza son posteriores a esa fecha, y surgen cuando las fuentes comienzan a denominar turdetanos a los que antes denominaron tartesios.

2.2.4. El problema —a mi juicio más aparente que real— es que el término «tartésico» parece anacrónico. Pero esta supuesta anacronía no es más que un error de perspectiva, condicionado a que el adjetivo se aplique adecuadamente a la escritura como sistema o al epígrafe como soporte de esa escritura. Naturalmente los epígrafes —a más de arcaicos o tardíos— podrán ser denominados turdetanos, oretanos o bastitanos en relación con el lugar de donde proceden, pero el sistema de escritura utilizado en todos ellos es indiscutiblemente el tartésico. Por ahora no es posible determinar si el supuesto gramático inventor de este sistema de escritura era un nativo de la misma Tartessos o de un núcleo cualquiera de su periferia. Tampoco nos interesa para justificar la denominación. Nos basta con saber que Tartessos es la única entidad real e histórica capaz de sustentar dentro de su ámbito un sistema de escritura y derramarlo además, como muestra de su impacto cultural, sobre las rutas marítimas y terrestres en las regiones limítrofes de sus fronteras.

2.2.5. Hoy podemos afirmar con propiedad que en la Europa del sector occidental sigue vigente el alfabeto de origen latino, mientras que en zona oriental predomina el alfabeto de origen cirílico. No importa que en España se utilice una tilde para la ñ y que con otros rasgos diferentes sobre vocales o consonantes se representen sonidos peculiares en holandés o en noruego. Tampoco importa la cuestión de estilos en el aspecto formal —como letra «gótica» o «inglesa»— ni mucho menos las peculiaridades caligráficas que pueden variar en el espacio, con el tiempo o por las singulares preferencias del individuo que escribe. En cualquiera de esos casos y otros muchos posibles tenemos vigente el alfabeto latino, sin que nadie tilde esta denominación de anacrónica. No veo razón alguna para tratar de forma diferente a la escritura tartésica, ni fundamento racional válido para considerar como anacrónica esta denominación, que parece ser la única legítima y avalable para el sistema.

2.3. El nombre de Tartessos ha planteado también alguna incertidumbre cuando se aplica referido a una entidad o «reino» que abarcaría un amplio sector del sur peninsular, cosa que para nosotros tiene capital importancia, como veremos seguidamente. Desde la perspectiva arqueológica no contamos con grandes monumentos ni con estilos unitarios que nos permitan definir las fronteras del supuesto reino, diferenciadas por oposición con los aportes arqueológicos de su entorno inmediato. Pero hay que tener en cuenta que Tartessos como entidad puede referirse a una situación más o menos similar a la de los griegos antiguos, con algunas afinidades lingüís-

ticas, políticas y religiosas que no tiene por qué estar materialmente representada en los restos arqueológicos. Por otro lado, las fuentes que hacen referencia a Tartessos como entidad superior destacan también los nombres de los pueblos que la componen, entre ellos iberos, cilbicenos y mastienos, a más de los tartesios en el sentido específico del núcleo del que deriva el nombre. Incluso en el reducido espacio cilbiceno, Avieno distingue los *regna Cilbicene*, en plural. Esta peculiaridad mueve a pensar en una entidad cuyo nexo de unión, fuere o no de tipo federativo o similar, o meramente religioso o lingüístico, no es en principio determinable, y en la que lo presuntamente unitario complementa y no excluye a lo característico de las diversas regiones y pueblos que la integran.

2.3.1. Hay sin embargo un vestigio común —en principio ligado a la función administrativa— que nos ha sido proporcionado por la Arqueología, aunque hasta el momento no haya sido suficientemente valorado— y éste es el de la escritura. Los sistemas de escritura surgen para satisfacer unas necesidades ligadas a la contabilidad y la comunicación entre los núcleos administrativos de un territorio. Un ejemplo muy próximo lo tenemos en las tablillas cretenses y micénicas, y un testimonio relativamente afín lo constituyen los plomos ibéricos con contabilidad, de lo que tenemos también ejemplos meridionales en Gador (Almería) y en Jumilla (Murcia)⁷. La difusión del sistema de escritura tartésica es hasta el momento el más importante testimonio arqueológico para detectar la extensión de un determinado impacto cultural, que abarca, e incluso rebasa, los hitos territoriales mencionados en las fuentes históricas. También se comprende hasta cierto punto la menor densidad, o ausencia de inscripciones de este tipo, en los puntos costeros en los que las mismas fuentes distinguen un fuerte impacto colonial foráneo, principalmente de stirpe fenicia.

2.3.2. Si nos atenemos a fijar los límites en el contexto de los datos recogidos por Avieno, observamos que el territorio se extiende desde el curso del Guadiana hasta el curso del río Segura⁸. Precisamente junto a uno de los afluentes del Segura se encuentra la Cueva de la Camareta, y esta circunstancia creo que justifica las anteriores disquisiciones en torno al empleo del término tartésico. La importancia del núcleo epigráfico que estudiamos se deriva por la concurrencia de varias circunstancias. En primer lugar es digno de destacarse el carácter rupestre, especie ésta de la que tenemos muy pocos ejemplares, a lo que hemos de añadir el hecho de ser una estación enclavada en el confín de la Tartésida. Así pues, tanto por la tipología del signario utilizado en los epígrafes como por el lugar geográfico en el que se ubican, representa legítimamente la supervivencia del más importante rasgo cultural de Tartessos, el de la escritura. Esto no significa que hayamos de atribuir a estos epígrafes una antigüedad superior al siglo IV a.C.; muy al contrario, por sus características caligráficas los suponemos muy tardíos, y lo que se deriva de su contexto permite aseverar que se trata de uno de los epígrafes más tardíos, hasta el punto de que podemos aceptarlo convencionalmente como el último testimonio de la escritura indígena prerromana. Ahora bien, la cronología del epígrafe no nos impide reconocer que representa una tradición en el uso de la escritura de origen tartésico, dentro del territorio en el que dicho sistema se creó. Por causas muy diversas los hallazgos

7 Sobre el hallazgo en Jumilla de un plomo escrito en caracteres grecoibéricos, y con datos de contabilidad, vid. Muñoz Amilibia, A., 1992.2.

8 Avieno, *Ora Maritima*, v. 205, 223 s. y 456-463.

epigráficos en la mitad meridional resultan ser menos densos que en las regiones levantinas. Debido a esta desproporción el hallazgo de una nueva inscripción en el área meridional tiene siempre un valor añadido. En el caso que nos ocupa merece señalarse además el hecho de ser un nuevo jalón fronterizo, que nos permite delimitar la frontera interior entre el territorio propio y el campo de influencia hacia levante de esa antiquísima y mítica entidad que fue Tartessos.

3. LA ESCRITURA TARTÉSICA: PROBLEMÁTICA EN TORNO A SU LECTURA*

3.1. El fin primordial que se persigue con este estudio es proporcionar a los lectores el contenido epigráfico de La Camareta con las máximas garantías de lectura. Paralelamente hay que considerar la importancia objetiva de este conjunto epigráfico, por ahora único en su género, y el papel destacado que tiene aquí la aparición de un testimonio del sistema de escritura tartésica en la fase final de su pervivencia.

3.2. El desciframiento de la escritura tartésica, nos viene históricamente supeditado al desciframiento previo por Gómez Moreno de la escritura ibérica levantina, de ahí que no resulte fácil captar el verdadero alcance de la problemática actual sin aunar las perspectivas como partes de un mismo proceso todavía inacabado, o al menos todavía no suficientemente explicado en lo que respecta a su relación metodológica. La tabla de valores del signario ibérico la proporcionó por primera vez Gómez Moreno en 1922 y añadió algunos ejemplos de lectura en 1925, todo ello con incidencia muy escasa en la crítica del momento⁹. En realidad la explicación metodológica no aparece claramente expuesta, aunque de forma muy concisa, hasta 1943. A partir de esta fecha se abre el desciframiento a la erudición española, aunque no sin algunas reticencias y todavía con muy limitado alcance en la divulgación universitaria¹⁰. Lo cierto es que el pensamiento de Gómez Moreno resultaba «muy denso en contenido», y por ello «difícil de entender para un lector primerizo»¹¹. Sólo un reducido grupo de eruditos llegaron a captarlo, y ésta fue la causa de que, en el ambiente científico del momento, se esperara con cierto interés que su más destacado discípulo sacara a luz un manual más asequible para la comprensión y el aprendizaje. Esta circunstancia no ha sido ni específica ni suficientemente destacada en la bibliografía posterior, y en el momento actual no podríamos constatarla de no ser por un interesante trabajo de Luis Michelena¹². Se trata de una breve recensión, muy sustanciosa por su contenido crítico, donde se identifica el trabajo de Caro Baroja como un «manual» de epigrafía ibérica, tiempo atrás prometido por dicho autor. El hecho tiene interés para nosotros, porque no será fácil que el universitario medio que trate de iniciarse en el tema encuentre muchas referencias escritas u orales donde una obra tan frecuentemente citada, como lo es la de Caro Baroja, le sea recomendada expresamente en calidad de «manual» básico para el aprendizaje. Justo es reconocer que tampoco ha sido citada en la bibliografía de las últimas décadas la mencionada

* Límite aquí la crítica a la teoría de la redundancia. En relación con Untermann 1961 vid. comentario en o. cit. nota 6.

9 Gómez Moreno, (1922 =) 1949 p. 226; (1925 =) 1949 p. 244; (1943 =) 1949 p. 266 s. y p. 275.

10 «Hay que advertir —dice Caro Baroja— que el sistema era conocido de bastante antes. Pero sea por rivalidades de escuela, sea por falta de práctica, sea porque Don Manuel había sido poco dado a suministrar explicaciones, el caso es que los arqueólogos no lo habían divulgado mucho», Caro Baroja, 1954 = 1963 p. 677 ss.

11 Caro Baroja, 1963 p. 692.

12 Michelena, 1947. Son también interesantes las recensiones de René Lafon, 1948 y 1956.

recensión de Michelena. Todo esto pone de manifiesto que la crítica —ocupada en la investigación de temas específicos— ha prestado muy poca atención a los aspectos pedagógicos y didácticos. Por ello no es de extrañar que el tema de la epigrafía ibérica en general, y especialmente el de la epigrafía meridional, no cuenten para el aprendizaje del universitario con una bibliografía tan expedita, clara y completa como sería deseable. Esto equivale a decir que los obstáculos para facilitar el acceso de nuevos investigadores, aunque se deban a causas distintas, han persistido a lo largo del tiempo, como un mal endémico, que ha impedido la formación del *quorum* que realmente se merece esta materia en el contexto de la investigación sobre la Hispania Antigua.

3.3. Por todo lo expuesto arriba es pertinente retrotraernos a esos primeros momentos, de los que podemos extraer muy valiosas enseñanzas de cara al futuro. «La crítica —dijo por entonces Caro Baroja— no queda satisfecha, en el mundo científico, si los descubrimientos no van acompañados de aclaraciones técnicas y metodológicas»¹³. El deseo de cumplir esa exigencia fue lo que movió al citado autor a penetrar en el pensamiento «denso» de Gómez Moreno a fin de hacerlo más asequible para la divulgación; es decir «volver a exponer todas las razones que contiene y algunas más de manera menos subjetiva y personal, desarrollando ciertos de los pensamientos y dando apoyo a otras afirmaciones que aparecen allí solas»¹⁴. De esta forma lo que Gómez Moreno explica en poco más de siete páginas Caro Baroja lo multiplica por diez, con profusión de cuadros sinópticos como ayuda para asimilar, desde todas las perspectivas posibles, el desarrollo lógico de la investigación llevada a cabo por el sabio granadino. Es a través del trabajo de Caro Baroja donde el lector —hasta cierto punto— puede visualizar la estructura del sistema y el juego de las reglas pertinentes que corroboran la validez del desciframiento. La obra de Caro Baroja supone una verdadera recreación, y es a partir de esa fecha cuando se incrementó el número de los estudiosos, que enriquecieron notablemente la bibliografía sobre el tema.

3.4. El estudio de Gómez Moreno sobre el desciframiento de la epigrafía tartésica se retrasó durante más de veinte años, hasta su publicación en 1962¹⁵, y en tan largo período de tiempo, sin datos suficientes para el estudio y con sólo algunos ensayos aislados, como los de P. Beltrán¹⁶, faltaron los elementos imprescindibles para que se formara un *quorum* suficiente entre los estudiosos de entonces. En tales circunstancias no es exagerado afirmar que la obra de Gómez Moreno sobre epigrafía meridional vino a caer en un inmenso vacío. Es cierto que el mismo Caro Baroja introdujo en la obra ya citada un breve capítulo relativo a la epigrafía meridional, y con todo acierto lo incorporó como parte del mismo proceso metodológico. Pero por entonces el material era insuficiente, y sobre todo muy deficientemente conocido, por lo que este capítulo resultó prematuro y sólo mínimamente aprovechable. Así pues, aunque puede decirse que en parte supera metodológicamente a otros intentos anteriores de lectura —entre los que hay que contar el de Schulten— ninguno de estos trabajos lograron evitar que llegáramos hasta 1962 con insuficiencia de *quorum*.

13 Caro Baroja, 1963 p. 694; para una visión de conjunto vid. Gómez Moreno, 1949 p. 266-267 y 271-277, en comparación con Caro Baroja 1963 p. 679-812, especialmente p. 692-748.

14 Caro Baroja, 1963 p. 703 y s.

15 «La escritura Bástulo-Turdetana», Madrid, 1962.

16 Beltrán Vilagrassa, 1954: «El plomo escrito de la Bastida (Mogente), SIP, N° 16; posteriormente publicó las *addenda et corrigenda*, en SIP N° 23, Valencia 1962.

3.5. La carencia de *quorum* hizo que no se acometiera en su momento con la escritura meridional una labor semejante a la que Caro Baroja realizó para dar a conocer el desciframiento del ibérico. Incluso este autor había dirigido por entonces su atención hacia otros derroteros. Uno de los escasísimos autores que llegaron a captar el desciframiento de la escritura fue Michel Lejeune, que elogió la perfecta concordancia en lo referente a la unidad del sistema, y dio por descifrada la escritura meridional¹⁷. No obstante Lejeune llama la atención sobre la excesiva parquedad en las explicaciones de Gómez Moreno. Pero hay que tener en cuenta que Gómez Moreno, al igual que años antes con la escritura ibérica, se limitó más que nada a proporcionar el desciframiento, sin detenerse en demostrarlo, labor que consideraba propia de los discípulos. Sólo en lo referente a las silbantes intentó probar Lejeune una posible corrección al sistema. Pero hoy, la aparición de nuevos epígrafes, nos permiten comprobar la validez de las primitivas lecturas, y salvada la única duda de Lejeune, queda plenamente revalorizado el desciframiento, tal y como este autor lo reconoció. Lo que aquí pretendemos no es más que retomar la tarea, olvidar lo que con toda propiedad podemos denominar el «período oscuro» de la epigrafía tartésica, que ha durado más de treinta años, y aplicar las enseñanzas de muchos y grandes maestros. Lo mejor, estimo, que puedo hacer aquí es llevar a la práctica el sistema de lectura descifrado por Gómez Moreno, servir de homenaje a Michel Lejeune, primer reconecedor del desciframiento, con quien la crítica española tiene una inestimable deuda, y poner en práctica —para probar la validez de las lecturas— la teoría del *Namenlandschaft* de Untermann, que incorporada a la tradición anterior, iniciada por Tovar, guarda la clave para ulteriores investigaciones en el campo de la Historia Antigua. Con el fin de ilustrar debidamente las lecturas, e iniciar con este trabajo la revalorización de las lecturas de Gómez Moreno, doy a continuación las tablas fundamentales sobre los valores de los signarios hispánicos.

3.6. Cuadro de valores del signario según Gómez Moreno.

ibérico		bástulo turdetano	fenicio	griego arcaico	ibérico	bástulo turdetano	fenicio	griego arcaico
R D P P	a	Δ Δ	κ ϙ	ϙ A	ρ ϙ	γ	ϙ ϙ	γ ϙ
E E E	e	ϙ ϙ (ϙ ϙ)	ϙ	ϙ	χ χ χ	bo ϙ ϙ ϙ		
M M	z	ϙ ϙ (ϙ ϙ)	z	z l	□	bu □ (l)		
H H	o	o o ϙ	o	o	x	ka + x +	+ x ϙ	T ϙ
Δ Δ ↑	u	ϙ ↑ ϙ?	ϙ ϙ	ϙ ϙ	⊖ ⊖ ⊖ ⊖	te ⊖ ⊖ ⊖ ⊖	⊖ ϙ	⊖ ϙ
Λ Λ Λ	l	l	l	l ϙ	ϙ ϙ ϙ ϙ	ti ϙ ϙ ϙ ϙ	ti ϙ	ti ϙ
ϙ ϙ ϙ ϙ ϙ	r	ϙ ϙ ϙ	ϙ	ϙ ϙ	v w ϙ	to ϙ ϙ ϙ		
M M	s	M M M	w ϙ	M	⊕ Δ Δ Δ	tu Δ Δ ϙ (ϙ Δ)	Δ Δ	Δ Δ
ξ ξ ξ	s	ϙ ϙ ϙ (ϙ ϙ)	ϙ	ϙ x	Α Α Λ	ca Λ (⊕)	γ ϙ	γ ϙ
ϙ ϙ ϙ ϙ ϙ	m	ξ ξ	ξ ϙ	ϙ	< ϙ ϙ ϙ ϙ	ke ϙ ϙ ϙ ϙ ϙ	ϙ ϙ	ϙ ϙ
N M	n	ϙ ϙ ϙ (ϙ ϙ)	ϙ	ϙ	f n ϙ ϙ	ki ϙ ϙ (ϙ n?)		
l	ba	l			χ	co ϙ ϙ		
ρ ϙ ϙ ϙ	be	ϙ ϙ ϙ			⊖ ⊖	cu ϙ ϙ (ϙ)	ϙ ϙ	ϙ ϙ

17 M. Lejeune, 1963.

3.6.1. Signos del alfabeto jónico (grecoibérico), incorporados al Hispánico 2. Compárense con las variantes del cuadro siguiente.

	Y	L	R	S	S	Ta
Fenicio:	Y	L	Q	⌘	⌘	+X
Griego arc.:	YV	Λ	ρ	Ξ	Ξ	T
Hispánico 1:	ϣ	ρ	ρ	ϣ		+X
Jónico:	V	Λ	ρ		Ξ	T
Hispánico 2:	YV	Λ	Q		Ξ	X+T

3.6.2. Equivalencias del Hispánico-1 y el Hispánico-2 con especificación de los desplazamientos provocados por la incorporación de signos griegos (compárense con el cuadro anterior).

	H-1	H-2
1)	A	Α
2)	E	Ε
3)	I	Ι
4)	O	Ο
5)	U	Υ
6)	Y	ϣ
7)		Y
8)	L	Λ
9)	M	Μ
10)	H	Η
11)	N	Ν
12)	R	Ρ
13)	R' (ϕ)	ϕ
14)	S	Σ
15)	S	Ξ
16)	S'	Μ
17)	Ba	Β
18)	Be	Ξ
19)	Bi	Π
20)	Bo	⌘
21)	Bu	⌘
22)	Ka	Α
23)	Ke	Ε
24)	Ke	Κ
25)	Ki	Ι
26)	Ko	Ο
27)	Ku	ϕ
28)	Ta	Χ
29)	Te	Φ
30)	Ti	Ψ
31)	To	ω
32)	Tu	Δ

3.6.3. Alfabetos Hispánico-3 (Cilbicensis o Libiofénice) e Hispánico-4 (Grecoibérico).

	H-3:		H-4:
1)	A	-	Α - Α
2)	B	-	Β - Β
3)	G (H?)	-	Γ - Γ
4)	D	-	Δ - Δ
5)	E	-	Ε - Η
6)	(F)	.	
7)	(Z)	.	
8)	(H)	.	
9)	(Th)	.	
10)	I	-	Ι - Ι
11)	K	-	Κ - Κ
12)	L	-	Λ - Λ
13)	(M)	.	
14)	N	-	Ν - Ν
15)	S'	-	·
16)	O	-	Ο - Ο
17)	P	-	Π
18)	S	-	Σ - Μ
19)	(Q)	.	·
20)	R	-	Ρ - Ρ
21)	*R'	-	·
22)	S	-	Σ - Ξ
23)	T	-	Τ - Τ
24)	Y	-	Υ - Υ

Rasgos diacríticos en las oclusivas del Hispánico 3:

sonoras: Β < Γ

sordas: Π < Τ

Contrastes de las silbantes en las escrituras hispánicas.

H-1: Ͳ M

H-2: ξ M

H-3: C γ

H-4: Μ ξ

3.6.4. En relación con el alfabeto cilbicensis (Hispánico-3) me remito al texto de la obra ya citada¹⁸. Mis lecturas suponen un retorno a las de A. Beltrán¹⁹. Del mismo modo que revalidamos el sistema de Gómez Moreno para el Hispánico-1 justo es revalidar la aportación de A. Beltrán respecto al Hispánico-3, o cilbicensis, que muchos denominaron impropriamente como libiofénice. La intervención de Solá Solé en este campo resultó en extremo desafortunada, y supone un notable retroceso respecto a la bibliografía precedente²⁰, que este autor pretende ignorar metodológicamente. Los problemas no se resuelven con la elucubración. Ya desde Zóbel²¹ se había venido consagrando un método muy rudimentario, pero el único fiable. Consistía en comprobar las reiteraciones sistemáticas hasta donde era posible: la «L» ha de ser el primer signo en *Láscuta* y el tercero en *Belo*, La «A» será el segundo signo de *Láscuta* y el tercero en *Oba...* De esta forma se fueron perfilando las lecturas, dificultadas cuando la duplici-

18 Curso, I.

19 Beltrán Martínez, A., 1954.1 y 1954.2.

20 Solá i Solé, J.M., 1980.

21 Zóbel de Zangróniz, J., 1866.

dad de nombres no permitía esta correspondencia, como en el caso de *Tuririicina*²². La base documental, excluidas las abreviaturas, es la siguiente:

1)	Asido:	ΑCΛC<	= "Asesd"	
2)	Belo(n):	ΒLJΔVΣ	= "Belgon"	= *Belhon?
3)	Arsa:	ΔΑΤΥΚ	= "Gars'a"	= *Harsa?
4)	Iptuci:	ΥΠCΥΧΥΖ	= "Iptukui"	
5)	Turirecina:	ΧΑΥΖΥΠCΥ	= "Kas'ireso"	
6)	Lascuta:	ΥΑΥΧΥC	= "Las'cut(a?)"	
7)	Oba:	ΥΒΑΣ	= "Oban"	
8)	Vesci:	ΥΛΥΧ	= "Uers'k(i?)"	

3.7. Conclusiones en torno a la lectura

3.7.1. En los párrafos que preceden he tratado de resumir las fases de un proceso de estudio que en su momento quedó postergado por la crítica, aunque independientemente yo lo he proseguido por mi cuenta, a sabiendas de que en los últimos decenios —incomprendiblemente— han despertado más interés las sugerencias de Schmoll que las de Gómez Moreno. Huelga decir que el razonamiento de Schmoll, que propone el cambio de valor de algunos signos para obtener reiteración de vocales tras las oclusivas, nunca me sedujo —ni tampoco a Lejeune, bueno es recordarlo— pues constituye un ejemplo evidente, típico y neto del conocido sofisma de *petitio principii* o círculo vicioso. Si el hecho ha pasado desapercibido a la crítica del momento hemos de achacarlo más que nada a las lamentables consecuencias de la falta de *quorum*, entre las que hay que destacar la situación endémica de acriticismo. En el § 3.5 me he permitido afirmar que algunos de los epígrafes descubiertos recientemente vienen a corroborar la validez de las lecturas de Gómez Moreno, afirmación que requiere alguna explicación, ya que en la bibliografía de los últimos años no se detecta nada en tal sentido, sino más bien en el contrario. Con esto abordo directamente el problema fundamental que nos ocupa, de cuya solución depende que podamos adentrarnos con unas mínimas garantías en el estudio de las inscripciones de La Camareta: el relativo a la lectura. Ante una situación como la presente, de franco desconcierto, parece obligado aclarar a los posibles lectores qué razones me mueven para ser fiel a una escuela y a un sistema que en el contexto actual parecen superados, y que a lo largo de los tres últimos decenios represento en solitario y alejado de los foros. Lo afronto además movido por el desco de que el lector pueda formarse una opinión independiente, no basada en mis criterios, sino más bien en los datos objetivos de los que parten mis criterios. Dado que no existe *quorum* lo único importante es contribuir a que los lectores universitarios se formen sólida y objetivamente su propia opinión. Mientras esto no ocurra todo es predicar en desierto; ni siquiera el desciframiento pleno o la más absoluta verdad sobre un hecho, sea cual fuere, nos sirve para nada. Sencillamente, porque sin *quorum* no hay nadie en condiciones para

22 El interés de este alfabeto es que conserva la «B» del silabario lineal cretomicénico (antigua «Pe»), que algo alterada reaparece en Espanca. Es decir, que corrobora en cierta medida el origen parcial de la escritura hispánica en los antiguos silabarios, como intuyó Gómez Moreno. El problema lo traté a fondo en Estudio p. 121-155. Ahora, en Curso-1, ya citado hago alguna modificación basado en la revisión de las monedas. La verdad es que A. Beltrán dejó casi totalmente descifrada esta escritura, con la sólo excepción de determinar la identidad de las oclusivas sordas, formadas todas ellas con un rasgo diacrítico transversal, inspirado en la «K», difícil de interpretar al principio por la imperfección de algunas acuñaciones al intercalar los signos entre radios.

recibir una verdad científica, entenderla, ni mucho menos para utilizarla en el avance de su investigación. Para captar lo desolador de la situación actual baste decir que lo escrito por los epigrafistas sobre la materia en el último tercio de siglo parece no haber sido leído por nadie, si se ha leído no parece que se haya comprendido, o al menos nadie lo expresado por escrito. Se han celebrado coloquios internacionales sobre epigrafía paleohispánica, pero la epigrafía tartésica parece figurar en sus actas no como «coloquio», sino más bien como *suit de monólogos*, a juzgar por los hechos y los datos disponibles. Parece pues imprescindible que alguien asuma la responsabilidad de iniciar la crítica, aunque el hecho no resulte precisamente cómodo.

3.7.2. Hace algunos años los arqueólogos portugueses descubrieron en Espanca, cerca de Castroverde, una notable inscripción, una laja de pizarra de 48 cm. de longitud en cuyo borde se grabaron 27 signos, algunos de los cuales están fragmentaros por roturas antiguas. Posteriormente se volvieron a copiar en una segunda línea los signos de la primera, pero con trazo más tenue y algunas variaciones caligráficas que denotan la intervención de otra mano. Lo interesante de esta inscripción es que se trata de un alfabeto, y en su primera mitad los signos siguen incluso el orden común de los alfabetos fenicio y griego. En mi opinión el epígrafe de Espanca corrobora las lecturas de Gómez Moreno, en cambio otros autores, que han publicado o comentado la inscripción, encuentran nuevo apoyo para proseguir con la teoría llamada de la redundancia, derivada de la tesis de Schmoll. Como puede apreciarse, ante un mismo hecho las interpretaciones pueden ser diferentes, según la formación de escuela de los intérpretes. Ahora bien, como al menos un aspecto fundamental de este epígrafe resulta ser asequible a cualquier persona de cultura media, es llegado el momento de que el lector universitario, interesado en el desciframiento de la escritura tartésica, participe con su intervención, se incline con fundamento por lo uno o por lo otro, y de esta forma contribuya a la formación de un ambiente propicio, con contraste de pareceres, en el que pueda prosperar la investigación del futuro.

3.7.3. En relación con el epígrafe de Espanca las opiniones de J. A. Correa y J. de Hoz (*) coinciden en lo fundamental, y se pueden resumir en los siguientes términos:

1) Se trata de un signario, o «especie de signario», «incompleto» (faltan varios signos, entre ellos «R» y «Ku»).

2) La primera línea de escritura debe ser el texto de un maestro, copiado después por un discípulo poco aventajado, (que copia mal los sinos nº 13 y 32 y los dibuja semejantes al nº 23).

3) El modelo es el fenicio y no el griego, aunque la ypsilon aparezca desplazada en último lugar, (no se explica por qué, y J.A. Correa piensa que posiblemente existiera un alfabeto fenico con la *vau* en último lugar).

(*) Correa, J. A., COL V citado; también del mismo autor «El Origen de la escritura paleohispánica», en Estudios sobre Urso, Sevilla 1989, p. 281 y s.; «La Epigraffa del Suroeste, en Arqueología Hoje I, Etno-arquología. Ed. Júdice Gamito. Universidade do Algarve, Faro 1990, p. 132-143.

De Hoz, J., «El origen oriental de las antiguas escrituras hispánicas y el desarrollo de la escritura del Algarve», Estudos Orientais I. Presenças orientalizantes em Portugal. Da prehistoria ao período romano, Lisboa 1990.

Vid. también en Perez Rojas 1986 los cuadros relativos al signario hispánico de presunto origen en la escritura Lineal y la Chipriota.

4) Nada induce a retornar a las lecturas de Gómez Moreno, antes bien se reafirman las conclusiones obtenidas con la tesis de Schmoll.

Estas conclusiones las obtienen ambos autores a través de un supuesto «estudio interno» o «estructural» al que vienen aludiendo reiteradamente en los trabajos que dedican al tema desde 1982. A mi juicio ese estudio tiene muy poco de «interno», pues se reduce a una simple elucubración a partir de las premisas no probadas de Schmoll —que por añadidura constituyen una *petitio principii*, de lo que no se percatan— y desde luego nada tiene de «estructural», al menos en el sentido específico del término en la literatura científica europea de las pasadas décadas.

3.7.4. Mi opinión es radicalmente contraria a la sostenida por los citados autores, y puede contraponerse punto por punto de la siguiente forma:

- 1) Se trata de un signario completo.
- 2) Está escrito conforme a los dictados de un maestro de gran cultura, con conocimiento bilingüe o trilingüe.
- 3) Responde al orden griego y puede contribuir al esclarecimiento de la génesis del propio alfabeto griego.
- 4) Corrobora las lecturas de Gómez Moreno.

Para culminar esta antítesis diré que también baso mis conclusiones en un sucinto estudio «interno o estructural». Con ello la antítesis es completa, pues se pone de manifiesto que incluso el término metodológico lo entendemos de forma radicalmente opuesta. Esto significa que en una de las dos escuelas en litigio se ignora olímpicamente dicha metodología, aunque se haga cierto alarde en el uso —meramente literario y simbólico— de su terminología. Porque si con una misma forma de proceder se pueden obtener resultados tan escandalosamente dispares es evidente que el defecto no puede estar en un método universalmente reconocido como tal, sino en la concepción y la aplicación individual que se haga del mismo. Ahora bien sobre este particular no tenemos poder decisorio los estudiosos implicados, y habrán de ser únicos jueces los lectores. Durante la década de los años setenta, y bajo la dirección de mi llorado maestro Don Antonio Hernández Gil, impartí en la Universidad Complutense unos cursos de doctorado dedicados específicamente al estudio de las nuevas metodologías: estructuralismo, cibernética e informática, lo que exigió las consiguientes visitas de estudio a varias universidades europeas. Si algo de lo que aprendí para enseñarlo a los alumnos resulta válido bienvenido sea, y si no lo fuere sólo me queda asumir la parte de responsabilidad que me corresponda por mi incompetencia. Esta es la ocasión —propicia e inexcusable— para llevar a efecto tal asunción, por más ingrata y enojosa que pueda resultar para mis lectores y todavía mucho más para quien escribe. En efecto, si excluimos el plomo de Mula, que pertenece al conjunto de la escritura grecoibérica, podemos afirmar sin lugar a dudas que La Camareta nos proporciona los primeros testimonios notables de la escritura meridional en la cuenca del Segura, el confín de la Tartésida. Si para la publicación de estos epígrafes se deposita en mí la confianza como estudioso de la materia sólo caben dos actitudes: o me limito a publicar un calco y eludir los problemas —en cuyo caso nos quedaremos sin iniciar nada sustancioso respecto a la nueva estación epigráfica— o se aborda con la máxima claridad la actitud crítica que reclama el momento presente. Me inclino por lo segundo, y si esto exige una larga introducción crítica, no precisamente cómoda, creo que la ocasión bien lo merece, como en otro tiempo París mereció una misa.

3.7.5. Dentro de los límites de mis facultades, expresado de la forma más sintética posible, y sin entrar en pormenores, yo entendí en su momento que —en el sentido específico de la metodología moderna— se entiende por «estructura» la interrelación solidaria de los elementos individuales, distintos u opuestos, que constituyen el sistema de una realidad compleja. En esta interrelación se incluyen todas las reglas que de la misma se derivan, la más notable de las cuales parece ser que ningún elemento del sistema se explica por sí mismo, sino en oposición y solidaridad con todos los demás. Ceñidos ahora a la epigrafiía tartésica podemos afirmar que no es posible descifrar la lengua sin conocer el valor de los signos, ni comprobar el valor real de los signos sin descifrar algo de la misma lengua, aunque sólo consista en identificar los nombres propios de personas o lugares que nos permitan contrastar y avalar mínimamente los resultados. Con estos presupuestos no acierto a entender como algunos autores, al parecer filólogos, han podido utilizar sin interrupción dos décadas para demostrar que la escritura tartésica es redundante sin segmentar previamente el contenido epigráfico. La presunta existencia de vocales dobles, sean diptongos como en castellano, sean vocales redundantes, como preconiza J. de Hoz para la escritura del suroeste, no puede plantearse ni siquiera como hipótesis. Por el contrario, ha de ser un hecho constatado en la segmentación previa, requisito imprescindible para cualquier tipo de estudio. No es lo mismo decir «mira tú esto» que decir «mira, tuesto», del verbo «tostar». Para afirmar que en el vocabulario de la lengua castellana existen diptongos hay que disponer previamente de unidades independientes, reconocibles como tales, en las cuales se pueden reconocer las vocales dobles que forman el diptongo. Sin embargo J. de Hoz viene reiterando desde tiempo atrás que «cree» haber descifrado la escritura y probado la redundancia, dando por supuesto que no necesita para nada el cuadro estadístico de los segmentos que lo avalen. En tal caso cómo se distinguen casos similares a «mira tú esto» o «mira, tuesto»? Mis lectores tienen aquí su primera oportunidad para concluir por su cuenta. Esto por lo que se refiere al planteamiento previo en términos generales. Si ahora pasamos a un planteamiento específicamente «estructural» podemos preguntarnos ¿cuáles son las unidades contrastables en el sistema concebido por J. de Hoz? Saussure, que nunca utilizó el término estructura tuvo el acierto de comparar el sistema de la lengua con una partida de ajedrez. Todas las piezas son solidarias sobre el tablero, el cambio de posición de una sola ficha puede alterar el curso de la partida, como el cambio de una palabra altera el sentido de una frase. Pero qué partida de ajedrez puede jugarse con un tronco de madera antes de labrar individualmente las fichas? En mi modesta opinión —y hay que decirlo con crudo realismo— los planteamientos actuales no son más que un cúmulo de sinsentidos, máxime cuando el propio punto de partida en Schmolll es sencillamente grotesco —por muchos elogios que merezcan las aportaciones de este autor en otras cuestiones— y todo ello debido a la actitud pasiva de muchos estudiosos. La crítica constructiva es siempre el mejor correctivo, y al no existir en el tema que nos ocupa los errores ruedan como bolas de nieve, que al final terminan por aplastarnos. Con estas referencias creo que cumplo parte de mi cometido, y los lectores pueden comprender por qué no participo de las corrientes actuales. En la medida en que lo dicho se aproxime a la realidad parece que lo escrito en los últimos treinta y tres años nos sirve de bastante poco, si es que sirve para algo de lo que fundamentalmente se pretendía.

3.8. Como complemento a la crítica que precede me resta justificar mínimamente por qué se revalorizan las lecturas de Gómez Moreno con el epígrafe de Espanca. Lo haré con la mayor brevedad posible. Para ello basta con que mis lectores comparen las correspondencias en el

orden del cuadro adjunto. En la columna de la izquierda coloco una numeración general, en la que se distinguen por su orden los 22 signos del alfabeto fenicio (columna F del citado cuadro). Siguen a continuación los 27 signos del alfabeto griego, antes de desplazarse la *sampi* con su valor numeral (columna G). Finalmente la columna con el signario de Espanca llena los huecos correspondientes hasta la *omega*. Este hecho evidencia, sin lugar a dudas, que nos encontramos ante el orden griego. No creo que se precise alegar más fundamentos.

	F. G.		Tabla 1:	Tabla 2:	Tabla 3:
1)	A	Α	Α	A...1	-
2)	B	Β	Β	Bi...2→	Ψ *Bu...22
3)	C	Γ	Λ	Ka...3	-
4)	D	Δ	Δ	Tu...4→	Ε To...16
5)	E	Ε	-	-	-
6)	F	Υ ↓	-	-	↑ U...23
7)	Z	Ζ	Ξ	-	Φ Te...17
8)	H	Η	Θ	-	Τ E...24
9)	Th	Θ	Θ	-	Θ Ti...18
10)	I	Ι	Ι	I...5	-
11)	K	Κ	Κ	Ke...6→	-
12)	L	Λ	Λ	L...7	-
13)	M	Μ	Μ	M...8	-
14)	N	Ν	Ν	N...9	-
15)	X	Ξ	Ξ	S...10	-
16)	O	Ο	Ο	-	-
17)	P	Ρ	Υ	*Ba...11→	Π *Bo...19→
18)	S'	Σ ↓	Μ	S'...12	-
19)	Q	Φ	Φ	-	Υ *Ku...20→
20)	R	Ρ	Ρ	-	Φ *R...21
21)	S	Σ	-	-	-
22)	T	Τ	Χ	Ta...13	-
23)	Y	-	Υ	U...14	-
24)	Ph	-	*Φ	-	-
25)	Ch	-	*Ψ	-	-
26)	Ps	-	*Ψ	-	-
27)	O	-	Ο	O...15	-
(S)		(Σ)			
28)	D	-	-	Ε To...16	Tabla 2
29)	Z	-	-	Φ Te...17	
30)	TH	-	-	Θ Ti...18	
31)	P	-	-	Π *Bo...19	
32)	Q	-	-	Υ *Ku...20	
33)	R	-	-	Φ *R'...21	
34)	B	-	-	Ψ *Bu...22	Tabla 3
35)	Y	-	-	↑ Y...23	
36)	H	-	-	ξ E...24	
37)	K	-	-	↓ Ki...25	
38)	P	-	-	Ξ *Be...26	
39)	Q	-	-	Μ Ko...27	

3.8.1. A la vista del cuadro adjunto me parece pertinente hacer algunas aclaraciones, ya que ciertos datos, aparentemente insólitos, pueden despertar el natural escepticismo. Lo cierto es que este cuadro ilustra a mi estudio sobre el signario de Espanca, inserto en el tomo I de mi *Curso de Iniciación*, ya citado. No voy a reiterar aquí el contenido de dicho estudio, sino tan sólo enumerar algunas de las conclusiones que pueden hacer más inteligible el contexto. Los signos de la segunda línea de Espanca, que representan a M y Q no son a mi juicio defectuosos, sino que corresponden a variantes evolucionadas del fenicio medio, que pasan al púnico, al neoúnico y al alfabeto griego, donde la Q termina por adoptar una forma abierta y se transforma en línea quebrada. Esto evidencia que el copista de Espanca adopta como alternativas opcionales formas que se pueden datar hacia mediados del siglo IV, de donde se deduce que la primera línea, puede ser muy anterior a la implantación del fenicio medio, y la rotura de algunos signos en la primera línea incita a grabar de forma complementaria la segunda. Esta decisión sólo puede tomarla un maestro experto, que conoce las variantes arcaizantes y las formas evolucionadas.

3.8.2. Mi estudio sobre este singular epígrafe creo que me permite aproximarme a lo que generalmente se conoce como «estructura profunda», es decir algo que subyace en el objeto de estudio, que sólo hay que desvelarlo, y que resulta ser sorprendentemente distinto de lo que a simple vista parece. Si mis apreciaciones son ciertas, el signario de Espanca era originalmente un traductor de signos, en donde un conocedor de la escritura lineal creto-micética, en su fase final, trató de establecer las correspondencias con la escritura fenicia en su fase inicial. A los signos alfabéticos fenicios correspondían una serie silábica. Así por ejemplo a la serie «Ba, Be, Bi, Bo, Bu», sin distinción de sordas y sonoras, le correspondía en fenicio indistintamente B y P, y de forma similar en todos los demás casos. Por ello los signos que exceden al orden griego en la Tabla 1 (primera fase de adaptación), pueden pasarse seguidamente por orden alfabético en las Tablas 2 y 3, ya que por razones estadísticas a cada oclusiva o enfática fenicia se le han de acoplar, según los casos, al menos dos oclusivas de la serie silábica. El tema más difícil en el tránsito del alfabeto fenicio al griego lo constituyen las vocales. Por eso en la primera fase sólo se identifican A, I en la medida en que son ocasionalmente breves. Las vocales largas quedan desplazadas, como consecuencia de una labor interpretativa. Así nos encontramos ya la ypsilon y la omega formando parte del añadido griego. El signo correspondiente a Bu, que no aparece en Espanca, está sustituido casi tal cual por la forma propia de la escritura micénica. Igualmente la omega, aunque adopta ya la forma regular de círculo, aparece con el apéndice superior derecho, propio del signo correspondiente en la escritura lineal. Pero estas y otras muchas cuestiones no podemos aludirlas aquí. El cuadro sistemático original debió ser muy semejante al representado en la figura adjunta, ya que el paso del Hispánico 1 al Hispánico 2 supone el corrimiento de algunos signos por las casillas vacías. El signo Ti del Hispánico 1 desciende hasta ocupar el lugar de la «o», que es su valor en todo el ámbito levantino, del mismo modo el signo Bu desciende hasta el lugar de la dental, con valor Ti en el mismo sector.

3.8.3. Cumplidas estas mínimas referencias, aunque haya sido de forma incompleta y desordenada, quede el resto de las explicaciones remitido a su lugar y centremos nuestra consideración en el orden de la Tabla 1. La M de la escritura meridional aparece en el lugar que le corresponde, junto a otras consonantes continuas equiparadas en la primera fase, es decir, L, M, N, S, Ś. Así mismo las vocales Y, O aparecen en el lugar correspondiente al orden griego. Se trata de un orden interno concluyente, y el hecho en principio no admite discusión, ni mucho

menos de procedencia externa. Lo que aquí tenemos equivale a las piezas del ajedrez sobre el tablero, tal y como enseñó Saussure. En consecuencia, salvo prueba en contrario, quedan revalidados los valores M y O propuestos por Gómez Moreno.

4. ESTUDIO DE LOS EPÍGRAFES

Los epígrafes de La Camareta con escritura tartésica se limitan de momento a seis, cifra que no perdemos la ilusión de que pueda incrementarse en el futuro, aunque no cabe esperar grandes hallazgos por las razones ya expuestas arriba, §§ 1.3.2a 1.5.2. Pese a lo modesto de la cifra cabe clasificar a estos epígrafes en dos grupos diferentes, en atención al presumible sentido de los mismos. En el primer grupo se incluyen las inscripciones con contenido onomástico, que son las señaladas como nº 1 y nº 2. Las cuatro restantes, muy breves o compuestas de un solo signo, pertenecen a un contexto metrológico cuyo alcance real se nos escapa, aunque algo cabe apuntar como mera hipótesis en comparación con otros epígrafes conocidos de la misma índole. Pasamos pues sin más dilaciones a una breve descripción de todas ellas en el orden ya mencionado, y dejamos para el capítulo siguiente una referencia de conjunto a las características del signario de la Camareta. En orden a la distribución establecida por cuadrículas la relación de los epígrafes es la siguiente:

- Inscripción nº 1: cuadrícula E-32 ΜΕΜΝΥΧ ΟΦΑΝ ΑΡΟΝΝΥΧ
- Inscripción nº 2: cuadrículas P-17 a P-18 ... Ρ ϙ
- Inscripción nº 3: cuadrícula E-17 ϙ
- Inscripción nº 4: cuadrícula E-17 ϙ
- Inscripción nº 5: arcada mayor de entrada ... ϙ ϙ ϙ ϙ
- Inscripción nº 6: cuadrícula E-27 ϙ ϙ

4.1. Inscripciones con contenido onomástico. Camareta 1

La inscripción principal se encuentra en la pared derecha de la estancia A, dentro de la cuadrícula E-32 en el orden de la clasificación actual, (vid. figura 1.4.1). La denominaremos convencionalmente inscripción nº 1 o Camareta 1. Se grabó en la parte superior de la aludida pared, junto a la zona de contacto con la bóveda del techo, a 2 m. de altura sobre el suelo y a 1,20 m. del borde exterior, por donde se abre la comunicación entre las estancias A y D. Esta ubicación en una superficie casi perfectamente plana, cerca del techo y fuera del alcance de la mano, es sin duda la circunstancia que más eficazmente ha contribuido a que llegue hasta nosotros en un estado óptimo de conservación, sin que se le hayan superpuesto escritos o dibujos de épocas posteriores, y hace que incluso la fractura, que afecta al final de la segunda línea, no resulte ser un mal totalmente irreparable (vid. comentarios sobre características más generales en conexión con el entorno en los §§ 1.5, 1.5.2 y 1.5.3). Sobre la existencia de esta inscripción se dio una breve noticia en el primer estudio de reconocimiento, donde aparece un dibujo incompleto, con algunas deficiencias, acompañado de una lectura también deficiente, ya

que se interpretó como ibérica²³. Pero estos errores, comprensibles en un estudio preliminar hecho por personal no especializado, no explica el hecho de su omisión en los *Monumenta Linguarum Hispanicarum*, donde tampoco aparece la referencia bibliográfica al mencionar la provincia de Murcia, cosa que no podemos menos que lamentar²⁴.

4.1.1. La inscripción n° 1 consta de dos líneas con un total de catorce signos, más leves restos del signo final, que sería el decimoquinto. Ocupa una superficie plana que mide en su conjunto 32 cm. de longitud por 11 cm. de altura. La segunda línea queda interrumpida por una fractura en el quinto signo, y mide aproximadamente la mitad de que anterior, 15,5 cm. de longitud. No obstante, por las razones que se expondrán, no parece que esta segunda línea haya perdido más que el signo final. En general la altura de los signos oscila muy levemente en torno a los 5 cm. (5,5 cm. como máximo) y la separación entre ambas líneas es de sólo 1 cm., proporción que también se mantiene muy regular. No se observan indicios claros de que se trazaran previamente líneas horizontales —a modo de guía— que ayudaran a mantener la regularidad en las proporciones de los signos, pero la misma naturaleza de la piedra muestra una discontinuidad natural, ligada a la formación estratigráfica, que pudo servir de pauta en el sentido horizontal. Aparecen también varias grietas levísimas en sentido vertical, una de las cuales coincide con el vástago del séptimo signo (el de la koppa), donde se puede apreciar que estas grietas, muy sutiles, son posteriores al grabado, y no entorpecen en absoluto la lectura. El epígrafe se grabó con punzón o buril de punta fina, de forma que el grueso de los trazos no sobrepasa nunca los 2 mm. de anchura. Todo el conjunto denota seguridad y firmeza en el pulso. Las líneas se mantienen generalmente rectas, con oscilaciones mínimas, debidas a la naturaleza de la piedra, lo que resulta llamativo dadas las proporciones. En este sentido cabe afirmar que no sólo es la inscripción estelar de la cueva de La Camareta, sino que puede considerarse también como una de las mejor logradas entre las conocidas en el área meridional, por la armonía y el cuidado en el trazo y por la equilibrada proporción entre la altura y la anchura de los signos. Naturalmente queda superada por los fragmentos de estelas marmóreas de Ampurias, a los que Gómez Moreno relacionó con un «foco de caligrafía epigráfica selecta y elegantísima, que sólo empareja con otra inscripción de Sagunto»²⁵. La inscripción de La Camareta es un trasunto rupestre de esa perfecta caligrafía, que en el ámbito meridional quizá supere a todo lo conocido. Sólo pueden quedar equiparadas —aunque con menores dimensiones— la inscripción del cuenco de plata de Torres (Jaén), conservado en el Museo del Louvre de París²⁶, y las del cuenco de Santiago de la Espada, conservada en Madrid en el *Instituto de Valencia de Don Juan*²⁷. Estos dos últimos textos forman el conjunto más afín a la inscripción n° 1 de La Camareta, por su datación tardía, por su perfección caligráfica y por utilizar la variante del signo A con trazos abiertos y paralelos (compárense la figura 4.1.1. A) y lámina 1

23 Vid. González Blanco y otros, 1983, ya citado, p. 1027 con la lectura COCESAB...BAIN, que no responde a la valoración de los signos ni en la escritura meridional ni en la levantina; dibujo incompleto en la lámina II, 1; hago referencia a estos hechos en la introducción y en el § 1.5.

24 MLH III, 2, G.19, p. 636; también omite Untermann otros grafitos de las provincias de Murcia, y Albacete, por lo que volumen III de los Monumenta resulta lamentablemente incompleto para la zona del sureste.

25 *Misceláneas* p. 286-287 n° 1 a 4, y p. 301-302 n° 47, (Untermann, MLH C.1.1 a C.1.4 y F.11.3 respectivamente).

26 Gómez Moreno, *EBT* XXXIII; Untermann, *MLH* H.5.1.

27 Gómez Moreno, *EBT* XXXVI; Untermann, *MLH* H.2.1.

con el cuadro 5.3 y figura 5.3 nº 7 y 8). En definitiva, tanto por el aspecto general como por la específica relación caligráfica con los cuencos de plata citados, dados con seguridad hacia el cambio de Era, podemos asegurar desde ahora que se trata de una inscripción tardía. Incluso es posible afirmar, a juzgar por el contexto que nos propociona la cueva de la Camareta y su entorno, que posiblemente tengamos aquí una de las últimas inscripciones meridionales, el «canto de cisne» del sistema de escritura tartésico.

Inscripción Camareta 1



4.1.1. A) y B). Restitución del signo dañado por la fractura en la inscripción tartésica Camareta 1:

A) Resultados al superponer en la segunda línea (trazos continuos) parte del calco correspondiente a la línea primera (trazos punteados).



B) Restitución definitiva del signo fragmentado (trazos discontinuos y punteados). Vid. explicación en §§ 4.1.1.2 a 4.1.



4.1.1.2. El único problema que plantea esta inscripción es el de su fractura al final de la segunda línea. Desgraciadamente lo ausente sólo puede restituirse mediante hipótesis, pero la fortuna ha querido que en este caso las hipótesis surjan desde indicios objetivos de cierta solidez, (vid. a este respecto la enumeración de los argumentos de apoyo en el § 4.1.1.4). El examen detenido y reiterado de esta inscripción me incita a pensar como muy probable la pérdida de un signo final, del que quedan vestigios, y como menos probable la pérdida de varios signos que constituirían un cuarto elemento onomástico. Si admitiéramos como hipótesis la pérdida de un cuarto elemento, obtendríamos un sugestivo paralelismo con el plomo de Mogente, con el componente **—ibe** en el primero y tercer elemento, de la siguiente forma:

	1	2	3	4
Mogente:	<i>Sol-ibe</i>	<i>Ututa</i>	<i>Bis-ibe</i>	<i>Tarakar</i>
Camareta:	<i>Kotoš-ibe</i>	<i>Okuan</i>	<i>Karos-i[be]</i>	[...?]

Pero esta hipótesis resulta rechazable, porque de haber sido cierta nos hubieran quedado por encima de la fractura restos de la parte superior de los signos desaparecidos, como ocurre con el presunto signo final. Incluso hubiera sido esperable que estos vestigios fueran más notorios, ya que la fractura desciende de forma oblicua hacia la derecha. *A fortiori* las dos líneas corren sobre la horizontal de forma ligeramente ascendente en el sentido de la escritura, por lo que doblemente serían esperables esos vestigios. La hipótesis negativa —suponer que no falta ningún signo— resulta también rechazable. La razón es que existen restos de dos pequeños trazos en el borde superior de la fractura, que con toda seguridad responden a las características del epígrafe, proceden del mismo grabador, y pertenecen sin duda alguna por lo menos a un signo desaparecido. La distancia de estos trazos respecto al signo que le precede limita al máximo las posibilidades de restituir el signo perdido. No pudo tratarse del aspa correspondiente a un «**Ta**», ni tampoco «**E**», «**S**» o «**To**», ya que en estos supuestos se hubiera conservado, al menos en la parte superior, el vástago central, y los apéndices estarían más separados del signo precedente de lo que lo están los restos conservados. De forma similar se eliminaron otras soluciones teóricas, que al ser inviables resulta ocioso aludir con más detalle. En consecuencia debió ser un signo con apéndices laterales, dato que sólo concuerda con el signo «**Be**». A simple

vista la inclinación de los trazos conservados hacia la derecha no resultaba convincente, ya que lo general en el sureste es que este signo ostente apéndices rectilíneos verticales o abiertos hacia el exterior. Ahora bien el signo «**Be**» de la primera línea nos muestra claramente una peculiaridad caligráfica distinta, con los apéndices curvados hacia la derecha, en el sentido de la escritura, dato que concuerda precisamente con los vestigios del signo perdido. (Sobre la peculiaridad caligráfica de este signo vid. §§ 5.6.1 y 5.6.2).

4.1.1.3. A la luz de los datos expuestos traté de verificar esta posible correspondencia con los medios más sólidos a mi alcance, de la siguiente forma: trasladé un calco de la primera línea y lo superpuse a la segunda, de forma que la «i» de *Kotošibe* coincidiera en paralelo con la «i» de *Carosi*[.]. Entonces comprobé que los trazos conservados tras la fractura se corresponden perfectamente con los apéndices laterales del signo «**Be**». La representación gráfica de este proceso queda plasmada en las figuras 4.1.1, A) y B). Como puede apreciarse en el dibujo, la coincidencia es bastante neta. Resulta además interesante que el espacio de separación entre los signos **i-be** sea ligeramente superior en la segunda línea, razón por la cual la correspondencia del signo «i» en ambos casos es en paralelo y no absolutamente superpuesta, vid. arriba la figura 4.1.1. A). Es frecuente en muchos escritos que los signos aparezcan más densos en el centro del contexto, como si el escriba pretendiera aprovechar el espacio, mientras que los signos finales —a semejanza de los iniciales— aparecen más holgados, cuando el escriba se cerciora de que le sobra espacio²⁸. La mayor separación de estos dos signos en la segunda línea es pues un indicio más de que nos encontramos al final del texto, que aparece corroborado por el hecho de que la fractura alcanza aquí su cota máxima de altura, mientras que desciende en la pared derecha, por lo que de haber existido más signos aparecerían aquí sus vestigios, como ya quedó dicho en el párrafo anterior.

4.1.1.4. Parece, pues, que la restitución del único signo fragmentado en este conjunto epigráfico cuenta con la concurrencia de todos los indicios racionales disponibles para ser identificado como «**Be**». Con ello nos liberamos de la frustración que conllevaría una laguna en un contexto tan original e interesante como el que nos brinda La Camareta. La solución del

28 Estos pormenores pasan con frecuencia desapercibidos, debido a su carácter meramente secundario, pero no carecen de valor complementario en algunas ocasiones como la presente, en la que hemos de valernos de todos los recursos interpretativos. Dedicué alguna atención a un fenómeno similar observado en la estela de Caspe, Pérez Rojas 1983. Vid. más abajo el § 5.7.5, apartado 3), donde hago una nueva observación respecto a la páttera de Tivisa, que a mi juicio avala una corrección de lectura propuesta por Untermann. Téngase en cuenta, sin embargo, que los falsarios pueden hacer uso de todos estos recursos. Hace unos años tuve noticias de una inscripción aparecida cerca de Cástulo que, entre otras lindezas, respondía a las observaciones que acabo de hacer. Pude averiguar meses después que el falsario conocía mi gran amistad con J.M. Blázquez, excavador entonces de las ruinas de Cástulo, había leído mi artículo sobre la estela de Caspe, y esperaba que mi veredicto favorable permitiera que la inscripción fuera aceptada como auténtica por los colaboradores de Blázquez, para ser vendida después a un comerciante. Por fortuna todavía nos quedan recursos para distinguir lo verdadero de lo falso, y los cálculos de los perversos no salieron triunfantes. Por lo visto, ante el fracaso, la inscripción fue abandonada boca abajo por los falsarios. Dos años después alguien la descubrió de nuevo «por casualidad», ignoro si por cómplices o por inocentes. Pero no me cabe duda que al menos la grabación en un gran sillar, dentro de una finca ajena, hubo de contar con complicidades. Seguidamente fue trasladada al Museo de Jaén, y le hice saber a J.M. Blázquez que se trataba del «segundo descubrimiento». Ojalá que alguien se decida a destruirla, antes que alimentar indirectamente la vanidad de estúpidos defraudadores. Espero que estas anécdotas resulten de utilidad para quienes se inician en el estudio de la materia.

problema en este caso hace que resulte rentable cualquier esfuerzo, y ello ha sido la causa de que me detenga en describir algunos de los pasos que me vi obligado a dar en el proceso de estudio.

4.1.1.5. Una conclusión similar es la que se obtiene si hacemos abstracción de todo lo anterior y actuamos sobre un supuesto más específico. Por ejemplo si tratamos de sustituir la restitución de I [be] por cualquier otro elemento onomástico conocido que comience por «i-» (*Isker, Ildir, etc.*) comprobaríamos que resulta de todo punto imposible tal sustitución, ya que los breves trazos que nos quedan del signo desaparecido no admiten ninguna de estas posibles sustituciones, como ya se insinuó más arriba. Así pues, también por exclusión llegaríamos al mismo resultado en favor del elemento «-Ibe», que es el único que encaja con los trazos conservados. El resultado final de todas estas deducciones nos invita a dar como definitiva la siguiente lectura de este epígrafe:

Kotoś-Ibe Okuan Karos-I[be],

donde vemos que «-Ibe» aparece reiterado como componente en dos elementos diferentes de un mismo nombre. Nos resta comprobar si este tipo de reiteración está justificado en el contexto onomástico indígena. Para ello contamos con un elenco bien representativo que abarca todas las áreas epigráficas —desde el Ródano hasta el Alentejo— y para el cual tenemos una explicación satisfactoria. En efecto, parece confirmarse que uno de los modos de expresar la filiación en el mundo indígena es precisamente incorporar en los componentes del nombre del hijo uno de los componentes del nombre del padre, vid. abajo § 5.7.4 y especialmente el cuadro § 5.7.6).

4.1.2. La inscripción nº 2 se encuentra situada en la misma estancia central, a la izquierda de la entrada, entre la cara exterior y la arista que sirve de abertura a la estancia B, aproximadamente en frente de la inscripción principal, y queda partida entre las cuadrículas P-17 y P-18. La altura sobre el ángulo del suelo es de 1,60 m. Consta sólo de dos signos, grabados en ambos lados de una pequeña convexidad que quedó al labrarse la pared. Al colocar la mano en la misma posición en la que hubo de situarse el escriba pude comprobar que la grabación del primer signo es relativamente fácil, dado que la mano y el codo pueden apoyarse hacia el lado derecho, sobre la parte saliente que forma el borde de la convexidad, en cambio el grabado del segundo signo resulta más problemático, ya que la mano ha de permanecer al aire, sin posibilidad de apoyo en la pared. Quiero decir con esto que el lugar elegido por el escriba, aunque estratégico y atrayente por su situación a la altura de la vista, no resulta cómodo para grabar, y ello explica que el entorno inmediato se encuentre libre de grafitos, sin que otras letras, dibujos o rasguños accidentales hayan afectado a los dos signos de esta inscripción. Esta circunstancia, similar a la del número precedente, ha contribuido también a que la inscripción se haya mantenido intacta durante casi dos milenios, pese a estar situada en la entrada principal, en el centro de la pared y a sólo 1,60 m. de altura, rodeada por múltiples grafitos de todas las épocas, (vid. la figura adjunta y lámina 2). Junto a este mismo epígrafe, en la parte superior del segundo signo, se trazaron nueve líneas verticales, a modo de contabilidad, o por simple capricho. No parecen responder a la misma mano, o al menos se ejecutaron de forma más simple, sin insistir en los trazos. Estas líneas son desde luego posteriores, ya que se alargan o acortan bordeando por los dos lados el signo «te», en forma de rombo. En cambio en la inscripción nº 5 no cabe



CAMARETA I



CAMARETA 2.



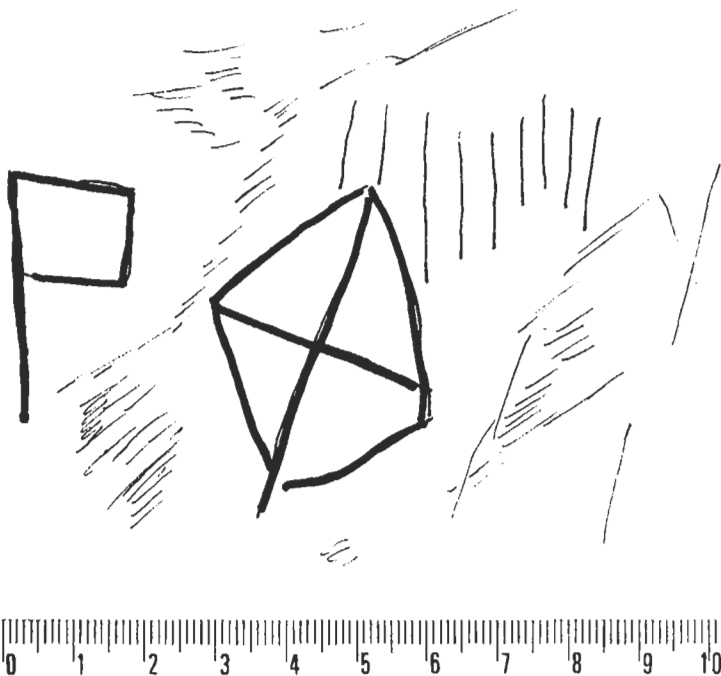
CAMARETA 3.



CAMARETA 4.



CAMARETA 5.



CAMARETA 2.

duda que tenemos una secuencia metrológica, vid. § 4.3.3. El trazado de grupos de líneas verticales es muy frecuente en las paredes de La Camareta. En algunos casos es posible que contabilicen días o cualquier otro concepto.

4.1.2.1. Es notorio que la inscripción nº 2, mantiene en sus signos las mismas proporciones de la inscripción nº 1, que alcanzan los 5 cm. de altura, aunque las características muy diferentes de ambas aseguran una procedencia de distinta mano. Otros signos sueltos en la pared frontal, a los que más adelante aludiré, oscilan entre 3 y 4 cm. de altura. Me parece interesante hacer notar estas proporciones porque —salvo casos excepcionales, y excluidos los grafitos expresamente fechados en los tres últimos siglos— se diría que el tamaño de las letras atribuibles a los períodos ibérico, romano o tardorromano, visigótico o árabe, disminuye progresivamente desde lo que conocemos en la escritura clásica como letra capital o monumental a lo que conocemos como letra cursiva manuscrita. Es posible que en este hecho haya tenido alguna influencia lo que los respectivos escribas tenían grabado en su mente como modelo predominante de inspiración. En el punto de partida las inscripciones prerromanas, de gran tamaño en sus signos, grabadas escrupulosamente con líneas perfectas y regulares, parecen inspiradas en la letra capital de inscripciones monumentales indígenas y latinas, lo que armoniza muy bien con el sentido arquitectónico que presidió el labrado de esta cueva, especialmente las estancias A y D, en cuya pared intermedia —vivo trasunto de un muro— se encuentra la inscripción principal. Por el contrario, llegados al punto terminal, la mayor parte de las inscripciones latinas, visigó-

ticas o árabes no se diferencian formalmente de lo que pudiera escribir un amanuense contemporáneo sobre una página de pergamino. Evidentemente los firmantes de estos períodos no se inspiraron en inscripciones monumentales ni en nada asimilable a ellas, sino en el uso más cotidiano y utilitario de la escritura.

4.1.2.2. El lugar en donde se encuentra la inscripción nº 2, relativamente bajo y próximo a la entrada, es uno de los menos afectados por la acción de los humos, máxime al formar la superficie una ligera concavidad. Pese a ello se percibe la leve pátina en el entorno, visible también en los bordes de las líneas grabadas. El mismo fenómeno se observa en la inscripción más próxima en caracteres latinos, la firmada por *Marturius*. Es una vez más esta gratificante huella de los humos, incluso en las zonas más expuestas al aire del exterior, la que nos garantiza la antigüedad relativa de unas inscripciones que en otras circunstancias hubieran podido dar origen al menos a alguna duda (vid. § 1.5.1).

4.2. Los símbolos metrológicos

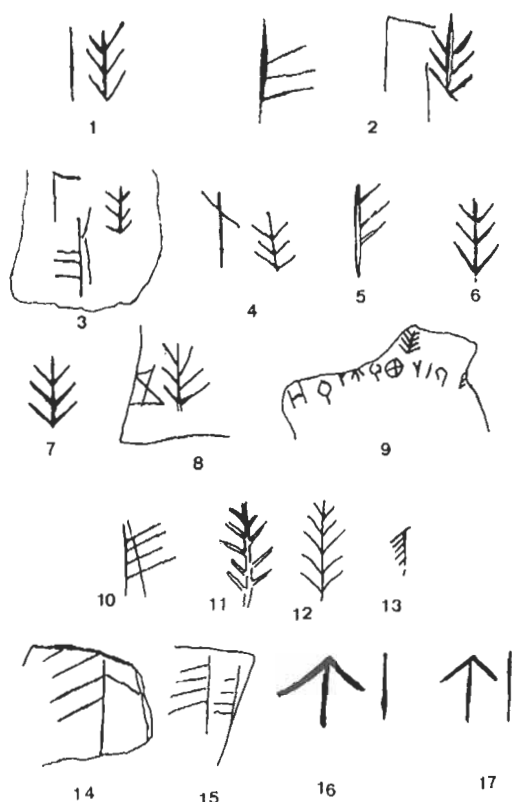
4.2.1. Durante los últimos diez años he dedicado mi atención al estudio en profundidad de la metrología en conexión con nuestra epigrafía prerromana, y he complementado la investigación con una minuciosa comprobación del peso o la capacidad de los ponderales, cuencos y demás objetos en los que aparecen textos o símbolos presuntamente ligados a la noción de medida. Como resultado de esta labor he podido determinar varios sistemas metrológicos que han regido en la *Hispania* primitiva. Sobre este tema saco a luz por estas mismas fechas un trabajo preliminar al que me remito²⁹, y hace innecesario que nos detengamos aquí con otras consideraciones distintas de las puramente epigráficas. Los signos en forma de espiga o abeto no son precisamente los más numerosos en contextos metrológicos, pero aparecen lo suficientemente reiterados como para comprobar su origen indudablemente tartésico, así como su difusión en todo el ámbito peninsular, penetrando hasta los límites de los celtíberos e incluso de los propios galos. De este proceso de difusión nos quedan claros testimonios en las cerámicas de Azaila, en la frontera de Celtiberia, y en el sur de Francia en el contexto ibérico de Ensérune. Por lo que respecta a su origen tartésico baste constatar su aparición entre las cerámicas meridionales más antiguas, como las del cabezo de San Pedro de Huelva.

4.2.2. Los signos o símbolos en forma de espiga aparecen diferenciados de los signos de escritura con valor fonético, ya por su forma, ya por el contexto o por ambas cosas a un tiempo. Los denomino así convencionalmente por responder su forma, con cierto margen de variabilidad, a un esquema de espiga o abeto. Están compuestos por un vástago vertical en torno al cual se trazan de tres a cinco líneas oblicuas, unas veces de forma asimétrica hacia uno de los lados solamente, a modo de una «**het**» fenicia, otras veces de forma simétrica, como un esquema de abeto o espiga, con líneas oblicuas a los dos lados del vástago. Los signos en forma de espiga aparecen indistintamente aislados o asociados con otros contextos en un mismo objeto, pero en general sin que puedan confundirse con las secuencias que estrictamente reconocemos como escritura. Ha bastado una simple inspección ocular en algunos museos locales para incrementar sensiblemente el número de ejemplares. Ello me hace sospechar que el número real de piezas

29 Pérez Rojas 1996, de Metrología.

con estos símbolos puede ser relativamente alto, y el que se hayan omitido en algunas publicaciones o hayan pasado desapercibidas las publicaciones en las que se hacen constar, puede estar originado en el descuido de los epigrafistas, debido a la poca atención que hasta la fecha se ha prestado a la metrología. En consecuencia no se ha hecho nunca un estudio de conjunto, razón por la cual es muy poco lo que nos aporta la bibliografía, fuera de la esporádica constatación de su presencia en un plato de Abengibre, en cerámicas de Azaila o en algunos fragmentos procedentes del Cabezo de San Pedro de Huelva. Incluso en estos casos las menciones son aisladas, sin que nunca se haya hecho referencia a la reiteración. En el cuadro adjunto, § 4.2.3 recojo varios ejemplares, algunos de ellos inéditos y procedentes de la región de Murcia, que pueden dar idea sobre su variedad y difusión hasta el Ródano.

4.2.3. Cuadro de inscripciones metroológicas con signos o símbolos similares a los registrados en la Camareta



Referencias geográficas y bibliográficas de los símbolos y signos contenidos en el cuadro: n° 1 a 7, Azaila (MLH E.1.428-434); n° 8 y 9 Ensérune (MLH B.1.146, 294; n° 10 Abengibre (Gómez Moreno, EBT XXXVIII, reproducción en lámina XIII (Lamentablemente omitido por Untermann en MLH III G.16.1); n° 11, Caravaca (inédito, vid. Pérez Rojas, Metrología); n° 12 y 13, Lorca (inédito, vid. Pérez Rojas, Metrología. El n° 12, aunque conservado en el Museo de Lorca, parece proceder del valle del Almanzora, en la provincia de Almería); n° 14 y 15, Huelva (J. de Hoz, I Col. p. 375-6, fig. 4 y 5, lám. 4 y 5); n° 16 y 17, Azaila (MLH E.1.345 y 346).

4.2.4. Mapa con la localización de los signos metrológicos recogidos en el cuadro anterior:



Distribución de los símbolos metrológicos recogidos en el mapa adjunto: nº 1 a 8, Azaila; nº 9 Ensérune; nº 10 Abengibre; nº 11 Caravaca; nº 12 y 13 Lorca; nº 14 y 15, Huelva; nº 16 y 17, Azaila; nº 18 y 19 Camareta (vid. su reproducción en la figura correspondiente a los epígrafes Camareta nº 3 y 4).

4.3.1. Inscripción nº 3: Al igual que la inscripción principal, se encuentra situada en la pared derecha de la estancia A, pero grabada a 1,60 m. del ángulo del suelo y en el extremo opuesto, junto al rincón que se forma en contacto con la pared frontal de la misma estancia. Queda enmarcada dentro de la cuadrícula E-17, situada a la derecha de la entrada a la estancia C, que suponemos tuvo la función de hogar. Consta de un sólo signo —aunque mejor sería decir símbolo— en forma de espiga asimétrica, aislado sin contexto. Está formado por un vástago vertical de 3,4 cm. de longitud, del que arrancan por la mitad superior cinco líneas oblicuas y paralelas entre sí de 1,4 cm. de longitud, que descienden hacia la derecha al modo de una «het» fenicia invertida, o lo que es igual, al modo de una *épsilon* griega arcaica con cinco apéndices. Trazado con punzón fino, pero de forma contundente, sus líneas son algo temblorosas, pese a que la pared permitía apoyar la mano para su trazado, rasgo éste que permite suponer un escriba distinto al de los grafitos anteriores. En los textos metrológicos relativos al peso o a la capacidad, la espiga compuesta por vástago y cinco líneas oblicuas alude inconfundiblemente al sistema decimal, y en consecuencia a la división decimal³⁰. Por ello la aparición de este símbolo

30 Vid. Pérez Rojas, «De Metrología», cuadro de signos metrológicos.

aislado, grabado en la pared de la cueva, plantea un problema interpretativo, a lo que aludiremos más adelante en relación con los siguientes epígrafes. Vid. la figura en § 4.2.1 n° 1 y lámina 3 n° 1, y abajo comentario en los §§ 4.3.3.1 a 4.3.4.



CAMARETA 3 Y 4.

4.3.2. Inscripción n° 4: grafito con un sólo signo en forma de espiga simétrica, formado por un vástago vertical de 2,7 cm. de longitud de cuya mitad superior parten por ambos lados tres líneas oblicuas paralelas entre sí, a modo de un esquema de espiga o abeto. Se encuentra aislado sin contexto, situado a 12 cm. por debajo de la inscripción n° 3, y dentro de la misma cuadrícula E-17. En la base, corriendo hacia la derecha del signo, se trazó una línea horizontal. No ofrece dudas la antigüedad, ya que todo ello se encuentra fuertemente ennegrecido por el humo, con intensidad similar a la de la inscripción n° 1. Los símbolos en forma de espiga, compuestos de

vástago con tres o cuatro líneas oblicuas, representan la división duodecimal, según se desprende del estudio de varios textos metrológicos con valores de peso o capacidad comprobados. La alusión a este sistema de forma aislada en el contexto de la cueva de La Camareta plantea el mismo problema interpretativo que el epígrafe anterior y el siguiente. Vid. figura 4.2.1 n° 2, lámina 3 n° 2 y comentario en los §§ 4.3.3.1 a 4.3.4.

4.3.3. Inscripción n° 5. Esta inscripción está grabada en la cara interior de la arcada mayor, hacia el lado de la columna central, a más 2,50 metros de altura sobre el nivel del suelo. Esta posición resulta ser bastante excepcional en el contexto de la cueva, ya que por su altura requirió el uso de una escala por parte del escriba, mientras que las restantes inscripciones se encuentran por debajo de dicha altura, excepto la inscripción n° 1 y el caballo que excepcionalmente se grabó aislado en el interior de la arcada izquierda. La inscripción n° 5 consta de un sólo signo en forma de flecha, que corresponde a la *ypsilon* meridional, y aparece seguido de tres líneas verticales que expresan contabilidad. Estas líneas, cuando forman parte de la escritura en sentido estricto representan el valor silábico «Ba». La altura del signo inicial es 2,5 cm., proporción que se mantiene en las tres líneas contables que le siguen (vid. figura 4.2.3. y lámina 4). A primera vista parece que las líneas contables se han trazado con cierto descuido, pues no aparecen rectilíneas, sino quebradas hacia la mitad. Una observación más atenta nos hace ver que las tres líneas contables se trazaron con la misma intensidad que el signo que les precede. Por consiguiente no se trata de un simple descuido, sino que obedecen a la expresa voluntad de trazarlas casi quebradas. Hemos de admitir que aunque esta inscripción aparezca en el contexto meridional su textura recuerda más a las levantinas. No por ello hemos de pensar que la forma quebrada de este signo sea una creación netamente levantina, entre otras razones porque la forma quebrada es la que aparece ya en el signo que le corresponde en el signario de Espanca. Se trata pues de una variante que se ofrece como opción desde antiguo y que pudo tener cierta aceptación en el sureste como tradición de escuela. En el grafito de Lorca también aparece reiterada la forma quebrada. Una inscripción metrológica aparentemente idéntica la encontramos en Azaila³¹. Pero no nos sirve de mucho. En contextos metrológicos de la región ibérica aparecen asociados los signos correspondientes a «o», «u», «y». Pero el signo en forma de flecha —que en ibérico es «u»— en el sur vale por «y» (vid. tabla en §§ 3.6. a 3.8.). Es decir, que la inscripción Camareta 5 habría que compararla con las correspondientes de los plomos de Yátova, en cuya contabilidad aparece «y». Gómez Moreno, con razón, observó que en el signario de Obulco y su entorno la oposición «o/u/y» queda reducida a «o/u», vid. abajo § 5.4.1. Pero nada nos induce a pensar que este tipo de reducción tuviera vigencia en La Camareta. En general este problema en el sureste parece bastante abigarrado, y por ahora no se presta a soluciones simplistas.

31 Inscripciones de Azaila recogidas en *MLH* III, E.1.345-346 (u 1); E.1.98; E.1.220-222 y 340-341. Vid. § 4.3.3, n° 16 y 17.



CAMARETA 5.

4.3.3.1. La aparición de signos y símbolos metrológicos en este contexto resulta en principio un tanto desconcertante. Si admitimos el carácter religioso de la cueva, temporalmente al menos con función de eremitorio, no resulta muy extraño que junto al contexto religioso aparezca alguna alusión aritmética, dado que entre lo divino y lo numérico suele haber algún tipo de relación, máxime en un contexto variado como el que nos ocupa, donde aparecen además dibujos esquemáticos y animalísticos. Sin embargo la última de estas inscripciones, con un valor contable muy claro, por tener paralelos en inscripciones cerámicas, resulta más llamativa. Por supuesto no puede aludir al peso, a la capacidad o al precio, como es presumible en los objetos cerámicos, sino en todo caso a la longitud. Nada de extraño tiene que un mismo signo o símbolo pueda representar un valor asimilable a cualquiera de los sistemas. De la ambivalencia de algunos conceptos para expresar longitud, capacidad o peso tenemos testimonios en el contexto grecolatino, ya sea como referencia a la unidad, ya a la fracción de la misma (tercia, cuarta o sexta parte). Una solución posible para interpretar la inscripción nº 5 sería pensar en una anotación de medida de longitud, hecha ocasionalmente en función de las obras de ampliación, especialmente al abrirse la estancia D. Pero al ignorar el posible punto de referencia —a lo largo, a lo ancho o a lo alto— tampoco podemos hacer conjeturas para verificar el valor real de esa presunta unidad de longitud con un mínimo de garantía. Sólo podemos avanzar la hipótesis. Sobre la inscripción nº 2 ya vimos que aparecen también líneas contables, aunque allí no forman parte directa del epígrafe, sino que se trata de un añadido posterior, como ya se advirtió, en el § 4.1.2.

4.3.3.2. Las anotaciones metrológicas, en especial los símbolos en forma de espiga, pudieron ser muy frecuentes, y servirían de motivo de imitación —como mero entretenimiento— para algunos de los moradores de la cueva. Esta es la causa de que abundan con muchas variantes las líneas de apariencia contable, a veces unidas por una línea horizontal, a semejanza de un peine. Curiosamente he tenido ocasión de observar grabaciones o pinturas que responden al mismo esquema, incluso en cuevas prehistóricas, como la de La Pileta, en Málaga. Naturalmente no es probable que grabados tan distanciados por el tiempo respondan unitariamente a lo mismo, pero bien pudiera ser así si tenemos en cuenta que rasgos similares se encuentran también en

supuestos calabozos de castillos de las épocas más diversas. Parece ser que en estos últimos casos se trata de una forma utilizada por los presos para contabilizar días, semanas o meses, y es muy posible que este criterio práctico y sencillo haya sido espontáneamente utilizado por el hombre desde los tiempos más remotos como un instrumento contundente para contabilizar, ya sea el tiempo o cualquier otra cosa. En múltiples grabados de esta misma cueva, con figuras animalísticas, se observa claramente una forma de matar el tiempo, y no faltan los ejemplos en los que el entretenimiento y la contabilidad, consciente o inconscientemente, se han plasmado en esquemas de animales que no son cuadrúpedos, sino que constan de hasta diez o doce patas. Posiblemente se trate de líneas contables en forma de peine que, por mero capricho del mismo escriba, han adquirido además cabeza y rabo, transformándose en una especie de esquema animalístico.

4.3.4. Me he detenido en estos pormenores con el fin de marcar una frontera entre lo que podemos considerar como signos o símbolos metrológicos, dignos de ser recogidos como tales desde el más estricto criterio epigráfico, de aquellos otros grabados que —aún siendo en parte similares— pertenecen a un campo de investigación diferente. Como ilustración reproduzco un esquema de espiga o abeto que he dejado para el final por constituir a mi juicio la frontera entre esos dos campos. Su sentido de símbolo metrológico parece indudable, como veremos. En cambio su entorno abigarrado con multitud de pequeños dibujos, al parecer coetáneos, queda fuera de lo que estrictamente consideramos aquí. Hay en efecto otros grabados en forma de espigas más complejas, que parecen no ser más que caprichosas imitaciones de lo que hasta ahora hemos recogido y numerado. La inscripción está situada en la cuadrícula E-27, es decir, en la parte baja de la misma pared en la que se encuentra la inscripción nº 1, así como las metrológicas Camareta 3 y 4 ya descritas, y a similar altura. Pero se encuentra desplazada más a la derecha, cerca de la comunicación con la estancia D. Las líneas del grabado están muy ennegrecidas a causa de los humos, por lo que no ofrece duda su antigüedad y es perfectamente asimilable a los símbolos metrológicos de Camareta 3 y 4. La espiga aparece precedida de un extraño signo «Te» en forma de rombo cruzado por dos ejes, similar al de Camareta 2, aunque trazado con evidente descuido. Este conjunto de signo y símbolo es el que constituye nuestra última inscripción metrológica detectada, es decir Camareta 6.



CAMARETA 6.

4.3.4.1. La espiga lleva en el lado derecho seis líneas, símbolo del sistema duodecimal, que se representa en otros casos indistintamente por cualquiera de sus divisores, tres o cuatro, como en Camareta 4 o el ejemplar de Caravaca. En cambio ostentan cinco líneas en el lado izquierdo, símbolo del sistema decimal, en lo cual concuerda con Camareta 3 (vid. arriba 4.3.1), y con los ejemplares de Caravaca y Lorca, también anotados en el lado izquierdo, § 4.2.3 n° 11 y 13. Hemos de destacar que la aludida espiga de Caravaca, que también simboliza los dos sistemas, los distribuye a derecha e izquierda de la misma forma, lo que parece responder a criterio algo regular, al menos en el sureste. Sin embargo esto no parece ser determinante, porque el n° 12, del cuadro citado, simboliza el sistema duodecimal por medio de doce líneas, colocadas seis a la derecha y seis a la izquierda. También otros ejemplares de Azaila, del sur de Francia o de Andalucía simbolizan el sistema duodecimal con las cuatro líneas dirigidas hacia la izquierda. Despierta algunas dudas el trazado del signo «Te», con el eje vertical duplicado. Pero no parece que se trate de una segunda línea debida a un arañazo por accidente, sino al trazo descuidado del escriba. Esta breve inscripción es, en efecto, la más deficiente del conjunto. El signo «Te» aparece alguna vez en grafitos de aspecto metrológico menos claro³².

5. ESTUDIO DEL SIGNARIO

5.1. El caudal epigráfico meridional que ha llegado hasta nosotros sobrepasa el centenar de ejemplares y se distribuye de forma muy irregular si atendemos a los factores tiempo y espacio, ya que la mitad de estos ejemplares se concentran en el sur de Portugal, en el reducido marco del Algarve y el Alemtejo, mientras que la otra mitad se dispersa a través de Andalucía, Murcia, Albacete, Alicante y sur de Valencia. En orden a la cronología la desproporción alcanza cotas muy similares. Con una documentación tan poco densa tanto las grandes cuestiones respecto al origen, como ciertos aspectos puntuales relativos a la difusión han de explicarse a través de presunciones más o menos razonables. Hoy parece difícil poner en duda el presunto origen tartésico de la escritura hispánica prerromana, porque sólo en torno a núcleos con administración se crean las condiciones idóneas para que tenga sentido la implantación de un sistema de escritura. Otra cosa muy distinta sería determinar si la adopción inicial de la escritura tuvo lugar en la sede principal de Tartessos o en un foco secundario, digamos provincial, desde donde irradiaría. Por el momento no estamos en condiciones de abordar este problema sin elucubrar gratuitamente y es mejor no plantearlo. Es preferible limitarnos a reconocer la difusión de la escritura dentro de un ámbito territorial, cuyas fronteras rebasa por el este hasta el Júcar, y por el oeste a través del Alemtejo, sin superar por el norte la línea del Tajo. En todo ese espacio existe cierta tradición monárquica, aunque no consta que fuera un reino unitario, como tampoco lo fue el de la sociedad micénica³³.

5.1.1. Admitidas estas premisas, sin mayores precisiones, es obvio pensar que las diferencias caligráficas que puedan registrarse en el signario, en orden a los ya mencionados factores de tiempo y espacio, hayamos de atribuirlos a dos tendencias manifiestamente opuestas: de un lado la natural evolución que en principio tiende a lo más simple, de otro lado el conservadurismo. A

32 No es seguro el carácter metrológico en Azaila, M L H E.1.84,86, 317 y 396.

33 Caro Baroja, J., Sobre la realeza ibérica, *Cuadernos de la Fundación Pastor* n° 17, Madrid 1971.

medida que la escritura se difunde los resultados pueden ser muy divergentes en las zonas extremas del área de difusión, porque el conservadurismo o la evolución puede afectar alternativamente a un signo u otro con distinta intensidad en cada uno de esos extremos geográficos. Aquí podemos actuar con cierto margen de garantías, ya que algunos signos tartésicos están tomados de los más antiguos alfabetos utilizados por griegos y fenicios, y conocidas las formas originales podemos deducir las posibles innovaciones. Luego, por mera analogía y con fundamentos más endeblés, algo se puede inducir sobre los signos tartésicos de distinto origen. Dentro de la prudencia de estos límites han de entenderse las observaciones que siguen en torno a la morfología del signario de La Camareta.

5.2. En términos generales, los signos constatados en La Camareta responden a las formas canónicas más tradicionales y estadísticamente más frecuentes en todo el ámbito meridional. Por ello, las innovaciones que se observan en algunos casos constituyen un dato valioso para determinar su datación tardía, y a ello haremos alusión más adelante, vid. § 5.4.3. No obstante, a la vista de lo hasta hoy conocido, el conjunto responde armónicamente a lo que puede relacionarse con la más pura tradición del ámbito tartésico. Descontados los símbolos metrológicos de los epígrafes nº 3, 4 y 6 el total de signos registrados en la Camareta es de 16, 8 de los cuales son alfabéticos (4 vocales y 4 consonantes) y los 8 restantes son silabogramas (3 labiales, 3 guturales y 3 dentales). La proporción de todos ellos resulta ser armónica y no difiere sustancialmente de la media estadística. Algunos de estos signos aparecen reiterados más de un vez, lo que hace que el total se eleve a 21, distribuidos de la forma que se indica en el cuadro adjunto:

textos:	Α	Ν	Ο	↑	Ν	Ρ	¶	Μ		Υ	Ρ	Λ	Μ	Φ	◆	Ε	Total:
nº 1	1	2	2	.	1	1	1	1	.	1	.	1	1	1		1	14
nº 2	.			.					.	1					1		2
nº 5				1					3		.						4
nº 6				.					.						1		1
Totales:	1	2	2	1	1	1	1	1	3	1	1	1	1	1	2	1	= 21

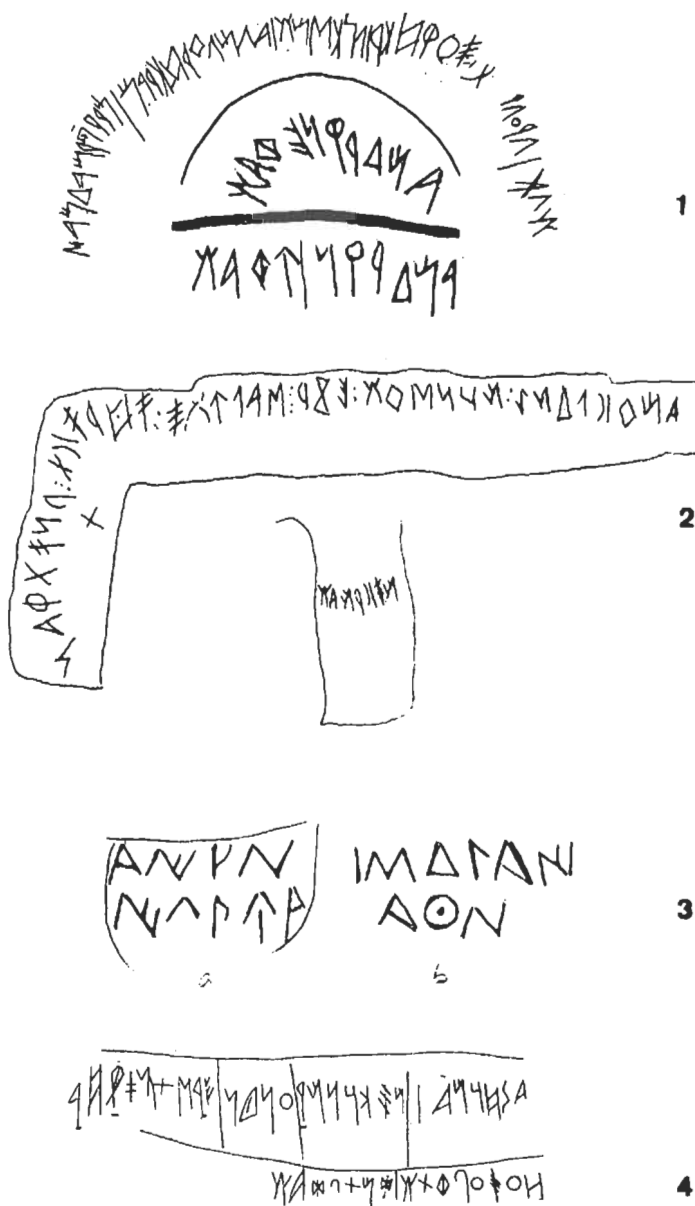
Se incluyen en este cuadro los signos correspondientes al texto Camareta 5, que forman un contexto metrológico, en parte ajeno al valor estrictamente fonético. Pese a ello se trata de signos de escritura, a diferencia de los símbolos metrológicos (Camareta 3, 4 y 6), que como queda dicho, no se incluyen en este recuento. En el cuadro siguiente, § 5.3, trato de proporcionar una visión general sobre las características morfológicas. En dicho cuadro transcribo los signos de forma normalizada, de izquierda a derecha, y evitadas las variantes secundarias menos significativas, que pueden verse con mayor detalle en los epígrafes aludidos, reproducidos por el mismo orden en las figuras § 5.3.1 a 5.3.3.

5.3. El signario de La Camareta comparado con el de otros epígrafes meridionales.

Camareta:	1)	2)	3)	4)	5)	6)	7)	8)	9)	10)	11)
1	A: A	A	A	A	A	P	A	A	A	.	A
2	I: N	N	N	N	N	N	N	N	N	N	N
3	O: O	O	O	.	O	O	.	.	O	O	O
4	Y: ↑	↑	↑	↑	.	↑	.	.	.	↑	↑
5	N: N	N	N	N	N	N	N	.	N	NN	N
6	R: P	P	P	P	P	P	.	P	P	P	P
7	S: S	S	S	.	S	S	.	.	.	S	S
8	S': M	M	M	M	M	M	.	.	.	M	M
9	Be: X	X	X	.	X	X	X	.	.	X	.
10	Bi: P	P	.	P	P	P	.	P	.	.	P
11	Ka: A	A	.	.	.	A	.	A	A	.	A
12	Ko: M	M	M	.	.	M	.	.	.	M	M
13	Ku: P	P	P	.	.	P	.	.	P	P	.
14	Te: O	O	.	.	O	O	.	.	.	O	O
15	To: E	E	E	.	E	E	.	.	.	E	.

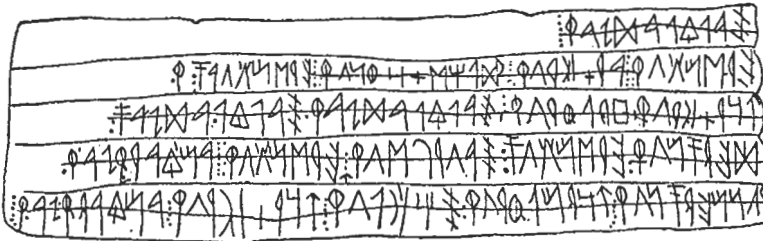
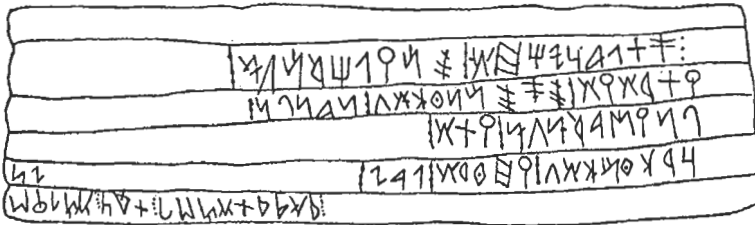
1) Abengibre; 2) Llano de la Consolación; 3) Cerro de los Santos; 4) El Salobral; 5) Mogente; 6) Santiago de la Espada; 7) Santisteban del Puerto; 8) Torres; 9) Numismática meridional; 10) Plomo de Gádor; 11) Estelas del Suroeste.

5.3.1. Epígrafes aludidos en el cuadro 5.3. Reproducción de los originales con referencia bibliográfica:



1) Abengibre (Albacete), Gómez Moreno, EBT XXXVIII, XL y XLI (MLH G.16.1, 3 y 4); 2) Llano de la Consolación (Albacete), Fletcher Valls-Martínez Pérez 1983 (MLH G.15.1); 3) Cerro de los Santos (Albacete), Gómez Moreno, Misceláneas p. 308, n° 77-78 (MLH, G.14.1 y 2); 4) El Salobral (Albacete), Gómez Moreno, EBT XLIV (MLH G.17.1). (Continúa en los cuadros siguientes).

5.3.2. Epígrafes aludidos en el cuadro 5.3 (continuación):



5



6



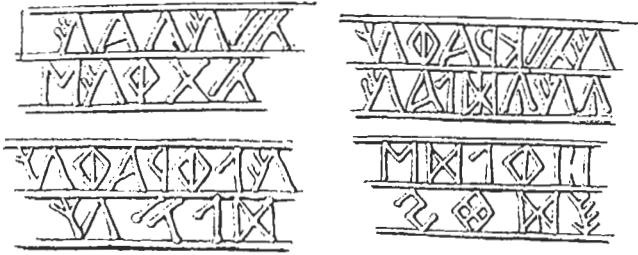
7



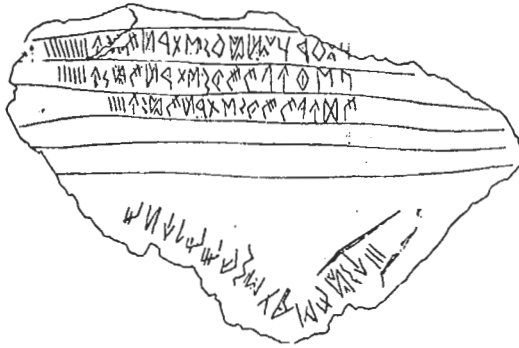
8

5) Plomo de Mogente (Valencia), Gómez Moreno, EBT XLVI y XLVII (MLH G.7.2); 6) Santiago de la Espada (Jaén), Gómez Moreno, EBT XXXVI (MLH H.2.1); 7) Santisteban del Puerto (Jaén), (atribución de origen posible según Raddatz, 1969 p. 271-272 y fig. 30a 2; (MLH H.3.1); 8) Torres (Jaén), Gómez Moreno, EBT XXXIII (MLH H.5.1). (Continúa en el cuadro siguiente).

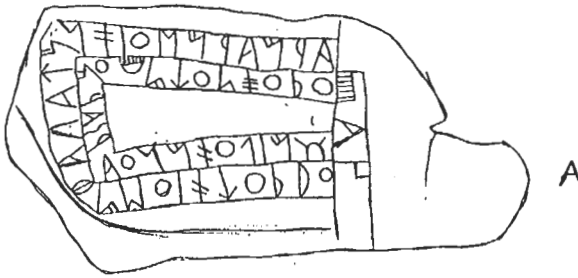
5.3.3. Epígrafes aludidos en el cuadro 5.3 (continuación):



9



10



A

11



B

9) Numismática meridional, monedas de Obulco (Porcuna, Jaén), Gómez Moreno EBT LII (MLH A.100, -5, -11, -12, -13); 10) Plomo de Gádor (Almería), Gómez Moreno EBT XXXI (MLH H.1.1); 11) Estelas del suroeste: a) Alemtejo, Pérez Rojas 1994 n° 37 (Melho Beirao, 1986 n° 35), b) Estela de Siruela (Badajoz), Pérez Rojas 1994 n° 34 (Melena, J.L., III Col. p. 346 s.).

5.4. Las vocales libres

5.4.1. En el grupo de los signos alfabéticos se registran en La Camareta las vocales «a», «i», «o», «ú». Este último signo lo valoró Gómez Moreno como *ypsilon*, con posible función de fricativa en algunos casos. Así mismo reconoció este autor que la oposición entre **o/u/ú** se reduce a **o/u** en Obulco³⁴, lo que acaso explicaría que el signo en forma de flecha —*ypsilon* en el área meridional— pase al sector levantino con valor de «u», dándose el cambio que ya se indicó en el cuadro de equivalencias, § 3.8. Aquí nos aparece en un texto de índole metrológica, por lo que no podemos comprobar suficientemente la oposición de «u»/«ú», si bien la presencia de «o» en la forma tradicional nos hace ver que — pese al carácter tardío del epígrafe— responde al tipo meridional más generalizado, no a una transición entre el Hispánico-1 y el Hispánico-2. Así pues, en caso de probarse que este tránsito se iniciara dentro del enclave de Obulco, resulta evidente que su difusión hacia el área levantina no fue uniforme, y lo mismo cabe decir si el proceso se hubiera gestado y difundido en sentido inverso.

5.4.2. La «i» se escribe con los rasgos finales del apéndice paralelos al vástago inicial, cuya altura guarda una proporción intermedia (relación de 1 a 2/3), frente a formas más esbeltas, especialmente frecuentes en el suroeste. El trazo paralelo de los vástagos inicial y final es aquí bastante sistemático, pues aparece también en los signos «n» y «s». Téngase en cuenta que en otros textos meridionales, incluso en los específicos del suroeste, oscilan con cierta frecuencia las formas esbeltas y las romas dentro de un mismo epígrafe, y algunas veces alterna también la posición paralela u oblicua de los apéndices respecto al vástago inicial. Por esto es precisamente destacable la regularidad caligráfica de La Camareta. El círculo de la «o» se traza de forma que tiende a ser adición de dos semicírculos, rasgo que se observa en el *ductus* de otros epígrafes, y que explica el paso a la forma angulosa de rombo, fenómeno común a todos los signos del Hispánico 1 y 2 en cuya composición entra el círculo, tales como «Te», «Ku» y «r». Debido a esta tendencia el signo «o» adopta aquí una forma ligeramente oval, y ocurre lo mismo con el círculo del signo silábico «Ku», (vid. § 5.6.3). Así pues, tanto en el trazo de estos dos signos como en los anteriormente descritos, se observa una regularidad sistemática tan marcada que —necesariamente— nos incita a considerar a su autor como una persona culta, con un perfecto dominio de la escritura y formado en una escuela de muy sólida tradición, fuera un ermitaño con carácter sacerdotal, o un simple visitante ocasional, como parecen indicar las inscripciones de otros períodos.

5.4.3. El signo utilizado para la «a» en la tradición tartésica procede directamente de la forma griega y ha permanecido sin alteraciones en la epigrafía del suroeste. En cambio a medida que avanzamos hacia el sureste, a partir de Obulco, sufre un proceso de reducción, que consiste en acortar uno de sus lados hasta adquirir una forma muy similar a la «rho» griega. El fenómeno se registra ya en un momento muy temprano, según se constata en el texto A) del plomo de Mogente, datado hacia la mitad del S. IV a.C. La misma tendencia se reitera en otros plomos afines, en algunos platos de Abengibre y en inscripciones más tardías. A la vista de estos datos resulta difícil dilucidar hasta qué punto se trata de una evolución o de una variante opcional introducida desde el principio. Porque lo cierto es que la forma tartésica, que con cierta

34 Gómez Moreno, *EBT* p. 15, 16 y 58.

propiedad podemos calificar de clásica para este signo, coexiste dentro del mismo ambiente, tanto en la numismática —de tendencia arcaizante— como en los platos de Abengibre, el Cerro de los Santos, o el sillar de La Alcudia de Elche. Por consiguiente el uso alternativo de la forma griega o de algunas de las variantes aludidas no permiten deducir conclusiones cronológicas muy definitivas, ni mucho menos extensibles a todo el ámbito meridional. Incluso podría alegarse una explicación contraria si nos circunscribimos al ángulo sur-levantino. En efecto, la presencia de ejemplares antiguos en los que este signo adopta la forma de «rho», típica del Hispánico 2, podría ser indicio de una relación más directa con la forma original fenicia, lo que induciría a pensar que se trata de una variante antigua. La razón para no sacar conclusiones cronológicas, al menos en lo que se refiere a la relación entre el Hispánico 1 y el Hispánico 2, nos viene dada por el signario de Espanca, donde vemos que la introducción de variantes evolucionadas o la permanencia de variantes arcaicas obedece a una razón de escuela meramente aleatoria.

5.4.4. El plomo de Mogente, datable por su contexto arqueológico hacia la segunda mitad del s. IV a.C., poco más o menos, era un documento desechado ya en aquel momento, a juzgar por la forma en la que apareció. A su vez, la escritura del texto B) parece indicar que se escribió cuando ya no tenía vigencia el texto A), razón por la cual debió fragmentarse intencionadamente para ser reutilizado. Esto significa el transcurso, por dos veces, de un cierto lapso de tiempo. Se da la particularidad de que entre la grabación de la cara A) y cara B) se produce un cambio en el sistema de escritura, que de estar originado en cambio de tipo «oficial» —como parece obvio sospechar— podría implicar un lapso de tiempo nada despreciable. En definitiva cabe sospechar que el texto A), primero en escribirse, pudiera datarse como mínimo en la primera mitad, e incluso muy a comienzos de dicho siglo, en la transición de los siglos V al IV a.C., lo que lo convertiría en el documento más arcaico de la región, y uno de los más arcaicos de todo el mundo ibérico. Pues bien, precisamente la escritura del texto más antiguo es la que parece más próxima al Hispánico 2, y algunos signos —**a**, **r**, **Ku**, **Ti**— adoptan ya la forma típicamente ibérica³⁵. Claro es que estas conclusiones verosímiles no pueden trasladarse *ipso facto* al ámbito del suroeste, donde la cronología se puede remontar hasta el siglo VII, e incluso no habría grandes obstáculos para llegar a finales del siglo VIII a.C., en contemporaneidad casi inmediata con la elaboración del primitivo alfabeto griego. Resulta pues, que las observaciones razonables que se puedan hacer en torno al origen del Hispánico-1 o el Hispánico-2 no son siempre necesariamente extrapolables. Se confirma una vez más el carácter abierto a la simbiosis entre las formas del signario hispánico y las contemporáneas de los alfabetos griego y fenicio, ligeramente cambiantes en su evolución, con toda la riqueza de un fenómeno cultural vivo, tal y como se desprende de la concepción de Gómez Moreno.

5.4.5. Ahora bien —excluidos los problemas generales, cuya solución no corresponde ni a este momento ni a este lugar— si nos limitamos a considerar la forma peculiar de «A» que se registra en la Cueva de la Camareta, con el apéndice lateral abierto y las líneas paralelas, hemos de concluir que se trata de un síntoma tardío, porque esta variante la tenemos constatada en cuencos de plata de Santiago de la Espada, Torres y Santisteban del Puerto, todos ellos datables entre la última década del Siglo I a C. y el comienzo de nuestra Era. Es cierto que en algunos

35 MLH G.7.2; EBT XLVI; vid. arriba el nº 5 del cuadro 5.3.2.

casos —Abengibre y El Salobral, por ejemplo— se pueden observar los apéndices de este signo ligeramente abiertos por la parte inferior, pero en epígrafes en los que resulta manifiesto el escaso cuidado del escriba, e incluso en estos casos el vástago inicial aparece oblicuo. Debido en parte a la ligereza, a falta de cuidado y a la poca contundencia del objeto con el que se grabó, podemos registrar en algunos rótulos de Abengibre hasta tres o más formas variables del mismo signo. Ahora bien, atendiendo al material epigráfico hasta hoy conocido, el uso del vástago perpendicular con los apéndices oblicuos y rigurosamente paralelos no aparece nunca en textos datables antes finales del siglo I a. C. En consecuencia, éste es uno de los rasgos característicos que nos permiten catalogar a la inscripción de la Cueva de la Camareta no sólo en época tardía, sino entre el conjunto específico de las inscripciones que podemos considerar como últimos testimonios residuales de la escritura indígena antes de sucumbir totalmete bajo el alfabeto latino.

5.5. Las consonantes libres

5.5.1. En relación con las consonantes libres sólo cabe destacar su regularidad canónica, en relación con las formas más acreditadas por su frecuencia desde el punto de vista estadístico. La «**rho**» adopta preferentemente la forma redondeada, como en griego, en parte impuesta en el sureste por la evolución peculiar de la «**a**», con el apéndice puntiagudo, y la necesidad de mantener una cierta oposición que marque las diferencias formales entre ambos signos. Este problema no se presenta en el suroeste, donde la «**rho**» adopta indistintamente la forma redondeada o puntiaguda, incluso a veces dentro de un mismo epígrafe. En relación con los signos «**n**» y «**ś**» no hay nada especialmente destacable, baste señalar que los lados extremos de ambos signos son paralelos, lo que resulta ser más frecuente desde el punto de vista estadístico en todo el ámbito meridional. El mismo fenómeno ha sido ya resaltado en relación con la «**i**», § 5.4.2. No obstante conviene advertir que estas variantes son poco significativas, ya que se registran ambas formas indistintamente en algunos epígrafes, incluso en algunas estelas del suroeste. También dentro de dichas estelas alternan indistintamente formas esbeltas de «**n**», con gran vástago, y formas romas, prácticamente idénticas a nuestra «**n**» actual. Los signos de la Camareta, como ya se indicó desde el comienzo, mantienen una posición de equilibrio entre estas dos tendencias extremas. Finalmente respecto a la «**s**» nos resta hacer constar el uso de los travesaños oblicuos al vástago, inclinados en el sentido de la escritura.

5.6. Los signos silábicos

5.6.1. En relación con los signos silábicos hemos de reiterar también la uniformidad y la fidelidad a las formas canónicas más acreditadas estadísticamente. Las escasas peculiaridades dignas de mención vienen a acentuar la íntima relación de esta estación epigráfica con el contexto más inmediato del entorno. En relación con las labiales hemos de destacar que la forma del signo «**Be**» es puntiaguda, una característica general de todo el ámbito tartésico, lo que permite atribuir la forma redondeada del suroeste a una variante ligada a la tradición local de una escuela en el primitivo marco del actual territorio alentejano. Es ésta la única diferencia que, aunque poco relevante, resulta significativa por su reiteración, y marca una cierta diferencia —al menos en la tradición de escuela— entre la escritura del extremo SO y el resto del área meridional ligada a la tradición tartésica, incluida la Extremadura española. Es oportuno hacer

notar que incluso las estelas extremeñas responden a la tradición meridional, que se prolonga hasta el sureste, no a la variante estrictamente utilizada en el sur de Lusitania. Por otro lado es oportuno advertir que el signo correspondiente en ibérico, donde alternan las formas redondeadas y las angulosas, parece ligado a variantes de escuela más similares a las del SO, lo que equivale a decir que pueden ser variantes más arcaicas, aunque en principio parezca paradójico. Huelga decir que el arcaísmo de un signo utilizado por una escuela local no significa, en modo alguno, que el arcaísmo corresponda al epígrafe que le utiliza.

5.6.2. En las inscripciones estelares y en otras varias del área del Hispánico 1, el signo «a» adquiere con frecuencia en uno de sus lados una forma ligeramente arqueada, por lo general el lado segundo siguiendo el orden de la escritura. El fenómeno afecta en algunas ocasiones a los dos vástagos laterales. Esta tendencia se observa también en el signo «Ka», en forma de *lambda* clásica, que al arquear sus lados simula una ojiva. Desde el punto de vista estadístico la forma angulosa u ojival de este signo quedan muy equiparadas. Esto se observa con mayor frecuencia en las estelas del suroeste, que constituyen el material más abundante. Desgraciadamente la documentación es escasa y poco densa para determinar la extensión de esta peculiaridad en todos los órdenes y en todas las épocas. Precisamente para compensarnos de esta falta de documentación, las inscripciones de la Camareta nos aportan un valioso vestigio. Aquí tanto el signo «Ka» como el signo «Be», adquieren forma curvada de ojiva en sus laterales, lo que nos induce a pensar que se trata de una tendencia muy antigua, tradicional y relativamente generalizada en la escritura de origen tartésico, aunque lo hayamos registrado con menos densidad en el sureste. Es curioso comprobar que incluso los apéndices del signo «Be» aparecen ligeramente curvos, doblados hacia la derecha, vid. § 4.1.1.2.

5.6.3. Nada especial hay que señalar en relación con otros signos. «Ko», «To», «Ku», siguen formas comunes muy ortodoxas. El círculo del signo «Ku», tiene forma oval, y así queda en perfecta sintonía con lo ya dicho respecto al signo «o», § 5.4.2. En cambio aparece una nueva variante del signo «Bi», cosa nada sorprendente, ya que este signo —aunque no es de alta frecuencia— registra variedad de formas, más acusadas en Hispánico 1, donde la oscilación entre líneas curvas o rectas para el apéndice se observa incluso en textos no metrológicos³⁶. El signo «Pi» de La Camareta asemeja a una «P» latina por su forma cerrada, pero con el apéndice cuadrangular. No se puede descartar que hubiera mediado una cierta influencia del alfabeto latino, pero en principio no precisamos de esta explicación, ya que no es ésta la tendencia que se observa en los epígrafes con escritura latina de esta cueva, y por otro lado contamos con una variante muy similar —casi idéntica— en los platos de Abengibre, que resulta ser una de las estaciones más próximas del entorno. Este signo aparece en la inscripción n° 2, formando secuencia con un signo «Te» en forma de rombo. Es este uno de los indicios más claros de que las inscripciones n° 1 y n° 2 proceden de distinta mano. En la primera inscripción los signos «o» y «Ku» se escriben con la variante redondeada, oval, mientras que en la segunda los signos «Bi» y «Te» se escriben con la variante cuadrada. El signo «Te» de La Camareta lleva además los dos ejes cruzados, variante que no se registra en el Suroeste, sin duda por una actitud

36 Una variante de *Pi* con trazos rectilíneos al modo griego aparece en el contexto metrológico de los plomos de Yátova (Fletcher 1980; una relación completa proporciona Untermann en *MLH* III, 1 pp. 322-324; en Ensérune *MLH* B.1.36, y en las ánforas de Vieille Toulouse Solier 1983; Lejeune 1983.

opcional ligada a tradición de escuela, pues la antigüedad de esta variante en el ámbito tartésico queda garantizada por un grafito de Córdoba de muy baja datación, y con un nombre perfectamente identificable *Irte*, cfr. *Hirtius*³⁷. La numismática de Obulco, de tendencia arcaizante, utiliza indistintamente para el signo «Te» la forma circular o cuadrada, en ambos casos con los ejes cruzados. Pero no hay razones por ahora que permitan asimilar a estas variantes con los valores correspondientes levantinos. En algunos plomos ibéricos hay un claro intento de diferenciar oclusivas sordas y sonoras mediante trazos diacríticos.

Lectura

5.7. La lectura del epígrafe N° 1 arroja tres elementos inconfundiblemente onomásticos, dispuestos de la siguiente forma:

Ko.To.s.i.Be.o.Ku.an / Ka.r.o.s.i.[Be] ΜΕΜΝΥΧ ΟΦΑΝ ΑΡΟΦΝΥΧ

donde podemos segmentar:

Kotoś-ibe Okuan Karos-i[Be]

5.7.1. Los nombres ibéricos más numerosos y mejor conocidos constan de dos elementos, cada uno de los cuales suele ser a su vez un compuesto del tipo *Umar-gibas Luspan-gibas F(ilius)*, de la *Turma Salluitana*. En epígrafes que denotan solemnidad, como ciertas láminas de plomo o algunas estelas antiguas, especialmente las meridionales, o platos argénteos, se observa que los nombres —presuntamente de personajes ilustres— pueden constar de tres o cuatro elementos, todos ellos también compuestos. Debido a ello, a veces alcanzan unas proporciones desconocidas en el ambiente romano. Pero esto ocurre sobre todo en textos datables antes del siglo III a.C., y no puede aseverarse que los textos en soportes peor datados alcancen de lleno el siglo II. Por ello, junto a las razones ya expuestas, podemos añadir ahora que la datación tardía incita también a no esperar la pérdida de un elemento completo en la fractura que afecta al final de la segunda línea de la inscripción n° 1, vid. arriba, §§ 1.5. y s.

5.7.2. La reiteración de tres elementos onomásticos en nombres indígenas, especialmente tras el inicio de la romanización, en el período republicano, puede reflejar —hasta cierto punto— una influencia latina de los *tria nomina*, sin perjuicio de que la cifra desempeñara una función muy diferente en el contexto indígena, pues como puede verse el tercer elemento de algunos nombres ibéricos va referido expresamente a la filiación. También es habitual el uso de tres elementos en celtibérico, rigurosamente uniformes en el bronce de Botorrita, pero esto pertenece a otro ambiente que ahora no nos interesa. Ceñidos al mundo ibérico e independientemente de las diferencias funcionales, es presumible que el uso de los *tria nomina* en el contexto latino contemporáneo moviera, por simple mimetismo, a utilizar también tres elementos en algunos nombres indígenas, máxime cuando en textos más antiguos se detecta el empleo de hasta cuatro elementos. Desde luego los testimonios que podemos considerar como más próximos en el tiempo y en el espacio reiteran, como en La Camareta, tres elementos, uno de los

37 Pérez Rojas, Curso, cit. índice onomástico.

cuales tiene en ciertos casos aspecto de genitivo y podría aludir a la filiación. Podemos citar como ejemplos el cuenco de Jimena de la Frontera en caracteres tartésicos, el cuenco de Santisteban del Puerto, en caracteres latinos, y la lápida de Cástulo, también en caracteres latinos. La misma tendencia a utilizar tres elementos se observa en algunos nombres de la *Turma Salluitana*, en parte ya romanizados, con los que podemos iniciar el siguiente paralelismo:

Turma: *C. OCTACILIUS SUISETARTEN F(ilius)*.
 “ *CN. CORNELIUS NESILLE F(ilius)*.
 “ *P. *FABIUS ENASAGIN F(ilius)*³⁸.
 Cástulo: *M. FOLVI GAROS*³⁹. (= *Folvi filius?*).
 Santisteban: *TERCINOI EGUAN OASAI*⁴⁰. (= *Basaii filius?*).
 Jimena: *Kanaike. Kior Ekuan*⁴¹.
 Camareta: *Kotos'ibe Okuan Karosi[.] (Carosi filius?)*

5.7.3. Naturalmente esta primera hipótesis para interpretar el nombre de La Camareta sería válida si pudiéramos afirmar que la rotura no ha afectado al epígrafe, y que *Karosi* se conserva íntegro. En tal caso podríamos pensar en un derivado de *Carus*, bien atestiguado en *Hispania*, así como *Carisius*, *Carisianus* o *Caricus*. Lo que extrañaría es el sufijo en —o—, que aunque no es imposible carece de paralelo en el contexto peninsular en relación con este nombre. Por otro lado en la inscripción de Cástulo citada arriba, muy próxima en el tiempo y en el espacio a La Camareta tenemos *Garos*, forma indígena o tal vez simple sonorización de *Caros*. Además hemos de oponer por las silbantes dos elementos de nuestro nombre aparentemente ligados al contexto indoeuropeo, *Kotos'* y *Karos*, (***Cotos** y ***Caros**) en los que vemos alternar de forma desconcertante -ś frente a -s, fenómeno que habremos de abordar más adelante, § 9 y s. y *excursus* 1.

5.7.4. Aunque no se trate de dificultades insalvables, vemos que indirectamente todo nos lleva a preferir por exclusión la solución que se desprende tras la restitución del signo fragmentado. Por eso resulta de gran utilidad agotar las consideraciones en pro de otros supuestos, haciendo abstracción ahora sobre el hecho de que quedan vestigios del signo fragmentado. En tal caso la restitución del presunto compuesto, *Karos'-i[...]*, podría suponerse igualmente legítima con cualquier elemento que comience por *i-*. Ahora bien el conjunto de elementos onomásticos con esa vocal inicial no es especialmente abundante y si nos atenemos a los segmentos con esa característica registrados en el entorno regional de La Camareta quedan reducidos básicamente a tres con sus respectivas variantes: *Ibe* (Abengibre, Alcoy, Mogente y el *Kotos'-ibe* de La Camareta), *Iltir* (Abenjibre, Porcuna y Alcoy) e *Iske-r* (Llano de la Consolación, El Salobrar, Alcoy y Porcuna). Desde el punto de vista de la incidencia, si nos atenemos a los datos estadísticos, estos son los tres candidatos más probables para restituir el compuesto de La

38 * Gómez Moreno, *Misceláneas*, p. 248; Untermann *MLH* III, I p. 196; sobre el contexto histórico vid. Roldán Helvás, 1986.

39 *EBT* LXV; *MLH* H.6.1.

40 *EBT* LXIV; *MLH* H.3.4.

41 *EBT* XXXIII; (*MLH* H.4.1, con lectura incorrecta).

Camareta, y entre estas tres posibilidades resulta ser preferible la primera, también por razones estadísticas. Añadamos además que esta forma se registra en el sureste incluso como topónimo. En efecto, Tito Livio (XXVIII, 21) nos habla de una ciudad de *Ibis*, que no debió estar muy lejos de Cartagena, y cuyo nombre no es extraño que lo haya conservado la actual *Ibi*. Es bien sabido que los nombres ibéricos forman compuestos al modo de los indoeuropeos, independientemente del origen de los radicales. También es sabido por ejemplos muy claros, especialmente a través del bronce ascolitano, que el nombre de los hijos suele tomar un elemento del nombre del padre. En algunos casos el elemento tiene aspecto de un simple sufijo, pero utilizado sólo en el contexto antropónimo (por ejemplo *Gurta-r-no Biu-r-no F.* de la *Turma Salluitana*). La observación inicial partió de Albertos Firmat⁴². Posteriormente la desarrollé a través de otros contextos⁴³, que pasó desapercibida para el conjunto de la crítica hasta que ha sido aceptada favorablemente por Untermann, que la incluye en los *Monumenta* al iniciar el estudio sobre la teoría general del nombre en la epigrafía ibérica⁴⁴. Veamos pues en el cuadro que sigue cuál es la incidencia estadística que apoya igualmente a la restitución del nombre con la reincidencia de un mismo componente en dos de sus elementos:

Kotoś-ibe Okuan Karos-i(be).

5.7.5. Debido al abandono en el que se ha tenido esta cuestión, en especial desde que la puso de relieve Albertos Firmat, nunca se ha hecho un recuento estadístico sobre la incidencia de estos casos, y es lo que trato de iniciar en el cuadro que sigue, donde recojo medio centenar de ejemplos, que requieren para su comprensión muy pocos comentarios. Valgan algunas observaciones generales o particulares, que resumo a continuación, para comprender el alcance y el sentido del material recopilado:

1) La inclusión al comienzo de dos nombres celtibéricos es meramente ilustrativa de un fenómeno universal, dentro y fuera de la Península, y en ambientes lingüísticos diferentes. En ibérico el nombre del hijo puede llevar el elemento procedente del padre en forma de derivado, o al menos con distinta desinencia (*Abo/Aba* n° 15; *Alur/Alo* n° 16; *Aikase/Aikas* n° 26; *Baiturane/Baitura* n° 28; *Lašuratu/Lašira* n° 39; *Tiker/Tikerai* n° 45). Pero dejo para otro lugar el estudio pormenorizado⁴⁵. Baste aquí la transcripción de estos elementos como un simple dato estadístico de interés.

2) Buena parte de los nombres recogidos corresponden a vajillas de plata o planchas de plomo datables entre los siglos IV y III, figuran entre los textos más antiguos y constan —como puede verse en el cuadro— de cuatro elementos, generalmente segmentados mediante interpunción. Con frecuencia se trata de compuestos múltiples, que al transcribirlos íntegros rebasarían el espacio limitado del cuadro. Por este motivo me ha parecido pertinente reducir a la letra inicial seguida de un punto los elementos que no entran en juego con la regla general a la que alude el cuadro (n° 27, segundo elemento; n° 28, último elemento).

42 ON, p. 260.

43 1983, p. 276.

44 MLH III vol. 1, p. 197.

45 Aporto un estudio más completo en «Curso de iniciación» vol. II-III.

3) En la pátera de Tivisa (nº 21) se leyó tradicionalmente *Urke-tikes*, mientras que ahora Untermann propone *Urke-Tibas*, corrección que me parece incuestionable. Sus argumentos son absolutamente impecables, y añádase que puede justificarse el empleo del signo «Ba» quebrado en el elemento final, cuando el escriba comprueba que le puede sobrar espacio. Añadamos ahora también las razones estadísticas que aporta el cuadro. Paralelamente en las estelas de Caspe (nº 24) Untermann acepta alguna de mis restituciones y el carácter antropónimo de los elementos, pero omite la pérdida de un signo por la fractura, sobre lo cual a mi juicio no cabe dudar, incluso a través de la foto o el calco que incluye el mismo autor en los *Monumenta*, donde se percibe el hueco del signo perdido. La cuestión es opinable, pero no veo que Untermann aporte soluciones más sugerentes que las que aquí parecen apoyadas estadísticamente por el conjunto de nombres contenidos en el cuadro adjunto.

4) El apartado IV, relativo al sector meridional, resulta ser en apariencia más pobre que el levantino en cifras absolutas. Sin embargo, teniendo en cuenta que el material epigráfico es mucho más escaso en esta zona, en términos de porcentaje la densidad puede considerarse muy similar o incluso superior en el Sureste. En cambio es bien notoria la menor densidad relativa en las estelas el Suroeste. Pero aquí observamos el dato curioso de que en el nº 49 el elemento del padre aparece además con genitivo, como en los ejemplos celtibéricos a) y b) y lusitano c), con los que se inicia el cuadro⁴⁶.

5.7.6. Distribución del uso de compuestos paralelos para expresar la filiación en el área ibérica

I. Celtíberos y lusitanos (escritura latina).

- a) *Segontius Segoni F.*⁴⁷.
- b) *Araica Arai F.*⁴⁸.
- c) *Cila Cili F.*⁴⁹.

II. Nombres ibéricos: Aragón-Cataluña (escritura latina).

- | | |
|---|----------------------------------|
| 1) <i>Turi-bas Teita-bas F.</i> ⁵⁰ | (<i>Tabula Contrebiensis</i>). |
| 2) <i>Ilur-tibas Bilos-tibas F.</i> ⁵¹ | (<i>Turma Suluitana</i>). |
| 3) <i>Sosin-aden Sosin-asae F.</i> | (<i>id.</i>) |
| 4) <i>Sosi-milus Sosin-asae F.</i> | (<i>id.</i>) |
| 5) <i>Gurtar-no Biur-no F.</i> | (<i>id.</i>) |
| 6) <i>Arr-anes Ar-biscar F.</i> | (<i>id.</i>) |

46 Sobre el uso de los genitivos en la filiación publiqué un extensa lista —con algún error pendiente de revisión— en un trabajo sobre el bronce de Botorrta, 1986 p. 52.

47 (CIL II 2946, Ocariz; *Misceláneas* 239).

48 (CIL II 2952, Contrasta, *Misceláneas* 239).

49 (CIL II 327, Idanha-a-Velha).

50 *Tabula Contrebiensis*, G. Fatás 1980.

51 *Turma Saluitana*, *Misceláneas* 248.

- 7) *Umar-gibas Luspan-gib(as) F.* (id.)
 8) *Beles Umar-beles F.* (id.)
 9) *Bel-ennes Alb-ennes F.* (id.)
 10) *Balci-adin Balci-bil F.* (id.)
 (vid. notas bibliográficas en § 5.7.7).

III. Languedoc, Aragón, Cataluña y Valencia, (escritura ibérica).

- 11) *Baş-bin. Bokalsor. Atine. Beleş-bas,*⁵² (plomo).
 12) *Kuleş-keřše. Iltiřsar. Atin-keře*⁵³ (plomo).
 13) *Aba Tulkatuř: Aba-nui,*⁵⁴ (plomo).
 14) *Ebařikame: Tuikesiřa: Borste: Abaraķe-borste,*⁵⁵ (plomo).
 15) *Kitarun: Abo-baker: Aba-řaker,*⁵⁶ (plomo).
 16) *Aluř-tilei: Alo-tikeřei,*⁵⁷ (ostrakón).
 17) [*Js-taneř -e[/]in-taneř,*⁵⁸ (estela).
 18) *Auřunin-kika: Ořtinsei-kika,*⁵⁹ (estela).
 19) [**Bil]os-ti[kei?..]e. Bilos-tikeiar ?,*⁶⁰ (mármol).
 20) *Bateire Baikar řokin Baikar,*⁶¹ (vasija de plata).
 21) *Boutin-tibař: Sani: Kiřřto: Uřke-tibař*⁶² (pátera id.).
 22) *Orkeiru[...] Orkeibarbau[...],*⁶³ (vasija cerámica).
 23) *Abi-lakus [Jistir-lake Aba[...]*⁶⁴ (inscripción rupestre).
 24) *Iar-iber [I]ar-ire-bor,*⁶⁵ (estela).
 25) *Auřuni Beikeai: Aste -Beikeaie,*⁶⁶ (plomo).
 26) *Ultitekeř-Aikase: Ařkitiker -Aikas,*⁶⁷ (plomo).
 27) *Bototas: B.: Bařenyliki: Antinyliř-turane,*⁶⁸ (plomo).
 28) *Banyliř-baituřane: Kaisanyliř-baituřa: N.:*⁶⁹ (plomo).
 29) [*..]se:Iakikinuře. Basia-ukeku.Kuřsia-ukeku,*⁷⁰ (plomo).

52 Solier 1979, Pech Maho.

53 Solier 1979, Pech Maho.

54 C.1.6, B, Ampurias.

55 C.2.3, Ullastret.

56 C.2.3, Ullastret.

57 C.3.1, Pontós.

58 C.10.1, Sta. Perpetua de la Moguda.

59 C.10.1, Sta. Perpetua de la Moguda.

60 C.11.12, Rubí.

61 C.21.2, Tivisa.

62 C.21.1, Tivisa.

63 C.22.2, Bigues.

64 D.8.1, Cogul.

65 Pérez Rojas 1983, (MLH E.13.1. Caspe).

66 F.6.1, Castellón.

67 F.6.1, Castellón.

68 F.9.5, Val de Uxó.

69 F.9.5, Val de Uxó.

70 F.9.7, A), Val de Uxó.

- 30) *[Jařebin-ise. kala-ise. Bakaratuřane,*⁷¹ (plomo).
 31) *Nerse-atin. Balke-atine,*⁷² (estela).
 32) *Nerse-atin. Balke-atintae,*⁷³ (estela).
 33) *Ubarkus ban Ubarkus,*⁷⁴ (cerámica pintada).
 34) *Baise-taš Iltu-taš,*⁷⁵ (estela).
 35) *Labeis Ilduniř Abirkakienir Koroiekers,*⁷⁶ (plomo).
 36) *Kaunište Ambošiltunu. Baise-(i)ltunu,*⁷⁷ (plomo).
 37) *Ukalke Barsbelaike Bertase Kaliskase,*⁷⁸ (plomo).
 38) *Bekonkine. Ařesa. Bařir. Ařeka,*⁷⁹ (plomo).
 39) *Lařuratu Lakeibors. Lařira,*⁸⁰ (plomo).
 40) *Bar-Ikořtar Ikořtastena Baitikořeba,*⁸¹ (plomo).
 41) *Urkařa-iltur: Tueitike-iltun,*⁸² (plomo).
 42) *Iske-iltun: Selki-wiltun,*⁸³ (plomo).

IV. Sector meridional (escrituras grecoibérica y tartésica).

- 43) *Bas-Bidirbartin. Irike. Bas-eř-Okari. Tebind.*⁸⁴ (plomo).
 44) *Sesdirga-dedin. Seraikala. Naltinge. Bidu-dedin.*⁸⁵ (plomo).
 45) *Sol -Ibe: Ututa: Bis -Ibe: Tarakar,*⁸⁶ (plomo).
 46) *Salubes. Etire-keta. Bin -Eta-kuan,*⁸⁷ (estela).
 47) *Tasoku-Tiker: Lukeřibe: Akailor-Tikerai: Irabiriatiuař,*⁸⁸ (plato argénteo).
 48) *Lekoe Boeni Ira Boetue*⁸⁹ (estela).
 49) *Obae Worke Obei Baloeino*⁹⁰ (estela).
 50) *Oka M^akaona Oka(e)n*⁹¹ (estela).
 51) *Kotos-ibe Okuan Karos-i[be],*⁹² Camareta.

-
- 71 F.9.7, A), Val de Uxó.
 72 F.11.11, Sagunto.
 73 F.11.12, Sagunto.
 74 F.13.8, Liria.
 75 F.14.1, Sinarcas.
 76 F.20.1, A-I, Yátova.
 77 F.20.1, A-I, Yátova.
 78 F.20.1, A-I, Yátova.
 79 F.20.1, B-I, Yátova.
 80 F.20.1, B-I, Yátova.
 81 F.20.3, B-II, Yátova.
 82 F.21.1, Enguera.
 83 F.21.1, Enguera.
 84 G.1.1, Alcoy.
 85 G.1.1, Alcoy.
 86 *EBT XLVI* (G.7.2, Mogente).
 87 Curso, nº 58. (G.15.1, Montealegre del Castillo).
 88 *EBT XXXVIII*, (G.16.1, Abengibre).
 89 Curso, nº 2 (= *EBT* nº II).
 90 Curso, nº 37 y 50.
 91 Curso, nº 37 y 50.
 92 Camareta.

5.7.7. Tras este recorrido por los datos epigráficos podemos concluir la lectura y la interpretación del texto principal de La Camareta como correspondiente a un nombre personal, formado por tres elementos, el tercero de los cuales expresa la filiación de acuerdo con el uso normal de la tradición ibérica, acreditada a través de los más antiguos epígrafes conocidos. En comparación con la inscripción nº 2, en donde consta un solo elemento nominal, podemos afirmar que el nombre de la inscripción nº 1 corresponde a un personaje de cierto relieve social, desempeñara o no cierta función religiosa. En la cantera de Peñalba de Villastar tenemos nombres de autoridades gentilicias, y al parecer un *princeps* o *viros veramos*. La Camareta, encaramada en un precipicio, exige una visita con intencionalidad más específica, por lo que no cabe sostener con seguridad esta equivalencia.

5.7.8. Distribución geográfica de los elementos de filiación en el área ibérica (limitada a los elementos yuxtapuestos del cuadro § 5.8.5).



II. LA ONOMÁSTICA Y SU CONTEXTO

6. ACOTACIONES SOBRE ANTROPONIMIA PRERROMANA DE HISPANIA

6.1. El contenido de nuestra epigrafía prerromana es predominantemente onomástico. Tanto las inscripciones levantinas como las meridionales limitan su contenido a una serie de nombres, seguidos en algunos casos de fórmulas, (vid. abajo § 6.6. y siguientes). Pero se trata por lo

general de fórmulas muy breves —a veces incluso expresadas con una sola palabra— y aunque contemos con casi un centenar de estelas, al aparecer en todas ellas reiteradamente sólo tres o cuatro tipos de fórmulas o palabras rituales, el conjunto de un material tan extenso y notable nos proporciona tan sólo un caudal muy exiguo de palabras para conocer las primitivas lenguas.

6.2. A diferencia de lo que ocurre en el mundo celtibérico, que nos ha proporcionado leyes y documentos relativamente extensos, redactados con un rico vocabulario, el sector ibérico se nos presenta en general mucho más parco y menos locuaz. Lo que hasta el momento nos ha proporcionado es, más que nada, antroponimia, incluso en las planchas de plomo, y lo mismo ocurre en el área meridional. Ahora bien, aunque esto en principio parezca decepcionante, lo cierto es que la onomástica nos transmite también una valiosa información, tan gratificante para el conocimiento del mundo antiguo —al menos en algunos casos— como la que nos puedan proporcionar otros textos lingüísticamente más expresivos. Por lo pronto, incluso en relación con la lengua, la onomástica nos aporta datos para estudiar sufijos, desinencias, así como las formas de expresar la filiación u otras relaciones familiares. También nos ilustra para establecer una relación de origen de sus portadores, las rutas de penetración o el ambiente en el que perduraron determinados nombres personales. Basta con que tengamos la paciencia de profundizar en el estudio de esos nombres, centrados en el contexto de las áreas geográficas en las que aparecen, e indagar seguidamente la posible conexión con otros contextos geográficos más amplios del entorno. Pero a más de estas razones el conocimiento de la antroponimia es imprescindible para deslindar el estudio de los epígrafes más complejos, tales como los documentos en planchas de plomo. Sólo con un conocimiento minucioso de la onomástica —sea personal, relativa a étnicos o a toponomástica— se pueden aislar los elementos del vocabulario, y sólo hecha esta distinción nos podemos aproximar a la interpretación de un texto. Finalmente hay nombres cuyo radical se encuentra vigente también en el vocabulario de la lengua, lo que en algunos casos facilita la posible traducción, independientemente de que el nombre y el término del vocabulario pertenezcan a la lengua original o estén en un determinado sector en calidad de préstamos. Baste comparar el nombre de Corduba, con el *kortia-s'alir* de un plomo de Yátova y *kortika* de las téseras celtibéricas para poner en entredicho algunas concepciones sobre la barrera lingüística que separa lo ibérico de lo celtibérico, dado que en la actualidad se observa una errónea tendencia a considerar lo celtibérico como exclusivamente céltico.

6.3. El atlas antroponímico es por consiguiente un medio complementario de gran valor para el conocimiento de la Antigüedad. Esta es la causa que me ha movido a ilustrar el estudio de los nombres de La Camareta y su entorno inmediato con los mapas correspondientes, que abarcan toda la Península, a través de los cuales historiadores, arqueólogos y filólogos pueden tener conocimiento preciso sobre la distribución de cada nombre y las posibles áreas de difusión. Una importante aportación para nuestra Historia Antigua, desarrollada por la investigación en la segunda mitad de este siglo, viene constituida precisamente por los estudios onomásticos, labor en la que han destacado M. Palomar Lapesa, M. L. Albertos Firmat y J. Untermann, si nos limitamos a lo que más directamente afecta a nuestro mundo prerromano. A partir de los elencos onomásticos se pueden obtener presupuestos metodológicos de singular interés para el estudio. Merece destacarse lo que Untermann señala como *Namenlandschaft* o «área antroponímica», espacio geográfico dentro del cual se define un repertorio de elementos onomásticos y

morfológicos característicos⁹³, a lo que aludiremos más adelante, § 9. La relación entre estas áreas antroponímicas están llenas de implicaciones, que directamente proporcionan una valiosa información, tanto al filólogo como al historiador o al arqueólogo. La notable labor, desarrollada por los tres autores mencionados, tiene su gestación —en la parte específica que aquí más nos interesa— tras el desciframiento de la escritura ibérica por Gómez Moreno y su constatación a través de la onomástica, así como los desarrollos explicativos llevados a cabo por Caro Baroja, Luis Michelena y, muy especialmente, por A. Tovar⁹⁴. De esta forma se generó el elenco bibliográfico fundamental, del que derivan gran parte de los avances de las últimas décadas para adentrarnos en el conocimiento de las primitivas lenguas.

6.4. Dentro de esta trayectoria, que constituye uno de los capítulos más imprescindibles para conocer el contenido de la epigraffa prerromana de *Hispania*, habremos de realizar el estudio onomástico de La Camareta. Se trata en realidad de un material exiguo, pues sólo contamos con un total de nueve elementos onomásticos. Sin embargo este caudal —referido sólo a los elementos prerromanos— puede calificarse de notable por las diversas circunstancias que concurren. Ante todo porque se trata de una comarca de la que nada conocíamos hasta la fecha, y que ahora pasa a ocupar un lugar singularísimo, ya que es una de las pocas estaciones epigráficas que abarca testimonios en escrituras de todas las épocas. A ello hemos de añadir su posición geográfica, crucial entre el mundo ibérico y el céltibérico. Queda ligeramente marginada al norte de las rutas preitorales que servían de enlace entre el sur y el levante, pero a muy pocos kilómetros, en el Tolmo de Minateda, posiblemente se asentaba una estación de la vía que comunicaba las tierras de la meseta con la costa de *Carthago Nova*⁹⁵. Esta posición interior, convenientemente alejada de grandes urbes, nos proporciona una muestra de gran valor, en un ambiente excepcional, para conocer la realidad del celtiberismo con matices que hasta la fecha estaban inéditos. Este es a mi juicio, junto al hecho de constatar la perduración de lo indígena, la aportación más valiosa de este conjunto onomástico.

6.6. En el elenco de La Camareta contamos con antropónimos de clara estirpe céltica, junto con otros inconfundiblemente ibéricos. Los primeros no ofrecen dificultad para ser identificados. En cambio en relación con la onomástica ibérica, con ser mucho lo que se conoce, no contamos todavía con un elenco relativamente completo. Así pues, antes de entrar en la enumeración de los nombres, nos interesa aludir brevemente a los métodos utilizados para identificarlos. Se trata de un proceso sencillo, cuyos principios básicos podemos sintetizar de la siguiente forma:

93 Untermann, J., *Elementos de un Atlas Antroponímico de la Hispania Antigua*, Madrid 1965, pp. 11-12; la bibliografía anterior de Untermann en la p. 11 nota 3.

94 Me refiero en general a los trabajos iniciales, los recopilados por Gómez Moreno en *Misceláneas*, especialmente pp. 202-282; Caro Baroja, 1946-1947 = *HE*, 1963 pp. 677-812; Michelena, L., «De Onomástica Aquitana», *Pirineos* X, p. 409-457; Tovar, A., *Estudios sobre las primitivas lenguas hispánicas*, Buenos Aires 1949 y *ELH* p. 6 y s. (mapas I y II, ampliación de los iniciados por Caro Baroja).

95 Se trata de la presunta vía de Carthago Nova a Toletum, que debió servir también como ramal de enlace entre capitales de Conventus, al menos —con toda probabilidad— entre Carthago Nova y Caesaraugusta. No está recogida en los *Itineraria*, pero se han conservado los miliarios, cfr. P. Sillières, 1982.

A) Tomar como modelo los nombres ibéricos conocidos por textos latinos o griegos.

B) Recoger de los epígrafes ibéricos los nombres reconocibles como tales, por coincidir en parte con los anteriores y por tratarse de textos en los resulta esperable la presencia de nombres, tales como las estelas funerarias.

C) Recoger de otros contextos los elementos que forman compuestos identificables con alguno de los componentes de los nombres anteriores.

6.5.1. En realidad este modo de actuar forma parte del quehacer de la doctrina tradicional, aunque no se formularan expresamente estos principios como recientemente lo ha hecho J. Untermann⁹⁶. Pero lo más destacable del trabajo de este autor, y lo que marca un progreso respecto al quehacer anterior, ha sido la elaboración de una riquísima tabla con 853 elementos onomásticos, acompañados de forma muy sintética de una valiosa información complementaria⁹⁷. Pese a su carácter esquemático es lo más ilustrativo y completo que se ha elaborado en los últimos años, y constituye un capítulo de lectura imprescindible para quien trate de iniciarse en el conocimiento de la epigrafía ibérica. No obstante conviene advertir que la cifra de 853 nombres es genérica, pues incluye algunos ejemplos, como las formaciones con base «**bel-**» o «**adin**», que se repiten hasta veinte o treinta veces. Es decir, que el caudal recopilado por Untermann en esa tabla no alcanza ni siquiera a la mitad del material conocido como presuntamente onomástico, no obstante el número de radicales diferentes es de 141, cifra que resulta bastante significativa. La proporción entre los tres grupos es la siguiente:

grupo A):	200	elementos
grupo B):	325	“
grupo C):	328	“
total:	853	“

6.6. Independientemente de este proceso tradicional cabe un cambio de perspectiva, basado en el estudio interno o estructural, donde las relaciones de los elementos y las reglas detectables del sistema funcionan con suficientes garantías a través de modelos analógicos. Mi punto de partida fue muy simple, pero difícilmente refutable, ya que partía de supuestos bastante evidentes, que se pueden resumir de la siguiente forma: Los iberos no inventaron la escritura ni las inscripciones, sino que crearon un sistema de escritura y grabaron una serie de inscripciones para responder a una necesidad de comunicación y a una exigencia propia del momento cultural. Así pues, aunque desconozcamos la lengua, podemos afirmar que los iberos decían en sus inscripciones las mismas cosas que los griegos, los fenicios y los romanos decían en sus respectivas lenguas en inscripciones del mismo tipo. Estos tipos forman una serie de conjuntos «definibles» *a priori* por los modelos culturales del entorno (griegos, fenicios y romanos), a través de los cuales podemos aislar los siguientes contenidos:

1) En estelas: nombres y fórmulas de epitafios.

2) En monedas: nombre de la ciudad, nombre de los magistrados y alusiones a la acuñación, metal etc.

96 *MLH*, III, volumen 1, p. 199.

97 *Ibid.* pp. 209-238.

3) En objetos domésticos: nombre del propietario y fórmulas de saludo, relación de propiedad, etc.

4) En estampillas de alfarero: nombre del alfarero y posible alusión a la ejecución de obra.

5) En pesas: nombre de la autoridad que la establece, y alusión al peso, datos metrológicos, etc.

6) En cerámicas pintadas: nombres del alfarero y del pintor y alusión a la ejecución de obra.

7) En inscripciones votivas u ofrendas: nombre del oferente y posible alusión al voto, divinidad, etc.⁹⁸.

6.6.1. Todos estos conjuntos «definibles» responden a un esquema muy simple y uniforme, cuyo contenido sólo tiene tres posibilidades:

1º) sólo nombres,

2ª) nombres seguidos de fórmulas,

3ª) sólo fórmulas.

Los nombres están formados por una combinación de elementos variables, más o menos frecuentes, que distinguen a un individuo de otro. Las fórmulas —siempre en número finito— son elementos constantes, que pueden reiterarse con individuos diferentes. En consecuencia, separados todos los elementos constantes de las fórmulas el resto que nos queda está constituido por nombres. Estudiadas independientemente las reglas de composición de estos nombres se puede pasar —por analogía— a segregare los nombres en los conjuntos de inscripciones «no definibles». Estos conjuntos están constituidos por los documentos extensos, generalmente en planchas de plomo, cuyo destino desconocemos en principio. Por la apariencia pueden contener leyes, decretos, nombramiento de cargos, téseras de hospitalidad o contabilidad estatal o privada. En definitiva todo aquello que podemos englobar bajo el concepto genérico de documentos públicos y privados. Concluida esta labor se comprueba cuántos de estos nombres coinciden con los conocidos a través de fuentes griegas y latinas.

6.6.2. Como bien puede apreciarse, en este modo de actuar se funden también los tres principios A), B) y C), formulados por Untermann, y utilizados más o menos tácitamente por la crítica tradicional (vid. arriba, § 6.6). La diferencia es que la oposición entre los grupos A), B), C) se hace más rigurosa y el punto de partida no es A) sino B), con lo que el proceso queda alterado de la siguiente forma:

proceso tradicional (analógico): A) → B) → C).

proceso estructural (interno): B) → C) → A).

En principio, una vez ultimados ambos procesos, se podría pensar que el resultado es prácticamente el mismo en los dos casos, puesto que en ambos se funden los mismos contenidos de A, B y C. Pero lo cierto es que esto no ocurre así necesariamente. Los nombres del grupo A) se distribuyen en el espacio de forma irregular, son por lo general más tardíos, y no todos están

⁹⁸ Es la metodología seguida en mi tesis doctoral (1978-1980), descrita con detalle en el volumen preliminar (pp. XIV-XXXIII); hay también un resumen de estos principios en el artículo sobre epigrafía tartésica, 1986.2, pp. 75-77. La resumo nuevamente de forma más completa en la introducción al «Curso» de epigrafía tartésica, (1996).

difundidos en diversas áreas. Por el contrario los grupos B y C recogen más íntimamente el elenco indígena, incluso los posibles *hápx*. En principio ni los nombres menos frecuentes, ni los privativos de un territorio concreto, ni los *hápx* se pueden identificar con seguridad por el método analógico tradicional. Por el contrario, el método estructural nos permite la detección inmediata de todo el elenco. Finalmente la incorporación del grupo A) tiene aquí un valor complementario, ilustrativo, pero no determinante.

6.6.3. Téngase en cuenta que, por mero azar, es posible que en la antroponimia indígena conocida por textos clásicos también puedan aparecer nombres exclusivos de una región, o verdaderos *hápx*, que en consecuencia no son extrapolables. En esta situación se encuentran algunos de los nombres recogidos por Untermann, sin equivalencia en textos con escritura ibérica, tales como *Aeni-beli*, *Alb-ennes*, o *Turcir-adin* en su primer componente. La concurrencia de estos hechos y otros similares hace aconsejable en principio el uso de la metodología estructural y la identificación a través de los modelos «definibles» por el contexto cultural, en la forma ya expuesta en los párrafos precedentes. Pasando ahora a lo que más directamente nos afecta se comprenderán las razones que así lo aconsejan. En el elenco de Untermann nos constan dos de los cuatro elementos ibéricos de La Camareta, «**Bite**» e «**Ibe**». El *NIRENAE* de Tolmo de Minateda y el *Okuan* de La Camareta, son dos elementos no identificados con anterioridad, salvo en el estudio aludido en los párrafos que preceden⁹⁹, cuyos datos recopiló aquí de nuevo con adición de otros hallazgos recientes.

6.7. La característica más destacable de este núcleo epigráfico es el arcaísmo. Los nombres de origen ibérico o celtibérico han permanecido intactos, en pleno vigor para formar compuestos, hasta el inicio mismo de la Edad Media. Debido a esta circunstancia excepcional los especialistas en la epigrafía de los períodos romano y visigótico se encontraban parcialmente desbordados en su cometido en la Cueva de La Camareta, ya que la identidad de algunos antropónimos rebasa por su arcaísmo los límites previsibles. Por este motivo —sin perjuicio de los estudios epigráficos correspondientes a cada caso concreto, a los que me remito— ha resultado imprescindible mencionarlos en este capítulo, ya que forman parte integrante del contexto onomástico prerromano, aunque aparezcan escritos durante la dominación de los visigodos. Valga pues su mención como introducción y complemento al estudio de los nombres procedentes de las inscripciones con escritura tartésica. El elenco de antroponimia prerromana, que es el que específicamente nos ocupa en este capítulo, lo podemos clasificar en dos grupos, según que se trate de nombres procedentes de epígrafes romanos o visigóticos, o nombres procedentes de epígrafes con escritura tartésica. Su distribución, por orden alfabético, es la siguiente:

A) En caracteres latinos:

- 1) *Asturius* (Camareta).
- 2) *Cila* «
- 3) *Marturius*, «
- 4) *NYRENAE*, (Minateda).

B) En caracteres tartésicos:

- 1) *Bite* (Camareta).
- 2) *Karos* «
- 3) *Kotos* «
- 4) *-Ibe* «

99 * Vid. § 6.7. nota 89.

** DIDIMAENI «
** MAMAMARIUS «

5) Okuan «

El conjunto *Cilius, Cilia*, fue recogido en un mapa por Untermann¹⁰⁰, y posteriormente por Albertos Firmat¹⁰¹. *Carus*, junto a *Carisius*, también aparece incluido en la obra de Untermann¹⁰². Para los demás nombres no contamos con una ilustración semejante. Ésta es una de las causas que me han movido a incluir aquí el complemento cartográfico, con la adición de nuevos mapas revisados para *Cila* y *Karos*, debido a que contamos con nuevos datos que pueden completar las anteriores versiones. En Tolmo de Minateda, según me comunica el profesor Abad Casal, han aparecido inscripciones tardías con nombres indígenas, tales como *DIDIMAE-NI* (genitivo) y *MAMAMARIUS*, que resultan extraños y carecen de paralelo, por lo que sólo cabe aquí su mención. En cambio *NYRENAE* me resulta familiar¹⁰³, ya que el mismo radical se detecta con variantes en otros nombres peninsulares, razón por la cual me ha parecido interesante incluirlo y añadir el mapa correspondiente. *DIDIMAENI* —si no es el resultado de un proceso de sonorización— acaso derive de *didymus*, lo que no dejaría de ser bastante sorprendente. *MAMAMARIUS* —o tal vez *MAMMAMARIUS*, con nexa probable y poco claro— parece ser un compuesto de *Mamma* y *Marius*, igualmente extraño.

7. NOMBRES INDÍGENAS EN EPÍGRAFES CON ESCRITURA LATINA:

7.1. Asturius:

7.1.1. Se conocen varios ejemplares idénticos, *Asturius* y *Asturia*, documentados en Domez, Villalcampo y Zamora, lo que hace suponer a Albertos Firmat que se trate de nombres de origen étnico, ya que todos ellos pertenecen al *Conventus Asturum*. No obstante recuerda la misma autora que en Bélgica se registra un nombre similar, y *Astura* es topónimo en Italia y Nórico¹⁰⁴. *Astur* se registra también en Orense¹⁰⁵, y *Asturus, Asturius* en Lusitania, respecto a los cuales propone Palomar Lapesa un origen común, aunque sin descartar la posible relación con el mismo radical de *Astolpas*, nombre del suegro de Viriato¹⁰⁶. Si excluimos el étnico *Astures*, el topónimo *Asturica* y el hidrónimo *Astura* observaremos que el resto de estos nombres aparecen fuera del *Conventus Asturum*, indicio claro de que se trata de emigrantes, que portan indistintamente el elemento *Astur* o el derivado en -i- *Asturius*. El hecho de que *Asturica* sea también un derivado mueve a pensar que el étnico se forma sobre el nombre del río, y no a la inversa. El radical *Ast-* está representado en otros varios nombres peninsulares, entre los que se encuentran los ibéricos *Asterdumari CIL II 5840* y *Astinus CIL II 2980*¹⁰⁷. En el plomo de Castellón identifiqué un elemento onomástico ibérico, *Aste*, con el mismo radical¹⁰⁸, así como *Astía* y

100 Untermann 1965, *Elementos de un Atlas, cit.*, mapa n° 35.

101 I Col. 1976, p. 79.

102 *Op. cit.* nota 8, mapa n° 31.

103 Nira- en el plomo greco ibérico de Alcoy, detectado ya en Estudio p. 241 n° 101 y pp. 272-273.

104 Albertos Firmat, *ON*, p. 38.

105 Albertos Firmat, *NA-1*, p. 225.

106 Palomar Lapesa, *OL*, p. 43-44.

107 Albertos Firmat, *ON*, p. 37-38.

108 Pérez Rojas 1986, cuadro de la p. 57 = 1980 p. 251 y 587 a 591 vid. Curso 1996, índice onomástico.

Ástiana en inscripción tartésica del sur de Portugal¹⁰⁹. Recientemente Untermann coincide también en considerar el *Aste* de Castellón como elemento antroponímico¹¹⁰. En la toponimia de la antigua Bética hay que añadir *Asta* y *Astapa*, y probablemente *Astigi*¹¹¹. La aparente diferencia de radical entre *Ástia* en la epigrafía del suroeste y *Aste* en la levantina hay que explicarlo dentro del fenómeno de la sonorización. *Aste*, en el plomo de Castellón, aparece escrito con el signo «**Te**» de doble trazo, con intención de diferenciar sorda y sonora, por lo que en rigor deberíamos transcribir «*Asthe*» o «*Asde*». Mientras que el grupo **-st-** ha permanecido fosilizado en topónimos como *Estepa* (*Astapa*) e incluso en otros mantenidos por tradición popular, como «*Mesas de Asta*» (*Asta*) el fenómeno contrario lo tenemos en *Baza* (*Basti*), *Cazlona* (*Castulone*), *Ecija* (*Astigi*) y en *Zaragoza* (*Caesaraugusta*). Vid. a este respecto el *excursus* I, § 10 s., y las anotaciones con «**th**» en el artículo *Bite* (*BIDE*), § 8.1.5.

7.1.2. Como puede apreciarse, la distribución en el mapa pone de manifiesto una gran dispersión de los nombres con este radical. La aparente densidad en torno a la región asturleonera no es significativa, pues parece claramente determinada por el étnico (montes, ciudad y región de los «astures»). Los restantes nombres del noroeste cubren el área de dispersión de elementos astures emigrados. El grupo del suroeste, menos documentado y por lo tanto menos denso, parece girar en torno a Tartessos. El grupo ibérico resulta ser el más denso, y junto con el tartésico nos muestra la mayor variedad en los derivados —incluido *Asturius*— y cierta vitalidad al formar también compuestos, como *Astapa*, *Astigi*, *Asterdumari*, *Asteduma*, frente al único ejemplo lusitano de *Astolpas*, tenido precisamente por nombre ibérico¹¹². En conclusión, la dispersión de estos nombres formando núcleos en tres áreas tan diversas mueve a relacionar su radical con un sustrato muy antiguo —no necesariamente preindoeuropeo— que dejó una base común en amplias zonas de la Península, incluidos los tres núcleos en torno a los cuales reaparecen construcciones sobre la base del mismo radical. En definitiva, los astures recibirían su nombre del río *Astura*, que sería anterior a las infiltraciones célticas dominantes en esa zona en el momento de la romanización. Palomar Lapesa recoge dos opiniones divergentes respecto a la etimología, que en mi opinión no resultan demasiado convincentes para explicar el conjunto¹¹³. Tampoco parece muy seguro separar en dos grupos la base **Ast-** y la base **Astur-**, pues la duplicidad de formas *Asta/Hasta*¹¹⁴, que a mi juicio podría ser un indicio favorable para ello, resulta también endeble, ya que un fenómeno similar lo encontramos en *Hispalis* frente a *Ispallenses* (Plinio, III, 24), *Hispania* o *Hiberia* frente a *Iberia*, y podría tratarse de un problema más fonético y dialectal que etimológico.

109 Pérez Rojas 1980 p. 196, 251 y 458; corresponde a la inscripción n° VII de Gómez Moreno, sin segmentar en *EBT* p. 25).

110 Untermann, *MLH* III, F.6.1, vid. p. 370 § 2.

111 *Astigi* contiene el elemento «**tigi**», pero a la vista de *Asta* y *Astapa*, no resulta ilusorio suponer un compuesto **As(t)-tigi**. En relación con *Asta Regia* Plinio (III, 11) y Mela (III, 4) transcriben «**Hasta**». Si no se tratara de una «h» parásita, como a veces se ha supuesto, alguno de estos topónimos podría proceder de un origen distinto.

112 Cfr. *OL* pp. 43-44; como paralelos ibéricos *beles-bas*, *Bilos-bas*, *Eler-bas*, *Sakar-bas*, etc. *MLH* III I° § 7.27, p. 215; vid. también *ON* p. 38, *Astinus*.

113 *OL*, pp. 43-44 (s.v. *Astolpas* y *Asturi*). Montenegro Duque considera el radical **ast-** como de origen mediterráneo y preindoeuropeo. Para Mayer podría ser indoeuropeo, de origen ilirio. Albertos Firmat lo relaciona con ***ast-** «duro», que quizá sea preferible.

114 Véase nota 111.

7.1.3. La distribución de estos nombres en el mapa adjunto, responde al orden siguiente:

a) **Epigrafía latina:**

- 1) *Ast[...]*, Villar del Arzobispo, Valencia, *NPH-c* 288.
- 2) *Astur*, *CIL* II 2604, Pobra de Trives, Orense, *NA-1*, p. 225; *NPH-c* 288.
- 3) *Astur*, *CIL* II 2605, Pobra de Trives; *NPH-c* 288.
- 4) *Asturius*, Domez, *ON*, p. 38; *NPH-c* 288.
- 5) *Asturius*, Villalcampo, *ON*, p. 38; *NPH-c* 288.
- 6) *Asturius*, Villalcampo, *NPH-c* 288.
- 7) *Asturia*, *CIL* II 5650, Zamora; *ON*, p. 38; *NPH-n* 86 y 288.
- 8) *Asturius*, *CIL* II 6260,9, Milreu; *OL*, p. 43-44; *NPH-c* 288.
- 9) *Asturus?*, *CIL* II 745, Brozas *CC*; *OL*, p. 44; *NPH-c* 288¹¹⁵.
- 10) *Astolpas* (suegro de Viriato), *OL*, p. 43-44.
- 11) *Astura* (Esla), *ON*, p. 38.
- 12) *Asturica*, (hoy Astorga, Plinio *NH* III, 28), *ON*, p. 38.
- 13) *Asturia* (territorio, Plinio, *NH* IV, 112).
- 14) *Astures* (montes, Plinio, *NH* III, 6).
- 15) *Astures* (pueblo, Plinio, *NH* III, 28).
- 16) *Astinus*, *CIL* II 2980, Cincovillas; *ON*, p. 38; *NPH-c* 288.
- 17) *Asteduma*, Algimia de Almonacid, *MLH* III 1, § 7.17; *NPH-c* 288.
- 18) *Asterdumari*, *CIL* II 5840, Puebla de Castro, Huesca; *ON* 37-38; *NPH-c* 288.
- 19) *Asteroe*, *CIL* 3617/3926 Beniarjo, Valencia, *NPH-c* 288.
- 20) *Astice*, *CIL* II 3938, Sagunto, *NPH-c* 288.
- 21) *Asturio* (Játiva, obispo asistente al XIII Concilio de Toledo).
- 22) *Asturius*, Camareta.

b) **Epigrafía ibérica y tartésica**

- 23) *Aste*, Castellón, *MLH* III, F.6.1.
- 24) *Astí*, Vall de Uxó, *MLH* III, F.9.7, A-5.
- 25) *Astía* (Portugal, Alemtejo)¹¹⁶.
- 26) *Astiana* (Portugal, Alemtejo)¹¹⁷.

Topónimos

- 27) *Asta* (Mesas de Asta)¹¹⁸.
- 28) *Astapa* (Estepa).

115 En el calco del original se lee indudablemente *Asturs Turei f(i)lius*), garantizado por estar precedido de *Camalus Turei f.*. Se omitió una posible vocal, y Palomar Lapesa parece aceptar la restitución en *Astur(u)s*, aunque no alude expresamente a esta solución.

116 Véase nota 109.

117 Véase nota 109.

118 Véase nota 111.

29) Astigi (Ecija)¹¹⁹.

7.1.4. Distribución de los nombres con radical Ast-



7.2. Cila

7.2.1. En la onomástica personal de la Tarraconense, incluyó Albertos Firmat un ejemplar idéntico, *Cila*, documentado en Cartagena, y por consiguiente dentro de una misma zona probable de influencia¹²⁰. Se repite en Mallorca y en el compuesto *Cora-cila*, documentado en Extremadura. Los derivados de este nombre en los elencos de antroponomía prerromana son numerosos y relativamente monótonos: *Cileus*, *Cilea*, *Cilius*, *Cilia*, *Cilonis*, *Cilura*¹²¹. Se localizan predominantemente en la región luso-galaica, en las mesopotamias situadas entre el Miño

119 Véase nota 111.

120 ON 87.

121 Esta cifra alude a los ejemplares publicados por Albertos Firmat en la serie de *Nuevos Antropónimos Hispánicos*, que aumenta de forma sensible los anteriormente publicados hasta 1966. La mayor parte de estos nuevos hallazgos corresponden a Idanha a Velha. Como documentación general vid. Albertos Firmat, *ON* 87-88; *NA*-1, 239-240; *NA*-2, 27; *OL* 63-64 y 1985 p. 278, descontadas en estas referencias las lecturas deficientes corregidas por esta autora.

y el Guadiana. Los repertorios de onomástica más conocidos incluían lecturas deficientes, que en parte fueron corregidas a lo largo del tiempo por la paciente labor de la llorada María Lourdes Albertos Firmat, que dejó tan importante labor sin concluir. Recientemente, redactado y concluido ya este trabajo, se ha publicado el elenco de onomástica hispana de Abascal Palazón, que nos permite disponer de un listado completo y muy depurado, lo que me ha obligado a redactar de nuevo esta parte, y elaborar de nuevo también los mapas pertinentes. Albertos Firmat incluyó el elemento *Cilius* en una treintena de mapas dedicados a la Hispania «indoeuropeizada». Desgraciadamente esos mapas no fueron acompañados de la base documental puesta al día, y en cualquier caso excluía los testimonios meridionales que son los de mayor interés para el contexto que nos ocupa¹²².

7.2.2. Estas circunstancias hacían que resultara más ilustrativo el mapa de Untermann, aunque se elaboró tiempo atrás y quedaba desbordado por otros muchos hallazgos posteriores. Para este autor el elemento *Cilius* se puede considerar como antropónimo propio del área lusogalaica. En efecto la zona de mayor densidad se extiende entre el Guadiana medio y el curso del río Miño, y los nuevos testimonios que han aparecido en años posteriores aumentan la densidad sobre la misma zona. El hecho no resulta sorprendente si se tiene en cuenta que incluso uno de los pueblos de esta región es precisamente el de los *Cileni*, étnico situado por Plinio en Galicia (*N.H.*, IV, 111). Ahora bien, desde que Untermann elaboró el atlas antropónimo los testimonios de *Cilius* y sus derivados se han cuadruplicado, y también se han incrementado de forma notable los paralelismos en la epigrafía ibérica, por lo que el mapa nos muestra una difusión periférica que deja por completo vacío el ámbito de Celtiberia. En el supuesto de que este elemento hubiera sido portado por una penetración continental habríamos de admitir que la corriente se bifurca al pasar los Pirineos.

7.2.3. El problema que plantean los ejemplares de la zona ibérica está ligado a la interpretación de las oclusivas. En la escritura no se distinguen sordas de sonoras, y los fenómenos de sonorización, e incluso de ensordecimiento como tendencia hipercorrecta, se registran repetidamente en la antigua onomástica hispana. Untermann mantuvo algunas dudas sobre la equiparación de *Cila* y *Chilasurgun*. En otro contexto J.L. Melena llegó a preguntarse si *Chillo* no sería nombre griego, a juzgar por su grafía¹²³. Lo cierto es que todavía hoy no sabemos casi nada sobre las posibles aspiradas en algunos sectores de habla indígena. Sólo contamos con testimonios aislados transmitidos por autores griegos o latinos y por la epigrafía latina de la misma época: *Hasta*, *Hispalis*, *Hispania* e *Hiberia* son un ejemplo. Desde otro punto de vista nada se opone a que *Chila-surgun* enmascare a un *Cila*-original. En efecto el nombre completo de este personaje es *Urchail Atitta f. Chilasurgun*¹²⁴, y basta comparar *Urchail* con *Urcalonis*¹²⁵, *Urgidar*, *Urci*, *Ilurco* o *Iliturgi* para deducir —no asegurar— que la grafía con sorda, sonora o aspirada puede ser en este caso un rasgo a lo sumo dialectal, meramente secundario. *Chila* puede equivaler a *Cila*, como *Urchail* corresponde a *Urkail* (*Obulco*). Esta es la servidumbre a

122 Untermann, J., *EAH* 1965, mapa 35, *Cilius*.

123 Melena, J. L., 1985, p. 488 y 523.

124 El nombre procede de Alcalá del Río, antigua *Ilipa*. Lo recogió ya Gómez Moreno en *Misceláneas*, p. 252, y posteriormente en *EBT* p. 42.

125 *ON* 255-256.

la que nos obliga nuestro mundo indígena, sin que podamos llegar a sostener razonablemente afirmaciones más terminantes.

7.2.4. Las monedas de la ceca *Kili* resultan ser bilingües, y tipológicamente parecen corresponder a la región levantina. Beltrán identifica *Kili* con el actual Gilet, junto a Sagunto¹²⁶. El nombre en caracteres latinos aparece escrito con la sonora, *Gili*, pero baste contraponer *Urci* y *Urgao*, ya citados, para volver a plantear la misma duda sobre la cuestión. Es oportuno citar esta ceca en primer lugar, porque al tratarse de un topónimo la presencia de estos nombres no puede atribuirse a la acción de emigrantes aislados, sino a una penetración algo más intensa. Como vestigios de este elemento en la antroponimia consignada en escritura indígena cabe citar *Saltu-Kileřku*, en el plomo de Ullastret, que Untermann compara con acierto con *Beteřkon-kili*, nombre de propietario en un plato del mismo Ullastret. Es notoria la reiteración en estos casos de formas en **-u**, posiblemente temas nasales como en celtibérico. *Kilo* se encuentra también en una pesa cerámica de Sagunto, que Siles identificó con *Gilo*, pero esta lectura ha sido corregida recientemente¹²⁷. *Kilu-Taru*, aparece escrito sobre una lámina de plomo descubierta en Lattes. Por sus características caligráficas este epígrafe no pertenece al contexto del sur de Francia, y como indica Untermann debió ser importado de la zona meridional de *Hispania*, tal vez desde un lugar próximo a los yacimientos de plomo de Cartagena o su entorno. Especial interés revisten por su carácter rupestre las inscripciones de Osséja, en los Pirineos franceses, recientemente publicadas por Untermann y Campmajo. Aunque la publicación no incluye el análisis de los textos podemos segmentar en uno de ellos *Kilie-Bakiu*, donde tenemos claramente la equivalencia *Kilie* = *Cilius*. El segundo elemento podría ser **Baccius*, *Pacius* o *Magius*, pero si se trata de un tema nasal, como parece, quizá case mejor con *Macrio*.

7.2.5. En el plomo de Ullastret abundan los rasgos diacríticos en las oclusivas, lo que indujo a Maluquer a sospechar que se trataba de un intento de diferenciar sorda y sonora¹²⁸. Sin embargo no siempre la adición del rasgo diacrítico señala la sorda. Los contrastes seguros son los que admiten comparación con la escritura grecoibérica y allí comprobamos que el signo «**Te**» con doble diámetro representa la sonora, vid. § 8.1.5. Por ahora carecemos de datos contrastables para fijar valores a las dos variantes que se utilizan en el plomo para el signo «**Ki**», que en el caso que nos ocupa aparece sin añadidos diacríticos. De todos modos el problema persistiría, ya que en caracteres latinos tenemos atestiguado el mismo radical con sorda y sonora. En cambio es interesante destacar el paralelismo que hay entre los epígrafes ibéricos y los latinos en lo que respecta a la frecuencia de los temas presumiblemente en nasal, tales como *Saltu-Kilerku*, *Kilu-taru*, *Kilo*, *Cilo*, *Gillo*, *Chilo*. Por ahora no cabe llevar las conclusiones más lejos, y hemos de limitarnos a situar el *Cila* de La Camareta en este contexto.

7.2.6. Doy a continuación el elenco de nombres de esta serie, comenzando por los acreditados en escritura indígena. En el mapa adjunto sólo constato la dispersión en el entorno peninsular, que es lo que hace variar la perspectiva hasta ahora conocida. La densidad es superior en Lusitania, pero sólo en el entorno inmediato a Idanha-a-Velha y Trujillo, que aparecen señala-

126 Beltrán, A., 1950 fig. 394 y pp. 325-326; y fig. 437 en p. 335; vid. también *Cili* en Caro Baroja 1963 p. 718 s.

127 Siles, J., *Léxico* n° 663.

128 Maluquer de Motes, 1968, p. 59.

dos con dos estrellas. Fuera del núcleo lusitano del Tajo la mayor dispersión corresponde al área ibero tartésica. Los ejemplares en el norte son raros y Celtiberia queda por completo vacía. En la relación que sigue incluyo las siglas provinciales, indicadas en el § 7.2.7.

a) Sector ibérico. Escritura indígena.

- 1) *Kilie-Bakiu*: Campmajo-Untermann 1993 (*COL-5*, p. 507)
Osséja 1 (inscripción rupestre).
- 2) *Saltu-Kileřku*: Ullastret, *MLH*, C.2.3, plomo.
- 3) *Beteskon-Kili* [.: Ullastret, *MLH*, C.2.22, cerámica.
- 4) *Kilo*: Sagunto, *MLH*, F.11.19, cerámica.
- 5) *Kilu-Taru*: Lattes, *MLH*, B.2.3 = *G.18.1*, plomo.
- 6) (*Gili*)/ *Kili*: (apud Saguntum?), *MLH*, A.34, moneda.

b) Sector ibérico. Escritura latina.

- 7) *Cila*: Camareta, (inscripción rupestre)
- 8) *Cilo*: S. M. de Ampurias (no Gilo, *ON* 120); *CIL* II 6190, *NPH* 47 y 328.
- 9) *Cila*: Palma de Mallorca; *CIL* II 5988, *HPH-c* 327.
- 10) *Cilo*: Montealegre del Castillo, Albacete; *NPH-c* 328.
- 11) *Gillo*: Cartagena; *CIL* II 3437, *NPH-c* 380.
- 12) *Cila*: Cartagena; (Cila en *RABM* LV, 1949, p. 532; *ON* 879) *NPH-c* 327.
- 13) *Cilaudi*: Córdoba; (cristiano, *NPH* 45); *CIL* II 4867/37; *ON* 87.
- 14) *Cilius*, Santa Eufemia CO; *NPH-c* 328.
- 15) *Cilius*: Medina Sidonia CA; *CIL* II 1319; *EAH* 35-24; *ON* 87; p. 25 Cilli); *NPH-c* 328.
- 16) *Chilasurgun*: Alcalá del Río SE; *CIL* II 1087, *EAH* p. 104. *NPH-c* 325.
- 17) *Cilius*, Alosno HU; *NPH-c* 328.

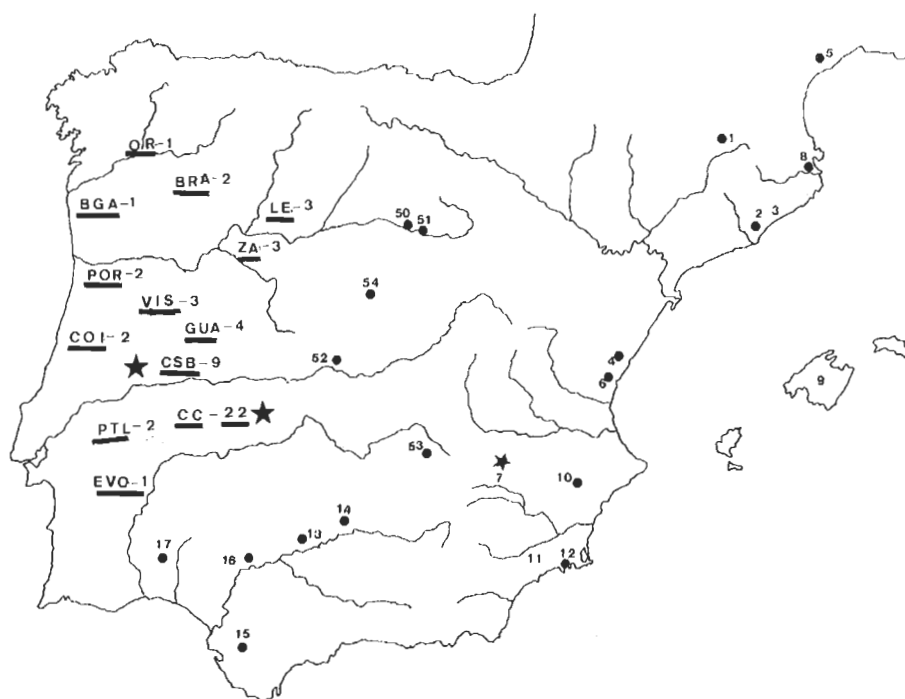
c) Sector céltico luso-galaico. (Sólo los nº 50 a 54 se encuentran fuera de este sector).

- 1) *Celea*, Guimaraes BGA; *CIL* II 5563; *EAH* 35-17.
- 2) *Celea*, Cárquere VIS; *NPH-c* 322.
- 3) *Cilai*, gen. S. Salvador de Aramenha PTL; *NPH-c* 327.
- 4) *Cilea*, S. Joao da Pesqueira GUA; *CIL* II 434; *OL* 64; *EAH* 35-15.
- 5) *Cilea*, Enfiás (Meda GUA); *CIL* II 426; *OL* 64; *EAH* 35-16.
- 6) *Cilea*, Sta. Marta de Penaguião VRE; *EAH* 35-18; *ON* 87.
- 7) *Cilea*, (7 veces, dos de ellas *Cilea Cili* f(ilia)), Idanha-a-Velha CSB; *NA-1* p. 239; *NPH-c* 327.
- 8) *Cilea*, Crato PTL; *NPH-c* 327.
- 9) *Cilea*, Coimbra; *CIL* II 372, *NPH-c* 327.
- 10) *Cilea*, Telhado, Fundao CSB; *NA-1* p. 239, *NPH-c* 327.
- 11) *Cilea*, Arroyo de la Luz (antes A. del Puerco CC); *CIL* II 737, *NPH-c* 327.
- 12) *Cilea*, Alcántara CC; *CIL* II 757; *OL* 64; *EAH* 35-9.
- 13) *Cilea*, Sta. Cruz de la Sierra (Trujillo CC); *ON* 87.
- 14) *Cilea*, Zarza la Mayor CC; J. L. Melena 1985, p. 528.

- 15) *Cilea*, Villamiel CC; *NPH-c* 327.
- 16) *Cileius*, Arraiolos EVO; *NPH-c* 327.
- 17) *Cilemnie*, Villamesías CC; *ON* 87; *NPH-c* 327.
- 18) *Cilena*, Astorga LE; *CIL* II 2649; *EAH* 35-20; étnico? *NPH* 45.
- 19) *Cileni* (tribu); Plinio, *NH* IV 111.
- 20) *Cilia*, Idanha-a-Velha CSB; *NA-1* p. 240, *NPH4-c* 327.
- 21) *Cilia*, Nelas VIS; *NPH-c* 327.
- 22) *Cilia*, Sta. Cruz del Puerto CC; *CIL* II 671, *NPH-c* 327.
- 23) *Cilia*, Castelo Branco; *NPH-c* 327.
- 24) *Ciliasa*, Sejas de Aliste ZA; *NPH-c* 327.
- 25) *Cilici*, gen., Coria CC; *OL* 64, *NPH-c* 328.
- 26) *Cilimedus*, Peña del Castillo (El Bierzo, LE); *ON* 87.
- 27) *Cilini*, gen., Hoyos, Coria CC; *CIL* II 5310; *OL* 64; *EAH* 35-4 Melena, *ibid.*
- 28) *Cilius*, Lamego VIS; *CIL* II 5252; *EAH* 35-14.
- 29) *Cilius*, Terras de S. Sebastiao, Braganza; *CIL* II 5655; *EAH* 35-19; *ON* 87.
- 30) *Cilius* (repetido 4 veces), Idanha-a-Velha CSB; *CIL* II 441 y 443; *OL* 63; *EAH* 35-3; *NA* 1 p. 240; *NPH-c* 328.
- 31) *Cilius*, Conimbrica; *CIL* II 372, *NPH-c* 328.
- 32) *Cilius*, Meda GUA; *NPH-c* 328.
- 33) *Cilius*, Penamacor CSB; *OL* 64; *EAH* 35-2; *NPH-c* 328.
- 34) *Cilius*, Sebugal GUA; *NPH-c* 328.
- 35) *Cilius*, Penamacor CSB; *NPH-c* 328.
- 36) *Cilius*, Telhado, Fundao CSB; *NA-1* p. 240; *NPH-c* 328.
- 37) *Cilius*, Viana del Bollo OR; *CIL* II 2523; *EAH* 35 nota; *ON* 87.
- 38) *Cilius*, Coria CC; *CIL* II 771; *OL* 63; *EAH* 35-5.
- 39) *Cilius*, Granadilla CC; *OL* 63; *EAH* 35-6.
- 40) *Cilius*, Valencia de Alcántara CC (2 veces); *CIL* II 735; *OL* 63; *EAH* 35-8.
- 41) *Cilius*, Brozas CC; *CIL* II 741; *EAH* 35-9; *NPH-n* 111.
- 42) *Cilius*, Plasenzuela (Trujillo CC); *EAH* 35-11; *ON* 87.
- 43) *Cilius*, Trujillo CC; *CIL* II 623; *EAH* 35-12.
- 44) *Cilius*, Malpartida CC; *NPH-c* 328.
- 45) *Cilius*, Sta. Cruz de la Sierra (Trujillo CC); *CIL* II 671; *OL* 63; *EAH* 35-13.
- 46) *Cilius*, (2 veces) Sta. Cruz de la Sierra CC; *NA-1* p. 240.
- 47) *Cilius*, Ibahernando CC; *NA-1* p. 240; *NPH* 328.
- 48) **Cilius*, *CIL* VIII 6309, Lusitanus; *OL* 63.
- 49) *Cillus*, Utrero LE; Albertos Firmat 1977 p. 53, (revisión de *CIL* II 5724; *NA-3* p. 25).
- *50) *Cilius*, Peñalba de Castro SO (Clunia); *CIL* II 2788; *EAH* 35- 22; *ON* 87.
- *51) *Cilius*, Osma SO; *NPH-c* 328.
- *52) *Cilius*, Talavera de la Reina TO; *CIL* II 5330; *OL* 64; *EAH* 35-7.
- *53) *Cilius*, Argamasilla de Alba CR; *NPH-c* 328.
- *54) *Cilnia*, Ventosilla SG; *NPH-c* 328.
- 55) *Cilonis*, Moral de Sayago ZA; *NA-1* p. 240.
- 56) *Cilo*, Escalaos de Cima CSB; *NPH-c* 328.
- 57) *Cilo*, (2 veces) Vila Nova de Gaia POR; *NPH-c* 328.
- 58) *Cil[—]*, Idanha-a-Velha CSB; *NPH-c* 328.

- 59) *Cilura*, Idanha-a-Velha CSB; Egitânia 82, p. 193; NA-1 p. 240.
 60) *Ciluri*, gen. Pozuelo de Zarzón CC; NPH-c 328.
 61) *Cilurni*, gen., Pinhovel BRA; NPH-c 328.
 62) *Cilur[nus?]*, Pinhovel BRA; NPH-c 328.
 63) *Cora-cila*, S. Martín de Trevejo CC; ON 95; Melena 1985 pp. 490 y 520¹²⁹.
 64) *Chilonis* genit., S. Martín de Trevejo CC; Melena 1985 pp. 488 y 520, con mención de Chilo, *CIL* II 841 y 3243.

7.2.7. Dispersión geográfica de Cila, Kilo, Gilo y variantes.



La excesiva reiteración de los hallazgos en puntos muy limitados —Idanha-a-Velha en Portugal, Trujillo y su entorno en la provincia de Cáceres— hace que la representación pormenorizada en el mapa resulte imposible en el centro de Lusitania, vid. lo dicho en § 7.2.2. Tanto en Portugal como en las provincias españolas del entorno he optado por dar las cifras de los ejemplares registrados, precedidas por la sigla de la capital administrativa, según la relación siguiente:

CC = Cáceres	BGA = Braga	PTL = Portalegre
CR = Ciudad Real	BRA = Braganza	VIS = Viseu

¹²⁹ Cfr. Melena, *op. cit.* pp. 490-491, *Cora-cila*; p. 493, *Cilinus*; p. 502, *Cilea*.

LE = León	CSB = Castelo Branco	VRE= Vila Real
OR = Orense	EVO = Evora	
SO = Soria	GUA = Guarda	
TO = Toledo	POR = Porto	
ZA = Zamora		

Los nombres del sector ibérico (nº 1 a 17 de los apartados a y b) figuran en el mapa con su número respectivo. También figuran con su número respectivo los nombres que pertenecen al área de dispersión en el entorno inmediato a Lusitania, (nº 50-54 del apartado c en la relación anterior).

7.3. Marturius:

7.3.1. No es un nombre frecuente y difundido como el anterior. *Marturia* o *Martoria*, junto con *Marta*, se reiteran en Sevilla, Cartagena y Tarragona, datos que Albertos Firmat recoge de las relaciones de inscripciones cristianas de Hübner y Vives. Es frecuente que en esas inscripciones se reiteren nombres antiguos, de claro origen indígena, incluso en obispos. La misma autora incluye otros derivados de **Mart-** con diferente sufijo, *Martioni*, *Martia*, *Martilla*, *Martilinus* y algún ejemplo que denotaría una posible sonorización ***mard-** ?¹³⁰. Gran parte de estos nombres son netamente romanos, y aunque en algunos casos puedan recubrir nombres similares de origen indígena, al tratarse de un radical con derivados tan frecuentes en la onomástica romana su reflejo en el mapa resultaría inútil. Hay que añadir que la lectura de algunos de esos nombres se ha corregido¹³¹.

7.3.2. Resulta llamativa la la vocal de enlace que precede al sufijo con —r, que oscila entre *Marturia* y *Martoria*, nunca «*Martyria*». Esto explica que tanto Palomar Lapesa como Albertos Firmat no dudaran en incluirlos como nombres indígenas, ajenos al conocido conjunto cristiano de *Martyrius*¹³². Claro es que no hay gran dificultad para suponer que *Martoria* no sea más que una versión de *Marturia* y este a su vez proceda de *Martyrius*. Por contra puede parecer curioso que en La Camareta *Marturius* aparezca junto con *Asturius*, cuando este sufijo resulta ser predominante precisamente en el área occidental luso-galaica y astur. En uno de los conjuntos anteriores, § 7.1.3, nº 19, me he permitido añadir el nombre de un obispo de Játiva anteriormente ignorado en estas relaciones, y que también es *Asturio*. Las coincidencias no terminan ahí, pues también el *Kotos* de Camareta tiene paralelo en un Obispo de Ampurias de nombre *Cotus*, vid. § 8.4 y s. nº 17, y así mismo el *Cila* de La Camareta tiene su correspondencia en el *Cilauci* de Córdoba, que resulta ser cristiano, vid. § 7.2.6 nº 13. Estas coincidencias despiertan la curiosidad sobre sus posibles causas y las preguntas no parecen tener respuestas muy claras para los que somos profanos en el estudio del cristianismo incipiente. Sólo alcanzo a sospechar que quizá las primeras predicaciones encontraran un ambiente propicio en los medios menos romanizados, donde pudieran persistir creencias o costumbres fácilmente asimilables a la nueva

130 Mardumus, *NA-2* pp. 111-112, no confirmada por Abascal Palazón en *NPH*.

131 Albertos Firmat, *ON* 149. Abascal Palazón desecha estos nombres tras corregir algunas lecturas y comprobar que se trata de formas netamente romanas. Igualmente se suprime el supuesto genitivo *Marturi* de Chaves, que resulta ser *Maturus*, cfr. *NPH* 50 y 416.

132 Vid. Pauly-Wisowa, *RE* XIV 2, col. 2039 y s.

doctrina. Lo que parece bastante claro es que incluso en época visigoda permanecen vivos los nombres personales ibéricos, celtibéricos o célticos, que estos nombres se reiteran entre los cristianos, y que incluso los llevan varios obispos. Esta pervivencia de lo indígena en los estamentos rectores de la nueva religión, después de varios siglos de Imperio Romano, y de aparecer ostentosos los nuevos nombres godos en los rectores civiles no puede menos que resultar un tanto sorprendente. Pero en este punto termina mi labor en el estudio preliminar de los datos, y sólo cabe esperar que los especialistas puedan utilizarlos en sus estudios con mejor provecho.

7.3.3. Las razones expuestas hacen que reduzca la relación de nombres que sigue a los ejemplares que evidentemente no se pueden confundir con el contexto romano:

- 1) *Marturi(us)*, Chellas, *ON* 149.
- 2) *Marta*, Mérida, *OL* 84; *ON* 148; *NPH-c* 416.
- 3) *Martoria*, Sevilla, *ON* 149.
- 4) *Marta*, Córdoba, *CIL* II 2282, *ON* 148; *NPH-c* 416.
- 5) *Marta*, Cartagena, *CIL* II 3483, *ON* 148; *NPH-c* 415.
- 6) *Marta*, Cartagena, *CIL* II 3507, *ON* 148; *NPH-c* 416.
- 7) *Marta*, Cartagena, *NPH-c* 416.
- 8) *Martefus?*, Palma de Mallorca, *NPH-c* 416.
- 9) *Marturia*, Tarragona, *ON* 149.
- 10) *Marturia*, Tarragona, *ON* 149.
- 11) *Marturius* (Camareta).

7.3.3. Distribución territorial de Marta, Marturius.



7.4. Nyrenae:

7.4.1. Procede este nombre de una inscripción hallada en el vecino Tolmo de Minateda, y aunque no aparezca directamente ligado a La Camareta, separada por escasos kilómetros, forma parte indiscutible del mismo hábitat. En definitiva La Camareta no es más que un habitáculo junto un observatorio natural ligado al *oppidum* de Minateda. Estamos pues ante el contexto onomástico de un microcosmos comarcal, y ambientados sincrónicamente en un mismo período histórico. El radical de este nombre se presenta en general distribuido en la antroponimia hispana con mediana densidad, y aparece con diversas soluciones en el vocalismo, lo que induce a pensar en diferencias dialectales antiguas, aunque esta explicación no se impone como absolutamente necesaria en todos los casos. Dentro del sector ibérico encontramos alternancias similares en otros nombres, tales como *Cesse* o *Cissa* frente a *Cassetania*. No obstante me parece oportuno aludir desde el comienzo a este aspecto problemático, aunque será mejor abordarlo de forma sucinta más adelante.

7.4.2. Dentro del área de mayor influjo céltico, o en general indoeuropeo, se constata *Norenius* en Asturias¹³³, y con distinto vocalismo —tal vez por infección céltica— *Naeria* (**Neria*?) en Zamora¹³⁴. Con carácter dudoso o muy dudoso en su lectura, a juicio de Albertos Firmat, pueden incluirse *Nario* en Lara y *Narisus* en Coca¹³⁵. Según la misma autora, *Nario* podría ser la forma de la que deriva *Narioni*, recogido por Palomar Lapesa del sector lusitano, cerca de Abrantes, en Ribatejo¹³⁶. No dudo en añadir *Nirandum*, registrado en la cantera de Peñalba de Villastar¹³⁷, que parece ser cierre de *ner-*, forma que aparece en el nombre del cabo *Nerion*. En torno a este último, identificado sin duda con el Cabo de Finisterre, hubo también uno o tal vez dos pueblos célticos que se distinguían con el sobrenombre de *neri*. La cuestión no esta muy clara, ya que las referencias de las fuentes no son compatibles. En todo caso el hecho nos ilustra que el nombre del *Nerion* no constituye un caso aislado¹³⁸, sino que está relacionado con el de uno o dos de los pueblos vecinos. Finalmente añado el término *NURIM*, que tomo del vocabulario constatado en la inscripción lusitana de Arroyo de la Luz¹³⁹, que sirve también de

133 *CIL* II 5745, Sota de Cangas, Oviedo; *ON* p. 170.

134 Albertos Firmat, *ON* p. 164.

135 Corresponden al *CIL* II 2854 y 2728, recogidos por Albertos Firmat, *ON* pp. 165-6; pero ambos se ponen en duda en el trabajo posterior de la misma autora dedicado a la revisión: 1977 p. 47.

136 Palomar Lapesa, M., *OL* p. 88 (*CIL* II 172, Alvega, Abrantes); Albertos Firmat, M.L., *ON* 165.

137 La inscripción se conoce desde antiguo, y aparece ya dibujada por Gómez Moreno en *Misceláneas*, p. 328 n° 17; posteriormente ha sido revisada por Untermann, 1977, p. 13 s. y fig. 4 (= Gómez Moreno n° 17); vid. también Lejeune, *Celtibérica*, p. 23 s.; Tovar (1959 p. 360) no tiene en cuenta la interpunción y segmentos de forma inadecuada los elementos de este epígrafe.

138 Mela, III, 11; Plinio, *N.H.* IV, 111.

139 Arroyo de la Luz (antes Arroyo del Puerco), 19 km. al este de Cáceres. La inscripción constaba de dos lápidas hoy perdidas. Las publicó Masdeu, reinterpreta en imprenta un dibujo realizado en 1793 por Simón Benito Boxoyo, de donde las tomó Hübner: *MLI* n° XLVI-XLVII y *CIL* II 738-739. El texto lo recogió Gómez Moreno, seguido de un estudio muy somero en *Misceláneas*, pp. 204-206. Tovar se limita a transcribir el mismo texto en *ELH* p. 114. Basado en la reproducción de Masdeu, y aceptando varias propuestas de Gómez Moreno, realicé un estudio de estas inscripciones en mi Tesis Doctoral (1978-1980 pp. 704-735), algunas de cuyas conclusiones todavía sostengo. Entre ellas me parece posible la relación de *NURIM* (acusativo) con ide. **ner-*, **noro-*. Se trataría de un resultado dialectal, que ahora parece tener nuevo apoyo con los derivados de Alcoy y Minateda. En efecto *NURIM*, *NYRENAE* y *NIRAENAI*, serían en conjunto testimonios probables de una tendencia al cierre, más acentuada en contacto con labial, nasal o labial nasal. La

complemento para valorar la densidad en la difusión del radical junto a la antroponimia en sentido estricto. En resumen, el elenco de los sectores norte y occidental es el siguiente:

a) Inscripciones y fuentes romanas

- 1) *Norenius*, *CIL* II 5745, Cangas de Onís, *ON* 170; *NPH*-c 441.
- 2) *Neoria?* *CIL* II 6318, Amaya, *ON* 167; válida según Abascal a pesar de Cor. 47, cfr. *NPH*-n 189.
- 3) *Naria*, Pinhovel (Macedo de Cavaleiros) *NPH*-n 189.
- 4) *Narsi*, Idanha-a-Velha, *NA*-2 115; *NPH*-c 436.
- 5) *Coro-neri*, *CIL* II 5595, Citania de Briteiros, *ON* 97; *NPH*-c 336.
- 6) *Norsius*, Villamesías, *CIL* II 667; *NPH*-n 191.
- 7) *Nariss[us]?*, *CIL* II 2728, Coca, *ON* 165; *NPH*-c 436.
- 8) *Narhungesi*, Lerga, *NA*-2 114; *NPH*-c 436.
- 9) *Nar[ung]eni*, Sofuentes, (*ON* 166, Cor. 46), *NPH*-c 436.
- 10) *Narelia*, (centuria), *CIL* II 6290, Moncorvo, Tras os Montes, vid. Albertos Firmat 1975, p. 33 nº 14.
- 11) *Nerion* = (Cabo Finisterre: Tolomeo, III, 1, 3 y 3, 5).
- 12) *Neri* (Celtici: Plinio, IV 111).
- 13) *Nirandum* (Peñalba de Villastar, Teruel).
- 14) *Nurim* (Arroyo de La Luz, Cáceres), lápida¹⁴⁰.
- 15) *Nar[—]*, *CIL* II 9351, Itálica, *NPH*-c 436.

b) Inscripciones indígenas

- 16) *Noro-boř*, Solier 1979, Pech Maho (Sigean), plomo¹⁴¹.
- 17) *Nero-bo[ř]*, Solier 1979, Pech Maho (Sigean), plomo¹⁴².

tendencia al cierre se extendía en la misma inscripción a *SINTAMOM* (ide. **sent-*, compartido por Tovar) y *SINGEIE(T)TO* (ide. **seng-*, que aludiría al hecho de recitar en voz alta el contenido de una adquisición *longa manu* (1980, p. 263). *NURIM* lo interpreté con alusión al «canchal», gran masa de roca que aflora desnuda indistintamente en llanos o colinas de Extremadura. El mismo fenómeno ocurre en el entorno astur-leonés, donde todavía se reconocen los numerosos mogotes de roca como «narancos», entre los que destaca el conocido Naranco de Bulnes. Sentido muy similar tendría este radical aplicado al Cabo de Finisterre, Nerión. La distinta solución en el vocalismo marcaría las diferencias dialectales. Es interesante que reaparezca este radical en la vieja acrópolis del Tolmo de Minateda —aunque aquí se trate de un nombre personal— toda vez que «tolmo» expresaría aquí lo mismo que «canchal» en Extremadura, «naranco» en la región Astur-leonesa, y un fenómeno similar ocurriría con los «nuraghi» de Cerdeña en relación con la fortificación de Nora, fundada por Norax. Tal vez se repita la misma relación entre los celtas apellidados Neri y el Cabo Nerion, o de *NIRAENAI* y *NIRANDUM* en relación con la cantera de Peñalba de Villastar, en donde está inscrito. Resulta significativo que todos ellos aparezcan en relación con grandes masas de roca aisladas, y que los topónimos identificables con seguridad apoyen esta misma hipótesis, es decir, que algunos de estos nombres puedan derivar del accidente, y que a más de utilizarse como topónimos o nombres personales fueran también vocablos de la lengua viva, como hoy los apellidos Peña y Roca.

140 Véase nota 139.

141 Ives Solier, 1979, plomo nº 1; p. 77 § 5; elenco en las p. 87 y 123.

142 *Op. cit.*, plomo nº 4; p. 69, y elenco en pp. 86-87 y 123.

- 18) *Neronken*, MLH A.1 (Narbo, actual Narbona), moneda¹⁴³.
- 19) *Nertobis*, MLH A.50 (Nertóbriga, junto al Jalón), moneda.
- 20) *Neŕse-Orŕtin*, MLH C.0.1, (zona del Ebro, Tarragona), plomo.
- 21) *Neŕse-Tikan*, MLH F.15.1, El Toro (Teruel), pieza de hueso.
- 22) *Neŕse-Iltun*, MLH F.11.6, Sagunto, estela.
- 23) *Neŕse-Atin*, MLH F.11.11, Sagunto, estela.
- 24) *Neŕse-Atin*, MLH F.11.12, Sagunto, estela.
- 25) *Noŕakar-Kuta*, MLH F.13.4, Liria, cerámica pintada.
- 26) *Narie-Ukiar*, MLH F.14.1, Sinarcas, estela.
- 27) *NIRAENAI*, MLH G.1.1, Serreta de Alcoy, plomo¹⁴⁴.
- 28) *Norien*, EBT XVIII, Alentejo, estela del Suroeste¹⁴⁵.

c) Contexto tartésico?

- 29) *Nura*, (Isla de Menorca) Itinerario marítimo, 512.1.
- 30) *Norisi*, ON, p. 170, Santani, Mallorca, estela.
- 31) *Norax*, Rey de Tartessos (*Pausanias* X, 17, 5).
- 32) *Nora*, ciudad fundada por Norax en Cerdeña¹⁴⁶.
- 33) *nuraghi* construcciones antiguas de Cerdeña.
- 33) *NYRENAE* (estela de Minateda).

7.4.3. Paradójicamente en torno al área ibero-tartésica, en conjunto todo el sector surlevantino, aparece el mismo radical con mayor reiteración, y llega a duplicar la cifra anterior. Merecen recogerse en principio los nombres ibéricos compuestos de *Ner-*, que ya Albertos Firmat consideró como posibles híbridos, formados por un primer elemento indoeuropeo basado en **ner-*, **noro-* «fuerza»¹⁴⁷. En efecto son muy numerosos los nombres estudiados por la misma autora que forman compuestos híbridos, e incluso con dos componentes de origen céltico iberizados, del tipo *Tautin-dals* (**teuta* y **talos*). La hipótesis resulta a todas luces más acertada que las comparaciones con el vascuence *nere* «mio», herencia de un vascoiberismo poco fundado, basado en analogías anacrónicas, ya que son por completo ajenas a la fonética Histórica¹⁴⁸.

143 Conviene recordar que hay otra versión del nombre de Narbo con el mismo vocalismo, pero también sin labial, *Naro*, según Avieno, 587; vid. también Siles, *Op. cit.* en nota 8, nº 1181.

144 Aparece en el compuesto ILDU-NIRAENAI. La segmentación del primer elemento en la forma *Ildu-* tiene paralelo en *Ildu-beles* (MLH E.8.1), frente a la forma más frecuente *-Ildun*, que incluye expresamente la nasal, pero —salvo en un caso— la forma con nasal se utiliza siempre en posición final (en celtibérico los temas nasales se representan con *-u*). Por todas las razones expuestas, la aparición ahora del ejemplar de Minateda hace preferible esta segmentación en el plomo de Alcoy, mejor que *ILDUN-IRAENAI*, que propuse en otra ocasión con menos fundamento (Pérez Rojas 1980 nº 18 = 1986 p. 52 nº 27).

145 Pérez Rojas, *Manual de Epigrafía Tartésica*, nº 18. El texto aparece ya leído por Gómez Moreno, aunque no se detuvo en la segmentación ni en la identificación de los nombres, cfr. EBT nº XVIII.

146 A. Schulten, *Tartessos*, Madrid 1945, pp. 49, 200, 214-215.

147 Albertos firmat, *Op. cit.* p. 170.

148 Vid. un comentario acertado, con referencias bibliográficas muy completas en Siles, 1985, nº 1180, p. 271.

7.4.4. Hagamos un breve glosa de este conjunto. En primer lugar parece interesante el paralelismo de los nombres de *Pech Maho*, *Noro-boř* y *Nero-boř*, con oscilación en el vocalismo que se reitera de forma similar en el topónimo vecino, *Nero/Naro*, hoy Narbona¹⁴⁹. Nertóbriga queda inscrita junto a la frontera lingüística, pero dentro del sector celtibérico, y es curioso que el mismo vocalismo se mantiene en el sector ibérico como predominante, salvo en *Norakar* y *Narie*, donde tenemos la misma oscilación que en el sector galo y en el celtibérico. Si dejamos para el final los n^o 20 y 25, observaremos que en todo el área de expansión tartésica el vocalismo aparece muy uniforme. Albertos Firmat considera la posible relación de *Norax* ya con formas presuntamente no indoeuropeas, los *nuraghi* de Cerdeña, ya con los antropónimos similares, que con este vocalismo se registran en otras áreas de Europa. Al final se inclina por considerarlo nombre indoeuropeo, pero no hispano, sino inventado por los griegos para atribuirlo a un hispano. Esgrime principalmente dos razones, que el radical ***noro-** aparece esporádicamente en algún nombre griego, y que no existen en Hispania testimonios epigráficos de este nombre¹⁵⁰. El nombre de *Norax* habría que interpretarlo como forma frecuente de síncope, que presupone un ***Norac(o)s**.

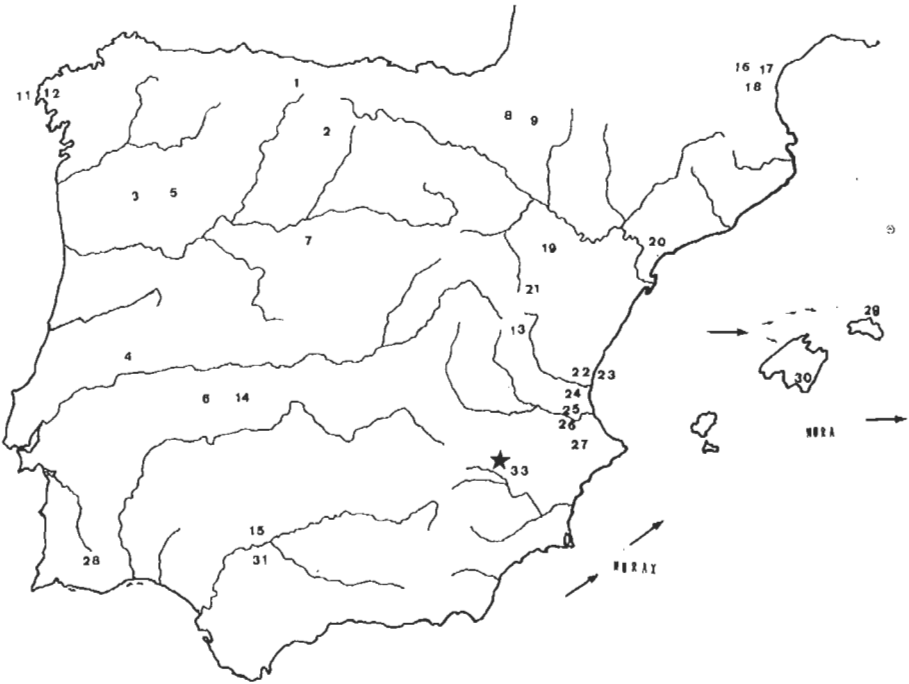
7.4.5. El acopio de materiales que ahora llevamos a cabo deja sin fundamento esta interpretación negativa. El radical está profusamente representado en la onomástica hispana y el fenómeno de la síncope, presumible en el nombre de *Norax* lo tenemos constatado en *Abelox* o *Abilux* por *Abilicus*, que es precisamente el nombre de un saguntino, analizado por la misma autora¹⁵¹. Además cobra sentido unitario el nombre del rey expedicionario de Tartessos, la relación arqueológica con el megalitismo de las islas Baleares y la aparición de nombres indoeuropeos en las mismas (*Norisi*), la reiteración en el nombre antiguo de Menorca, *Nura*, en la antigua capital de Cerdeña, *Nora*, y en los *nuraghi* o construcciones similares y contemporáneas de las baleáricas. Esta concurrencia de datos favorables me ha movido a separar en la relación que antecede lo más significativo para explicar la referencia mitohistórica a Tartessos y al rey *Norax*. No olvidemos que el *Nyrenae* de Tolmo de Minateda, inseparable de La Camareta, nos señala un hito fronterizo en el territorio del legendario reino.

149 Véase nota 143.

150 Albertos Firmat, *ON* pp. 169-170.

151 *Abelox* en Livio XXII 22,6, *Abilux*, ac. *Abiluga* en Polibio III 98,2 y 99,7, nombre asimilado por la propia Albertos Firmat a los gentilicios celtibéricos *Abilici* y *Abulocum*, *ON* p. 3.

7.4.6. Distribución de los epígrafes emparentados con Nyrenae.



8. LA ONOMÁSTICA DE LA CAMARETA EN EPÍGRAFES CON ESCRITURA TARTÉSICA:

El contenido onomástico de la Camareta se limita a sólo dos nombres, uno de ellos compuesto, lo que nos proporciona al menos cinco elementos onomásticos: *Bite*, *Karos-*, *Kotoř-*, *-Ibe*, *Okuan*, a cuyo estudio dedicamos estas páginas finales, siguiendo para la exposición el orden alfabético. Llegamos así al punto culminante en torno a las inscripciones indígenas de La Camareta. Su desciframiento sólo nos proporciona nombres, como ocurre con frecuencia en la mayor parte de nuestras inscripciones prelatinas, excepción hecha de las celtibéricas, tan ricas en vocabulario, *vid.* arriba § 6.2. Es bien sabido que la comparación de los nombres constatados en escritura indígena con los conocidos en escritura latina resulta en muchos casos problemática, debido a las diversas limitaciones que impone el silabario, tales como la indiferencia gráfica entre sorda y sonora. Sin embargo es esta comparación la única vía asequible para identificar los nombres y profundizar en el estudio del mundo indígena. Por ello es pertinente recopilar como elementos comparativos todos aquellos que razonablemente parecen viables, aunque no siempre resulte fácil elegir entre dos o más opciones que puedan presentarse. Siguiendo estas pautas, y con todas las reservas para la medida, me ha parecido pertinente hacer en esta ocasión el acopio más completo posible de los materiales onomásticos relacionables con los de la Camareta, de modo que el lector tenga libertad de opción, pero basada en una información relativamente completa sobre las opciones posibles para interpretar estos nombres.

8.1. Bite: P ♦

8.1.1. Los elementos onomásticos compuestos o derivados de **Bit-** se cuentan entre los de más alta frecuencia dentro del mundo ibérico. En el cuadro adjunto, que se atiende a las lecturas más seguras tras la revisión de Untermann en sus *Monumenta*, contabilizamos 38 casos, que puede ampliarse hasta 58 si añadimos los veinte ejemplares con la presunta variante **Bet-**. En efecto, los datos estadísticos —hipotéticos en términos absolutos, pero dignos de tenerse muy en cuenta a la hora de interpretar los nombres individualmente— nos permiten detectar una marcada tendencia al cierre, muy generalizada, pero predominante en algunos sectores específicos del mundo ibérico y celtibérico: **bet-** > **bit-**, como **bel-** > **bil-**, etc. (*vid.* fonética en Curso 1).

8.1.2. Recientemente, en un texto griego ampuritano, se leyó un nombre indígena fragmentado, *BASPED...*, en el que se ha visto un primer componente **Bas-**, frecuente en la onomástica ibérica¹⁵². Para el segundo componente podemos recordar un compuesto similar en el plomo grecoibérico e Alcoy, *BAS-BIDIR*. En alternancias del tipo *Barkeno/Barcino*, *Kesse/Cissa*, vemos una clara tendencia al cierre, que nos permite equiparar con toda probabilidad

bas-ped[...] = *bas-bidir*.

8.1.3. En un trabajo anterior, redactado en 1976, intenté recopilar todo el material epigráfico conocido hasta esa fecha.

Al hacer entonces un juicio de conjunto me detuve en una consideración que todavía juzgo de importancia, y que tiende a relativizar, tanto las semejanzas como las diferencias entre las supuestas variantes que nos ofrece la transcripción de nombres o palabras procedentes de la epigrafía ibérica. Observé entonces que si quisiéramos transcribir en escritura ibérica palabras de igual significado en lenguas diferentes, que procedieran de un tronco remotamente común, como castellano, inglés, alemán y latín, era posible que en algunos casos pudiéramos obtener resultados idénticos, es decir, homografías. En efecto, la escritura ibérica no permite establecer diferencias gráficas para las oclusivas sordas, sonoras o aspiradas, **t/th/d**, **p/ph/b**, etc. En estas condiciones, si transcribimos en ibérico una expresión cualquiera de esas lenguas tan diferenciadas los resultados podrían ser engañosos. Veamos el ejemplo que entonces propuse¹⁵³:

	versión actual:	transcripción al ibérico:
inglés:	« <i>my father</i> »	(m.i.) <i>Ba.Te.r.</i>
castellano:	« <i>mi padre</i> »	(m.i.) <i>Ba.Te.r. / (Ba.Te.r.e.)</i>
alemán:	« <i>Vater</i> »	<i>Ba.Te.r. / (u.a.Te.r.)</i>
latín:	« <i>pater</i> »	<i>Ba.Te.r.</i>

Sin atender ahora a pormenores sobre las opciones, digamos que el ejemplo nos ilustra de forma muy clara sobre un problema latente. Algunos de los elementos que manejamos convencidos, con el fin de mostrar la extensión de la lengua ibérica en un territorio concreto, es posible

152 Sanmartí Grego, E. y Santiago, Rosa A., «La lettre greque d'Emporion et son contexte archéologique», *Revue Archéologique de Narbonnaise* n° 21, Paris 1989, p. 3 s., especialmente pp. 12-13.

153 Pérez Rojas 1980, p. 397 y s.

que en realidad correspondan no sólo a dialectos, sino incluso a lenguas diferentes. En el mundo ibérico pudo haber diferencias lingüísticas tan acusadas como las que separan al castellano del latín o del alemán, y sin embargo en la epigrafía ibérica no podríamos distinguir esos matices. Diríamos que la palabra representada en el ejemplo anterior es un elemento común, y lo alegraríamos como prueba de que se trata de una misma lengua. Por el contrario sabemos positivamente que algunos nombres concretos registran variables. Así por ejemplo:

Tarraco = *Kesse, Cissa, Cassetania*¹⁵⁴
 Ilerda = *ITirTa*.
 Vascones = *BarsKunes*
 Osicerda = *UsiKerTe*, etc.

Esto aumenta la problemática, porque podemos asegurar que grafías diferentes se refieren a una misma cosa, mientras que grafías idénticas pueden aludir a realidades distintas, y representar dialectos diferentes en las diversas áreas en las que aparecen. Esto no es impedimento para proseguir investigando con los criterios aparentemente lógicos hoy a nuestro alcance, pero sin perder de vista el trasfondo de esta problemática realidad.

8.1.4. Me he detenido en estas disquisiciones, aparentemente extemporáneas, para destacar la problemática que subyace en el elemento onomástico *Bite*, que aquí consideramos, a la hora de determinar si tiene o no tiene parentesco con otros nombres conocidos en las fuentes literarias o epigráficas. En este caso concreto la complejidad puede ser incluso superior a lo ya insinuado en el párrafo que precede. En la misma tesis citada también defendí la lenición **m** > **b** en ibérico, reforzando una hipótesis previa de Tovar¹⁵⁵. Pero prefiero ilustrar la referencia con ejemplos más simples, como los siguientes propuestos por Untermann¹⁵⁶:

Kobakie = *Comagius*, B.1.53
Latubaře = *Latumarus*, B.1.364
Ošiobaře = *Oxiomarus*, B.1.59¹⁵⁷

Así pues, por analogía, podríamos sospechar que en principio el radical ibérico **bet-** o **bit-** se puede interpretar indistintamente por **met-**, **bet-** o **pet-**. Con esto no acaba la problemática, porque hay también casos en los que la grafía con **b-** parece ser una alternativa labializada de la

154 *Ibid.* principalmente p. 398.

155 1980, p. 305 y s. para las alternancias *i/u* p. 291. El caso de *UMAR* = *Wbar* lo reafirmo en *AEA*, 1983, pp. 279-281, sin necesidad de concurrir el contacto -nb-, en lo que todavía se apoyó Siles en 1981 p. 93 s., vid. Untermann *MLH* III 1 § 137, p. 237, en relación con § 578 p. 191.

156 Los ejemplos están tomados de *MLH* II, dedicado al sur de Francia. La referencia a los textos la doy arriba junto a cada nombre, pero vid. también una relación completa de nombres galos en *op. cit.* pp. 73-74. Son ejemplos muy claros que no representan en ibérico necesariamente -nb-. Por el contrario lo que hay es asimilación de -nm- > -m- en *Adimels*.

157 Untermann propone también como interpretación ibérica de un nombre galo *Wbar'ati(n/l?)* = *Maratillus*, B.1.283. Pero antes de buscar la interpretación gala hay aquí una evidencia aplastante que se impone a primera vista, el elemento ibérico *Wbar*, del que se desprende una segmentación *Wbar-ati(n-)* o *Wbar-ati(l)*, la fractura no permite aseverar la solución; -*atin-* es de sobra conocido, y *atil-* lo tenemos constatado en *Atile-beiu* F.9.5.2, (Vall de Uxó, Castellón), cfr. *Atilla* en Caudiel, Castellón, *NA-1* 226.

fricativa, que en otras ocasiones parece alternar en la grafía con diptongo de **o/u**, a mitación y por presunta influencia de lo griego según parece:

*Oasaii = Basaii*¹⁵⁸

8.1.5. Nos encontramos pues con un elemento muy frecuente en el contexto ibérico, pero que puede ser homografía de nombres muy diferentes. Una de las soluciones más factibles para intentar aproximarnos a la interpretación es formar un esquema como el que doy a continuación, donde figuren todas las posibles variantes del radical. Los presuntos sufijos o desinencias van señalados previamente en la columna de la izquierda, y en la columna de la derecha, con asterisco, las formas conocidas y similares en el contexto de la epigrafía latina contemporánea. Los nombres de este primer cuadro están tomados de la relación que doy en los párrafos siguientes, en donde puede verse la referencia bibliográfica. Por lo general he señalado con **(Th)** los casos en los que la grafía adopta el signo «**Te**» con doble trazo, es decir en forma de rueda con dos ejes cruzados. Parece indudable que a esa variante, que pretende marcar en algunos textos la diferencia entre sorda y sonora, hemos de atribuirle un valor de «**de**» o «**the**», no de «**te**», a juzgar por las correspondencias en textos con alfabeto grecoibérico, *BIDE*, *BAIDA*, entre otros. Los nombres con mayúsculas corresponden precisamente a dichos epígrafes:

	Bit-	Bet-	Mit-/Met -Pid-/Ped-
-a :	<i>Bita</i>	<i>Beta</i>	* <i>Peda</i>
-an:	<i>Bitan</i>	<i>Betan</i>	
-ane:	<i>Bitane</i>	<i>Betaner.</i>	* <i>Pitana</i>
-ar:	<i>Bitar-ste</i>	<i>Betar</i>	
-l-:		<i>Betule.</i>	*** <i>Betulus, Pedulus</i>
-us:		<i>Betus</i>	* <i>Bedo *Bedus?</i>
-o :	<i>Bito</i>	<i>Beto</i>	<i>BedolPedo</i>
-e :	Bithe, (Th) BIDE. <i>BIDE-DENEDIS</i>	<i>Bete</i>	<i>BedolPedo</i> <i>Bedo Denati-</i>
-en:	<i>Biten</i>		* <i>Bitinias ?</i>
-in:		<i>Betin</i>	<i>Bitinias ?</i>
-er:	<i>Bither (Th)</i>		* <i>Pederos</i>
-ir:	<i>Bitir, BIDIR</i>		<i>Pederos</i>
-ki-:	<i>Bitekian.</i> <i>Bitetui, (Th)</i>		* <i>Pedaccianus</i>
-i :	<i>Biti</i>		
-sk-:	<i>Bitiskei</i>	<i>Beteškon (Th)</i>	* <i>Metiscus (*Methisco?)</i> <i>(Pituscan?)</i>
-k- :		<i>Betika</i>	* <i>Medica</i>
-u :	<i>BIDU-DEDI-N</i>		* <i>Medu-Deddo</i>
-u :		<i>Betu-kine-te</i>	* <i>Medu-genus</i>

158 1980 pp. 252 y 273; *MLH* H.3.4.

8.1.6. A través de este esquema podemos observar que algunas equiparaciones, como *Betika* = *Medica*, nos vienen dadas por su perfecto paralelismo. Así mismo nos inclinamos a equiparar el *BAS-BIDIR* de Alcoy y el *Baspedf*, escrito en un plomo griego, como ya se ha citado al comienzo¹⁵⁹, y reiterado además con el *Bas-biter* de Orleil. *Betu-kine*- parece claramente *Medugenos*, y *Bitiskei* o *Beteskon* = *Metiscus*, que es precisamente el nombre de un saguntino, situado en el mismo contexto. Para el *Bite* de La Camareta la solución puede ser múltiple, y quizá la más fácil sea *Bedo*, aunque sin garantías. La relación *Betule/Betulus* aparece señalada con doble asterisco para indicar que esta identificación fue realizada ya por Untermann.

8.1.7. Para terminar estas referencias apporto un cuadro relativamente completo, en el que aparece el material conocido, que resulta muy abundante, posiblemente porque en algunos casos puede haber homografías. Al final, los nombres procedentes de la epigrafía latina son simplemente complementarios, y se han utilizado para ilustrar el cuadro del § 8.1.5. Son una simple selección, y no doy relación completa ni los incluyo en el mapa porque mientras no detectemos con mayor claridad las presuntas homografías no podemos hacer una comparación homogénea, ya que en principio ignoramos a qué nombres corresponde realmente /m/, /b/ o /p/.

8.1.8. Elenco onomástico con el radical bit- / bet-.

1º) Independiente o primer elemento en composición

- 1) *Biteř-Okař* (MLH, C.17.1, B, S. Iust Desvern), plomo.
- 2) *Bitetuř* (MLH, C.2.6, 2, Ullastret), plomo. (Th)
- 3) *Bitu* (MLH, C.18.7,3, Tarragona), ara.
- 4) *Biti* (MLH, E.1.321, Azaila), cerámica.
- 5) *Bitetui* (MLH, F.7.1, A-1, Bechř), plomo.
- 6) *Bitan* (MLH, F.7.1, B-1, Bechř), plomo.
- 7) *Bite-n-ř*, (MLH, F.7.1, B-2, Bechř), plomo.
- 8) *Bite-Bakiřř-bane* (MLH, F.9.5, 1, Valldeuxó), plomo. (Th)
- 9) *Biteř* (MLH, F.9.1, A-4,5, Vall de Uxó), plomo.
- 10) *Biteř-Oketan* (MLH, F.9.1, B-4, Vall de Uxó), plomo.
- 11) *Biteř-Oke-Tetine* (MLH, F.9.5, 3, Vall de Uxó), plomo. (Th)
- 12) *Bitiř-Oke-Betense* (MLH4, F.9.5, 6, Vall de Uxó), plomo.
- 13) *Biti-Iba* (MLH, F.13.11, Liria), cerámica pintada.
- 14) *Bitu-Uketitor* (MLH, F.13.2, B-I, Liria), plomo.
- 15) *Bite-Wbař* (MLH, F.13.16, Liria), cerámica pintada.
- 16) *Biten* (MLH, F.13.1, 1, Liria), estela.
- 17) *Bitarste* (MLH, F.20.1, B-1, Yátova), plomo.
- 18) *Bitiř-Eba-Bořin* (MLH 4, F.17.2,A-4, Caudetedelas F.), plomo.
- 19) *BIDU-DEDIN* (MLH, G.1.1, B, Alcoy)
- 20) *BIDE-DE-NEDIS* (MLH, G.13.1, Mula)
- 21) *[Bi]tu-oru* (Gádor)

159 Véase nota 152.

Sector galo

- 22) *Bitu-* (MLH, B.1.8, Ensérune), cerámica.
- 23) *Bitu-kibas* (MLH, B.1.63, Ensérune), cerámica.
- 24) *Biti-* (MLH, B.1.176, Ensérune), cerámica.
- 25) *Bit-?* (MLH, B.1.201, Ensérune), cerámica.
- 26) *Bitá-* (MLH, B.8.3, Ruscino), cerámica.
- 27) *Bite* (MLH, B.8.5, Ruscino), cerámica. (Th)
- 28) *Bitiskei* (Solier 1979, 2, 15, Pech Maho), plomo.
- 29) *Bito-Kaurti* (Solier 1979, 3 B, 18, Pech Maho), plomo.
- 31) *Bitir-Okan* (Solier 1988, Gruissan), plomo.
- 32) *Biteř-Okan* (Solier 1988, Gruissan), plomo.
- 33) *Bitekian* (Solier 1988, Gruissan), plomo.
- 34) **Wetu-oris*

2º -Bit- como segundo elemento:

- 35) *Bas-Biter* (MLH, F.9.7, A, Orleyl)
- 36) *Tolir-Bitane* (MLH, F.13.27, Liria), cerámica pintada.
- 37) *Teři-Biter-Uka[n?]* (MLH, F.17.2, A, Villares), plomo.
- 38) *BAS-BIDIŘ-BARTIN* (MLH, G.1.1, A, Alcoy), plomo.

3º) BET-, independiente o primer elemento en composición:

- 39) *Beteskon-Kiliř* (MLH, C.2.22, Ullastret), cerámica. (Th)
- 40) *Beta-ř* (MLH, D.12.2, Binéfar), estela.
- 41) *Beta* (MLH, E.1.99, Azaila), cerámica pintada.
- 42) *Betus* (MLH, E.1.101, Azaila), cerámica.
- 43) *Beto* (MLH, E.1.100, Azaila), cerámica.
- 44) *Betu* (MLH, E.1.102, Azaila), cerámica.
- 45) *Betu-Kine-te* (MLH, F.17.2, B; Caudete de las Fuentes), plomo.

4º) Bet- como segundo elemento en composición:

- 46) *Biuř-Betin* (MLH, C.2.17, Ullastret), cerámica.
- 47) *Beleř-Betin* (MLH, C.4.1, Palamós), plomo.
- 48) *Sakař-Betan-wi* (MLH, E.9.1, Benasal), estela.
- 49) *Sine-Betin* (MLH, F.6.1, Castellón), plomo.
- 50) *Is-Betař-tiker* (MLH, F.11.3, Sagunto), estela.
- 51) *Bene-Betaner* (MLH, F.13.12, Liria), cerámica pintada.
- 52) *Bene-Betaner* (MLH, F.13.28, Liria), cerámica pintada.
- 53) *Okum-Betane* (MLH, F.13.43, Liria), cerámica pintada.
- 54) *Kiti-Babir-Bete* (MLH, F.17.2, A, Villares), plomo.

Sector galo

- 55) *Betika* (Solier 1979, 2, 6 y 13, Pech Maho), plomo.
56) *Sakar-Betin* (MLH, B.7.31, Pech Maho), cerámica.
57) *Uni-Betin* (MLH, B.1.22, Ensérune), cerámica.
58) *Betule* (MLH, B.1.33, Ensérune), cerámica.=Betullus¹⁶⁰:

Nombres presuntamente relacionables con los ibéricos: (Bed-, Med-, Mit-, Ped-)

Bedaciq(um), Medinaceli, gentilicio, *CIL* II 5879, OSH 14.
Bedo, *L CIL* II 3074, Toledo; Bedia, Mérida, *OL* 48; *NPH* 300.

- a) *Bedunia*, Ptolomeo, 6 30 (Item Baedunensium); Itin. 439,7.
b) *Beduniensium*, Soto de la vega, gentilicio, *OSH* 48.
c) *Bidunie(nsium)*, León, gentilicio, *OSH* 48.

Betua, Arroyomolinos, *NA*-1 229.

Betuca, Lara, *NA*-3 p. 20; *NPH*-c 300.

Bedunus, *CIL* II 2507, Bragança, *ON* 53; *NPH*-c 300.

Betunus, Villalazán, *NPH*-c 300.

Bitinias, *CIL* II 3602, Gandía, *ON* 54; *NPH*-c 301¹⁶¹.

-*Deddo*, Ablanque, Guadalajara, *NPH*-c 342. Vide nº 19.

-*Denatia*, -us?, Córdoba, *ON* 104, *NPH*-c 343. Vide nº 20.

Medamus, *CIL* II 2402, Caldas de Vicella; 5554, Citania; *ON* 152. *Medicus*, *CIL* II 4975, Madrid, *ON* 153.

Medica, Lara, *ON* 153.

Medugenus, *CIL* II 162, Portalegre; Medug., Meducena, *ON* 153, II Col 144. Medugena, III Col 287.

Medutica, Riba de Sahelices, *ON* 153, II Col p. 144.

Meduttius, Vilches, Jaen, *ON* 153.

Meiduenia ***Medu(g)ena**: *ON* 154; Meidueni *NA*-2 p. 113.

Meidunio; *CIL* II 2520, Cadones; *ON*, 152.

Metiscus: saguntinus, *ON* 157.

Mitalio, *CIL* II 2549, Santiago de Compostela, *ON* 158.

Peda, Carquere, Resende (Portugal), *ON* 178.

Pedilici, «Astur», *CIL* XIII 8098, *ON* 178.

160 Es la identificación propuesta por Untermann en *MLH* II, B.1.33: *Betullus* *CIL*.V 4252 (Erbusco, Brescia), pero resulta igualmente válida por su proximidad la relación directa con el grupo narbonense sonorizado en *Ped-*, *Pedulus*, *Pedullus*, *Pedullius* *CIL*.XII 1163, 349, 4838, ampliamente representado en la Península con *Peda*, *Pedaccianus*, *Pedilici*, *Pedolus*, cfr. *ON* p. 178, y también Albertos Firmat 1977 p. 48 y *NA*-4 303-304. En el mismo sentido Untermann 1969 p. 109; Pérez Rojas 1980 p. 254 «Bete» y pp. 255-256 «Bite».

161 El *CIL* II 2984 (Calahorra), proporciona otros nombres tales como *Biticenti*, (genitivo), que parece indígena. En cambio *Bitius*, en la misma inscripción, parece romano, así como *Bitihynis*, 2327, está ligado a la región de Tracia, a Bitinia. No obstante Albertos Firmat separa *Bitinias*, documentado en Gandía, y por lo tanto en el núcleo geográfico de la zona que estudiamos con el radical **bit-**.

- a) *Pedolus*, Lara, ON 178,
 b) *Petolus*, Lara (ON 181 corregido) 1977 p. 48
Pederos, CIL II 2925, Comuña, Vitoria, NPH-c 452.
Petelius, Lara, ON 181.
Pitana, CIL II 516, Mérida; 2791 Alcubilla, ON 184.
Pituscan, CIL II 282, Lisboa, OL 93.
Vedais, León, CIL II 2671, ON 244.

8.1.9. Mapa con la distribución de Bite y sus variantes.



8.2. Ibe: $\text{N}\chi$

8.2.1. Los derivados o compuestos de **Ibe-**, **Iba-**, **Ib-**, aparecen reiterados con cierta mesura, en cantidad suficiente al menos para garantizar su identidad, ya que algunos de los ejemplos que seguidamente transcribo pueden suscitar alguna duda respecto a la segmentación. Sin embargo una veintena de nombres parece insuficiente, en especial si relacionamos este nombre con el específico de los iberos. La verdad es que la mención del *origo*, sea ibero, celta o lusitano, suele ser pertinente por ejemplo en las estelas cuando el sujeto es foráneo. Así en los mapas elaborados por Untermann resulta que *Celtiber* aparece siempre fuera de Celtiberia, *Cantaber* fuera de

Cantabria y *Celtius* en Lusitania¹⁶². No obstante el étnico de los iberos parece derivar del nombre de dos ríos, y no a la inversa. En ese caso sería esperable una fuerte incidencia en la onomástica. De ser cierta la hipótesis que equipara **ib-ub-um-**, como alteraciones en contacto con labial y labialización de /m/, quedarían explicados ciertos nombres de poblaciones que parecen junto a ríos, como la vieja *Salduba* (Zaragoza), y se justificaría el nombre del río *Maenuba*, afluente del *Baetis* según Plinio¹⁶³. Pero este tipo de hipótesis sobrepasa los límites que nos hemos impuesto al redactar este trabajo, y es preferible que nos limitemos a enumerar los textos en los que aparece este elemento onomástico, sin incluir las posibles variantes. Sólo merece ser señalado el paralelismo entre el nombre de La Camareta y otro constatado en el plomo de Mogente, del siglo IV a.C. Pese a la distancia en el tiempo ambos siguen la misma estructura para expresar la filiación (vid. § 5.8.5.):

Plomo de Mogente: *Sol-ibe Ututa Biš-ibe Tarakar*
 Camareta: *Kotoš-ibe Okuan Karos-ibe*

8.2.2. Elenco onomástico con el elemento *Ibe*

a) **Ibe- en textos con escritura meridional-**

- 1) [*Jibe*: EBT XLVIII, Valencia, (MLH G.0.1).
- 2) *Bis-Ibe*: EBT XLVII, Mogente, (MLH G.7.1,A).
- 3) *Sol-Ibe*: EBT XLVII, Mogente; (MLH G.7.1, A).
- 4) *Tors-Ibe*: EBT XLVII, Mogente, (MLH G.7.1,B).
- 5) *Lukes-Ibe*: EBT, Abengibre; (MLH G.16.1).
- 6) *Karos-I[be?]* (Camareta).
- 7) *Kotoš-Ibe* (Camareta).

b) **Ibe- en textos con escritura levantina.**

- 8) *Ibei-tike-Batir*, (MLH, C.4.1, Palamós), plomo.
- 9) *Jibař*, (MLH, F.20.1, A II, Yátova), plomo.
- 10) *Jibař*, (MLH, F.20.3, A II, Yátova), plomo.
- 11) *J-Ibařai-Bante*, (F.13.20, Liria), cerámica pintada.
- 12) *Bas-Ibeš*, (MLH, G.1.5, Serreta de Alcoy), plomo.
- 13) *Biti-Iba*, (MLH, F.13.11, Liria), cerámica pintada¹⁶⁴.

162 EAH, mapas 28 y 34.

163 Para la posible equiparación de estas variantes vid. Pérez Rojas 1980 p. 282 = 1983 p. 279; Siles 1981, p. 93 s., y especialmente p. 96 nota 2 con la opinión favorable de L. Michelena. El juicio de Michelena se refiere específicamente al caso Umar, no a la primera parte del artículo de Siles, que hoy está superada.

164 *Biti-Iba* planteó desde antiguo un problema de interpretación. Se llegó a pensar en un error del escriba, y se transcribió «*bitinba*», debido a que resultaba extraña la repetición de una misma vocal dentro de una secuencia. La idea fue admitida por Gómez Moreno, que incluso llegó a omitir la presencia de la -i- y transcribió *bitinba* no sólo en la lectura, sino también en la reproducción normalizada del epígrafe. Lo que ocurre es que se trata de dos secuencias segmentables, pero no expresamente segmentadas por el escriba, de lo cual hay otros ejemplos en la misma cerámica de Liria, como los siguientes:

- 14) *Nisun-Iba* ? (MLH, F.13.11, Liria), cerámica pintada.
 15) *Sor-Ibeis* (MLH, F.21.1, 1A-2, Enguera), plomo.
 16) *Iar-Iber* (Pérez Rojas 1983, (MLH E.13.1), Caspe), estela.

c) Ibe- en la epigrafía del sector galo.

- 17) *Ibe-Šoren* (MLH, B.1.25, Ensérune), cerámica.
 18) *Ibei-Šur* (Solier 1979, nº 2, 19, Pech-Maho), plomo.
 19) *Ibei-Šur* (Solier 1979, nº 3 B, 11, Pech-Maho), plomo.

20) *Ibař/Wbař/Umar*¹⁶⁵.

8.2.3. Área de difusión del elemento Ibe



kařesirteekiar (F.13.3, 1).
 ebirteekiar (F.13.3, 6).

Doy a continuación la bibliografía relativa al lamentable entuerto de *Bitinba*, a través de la cual el lector puede comprobar el abigarrado proceso: Gómez Moreno, en *Misceláneas*, p. 304 nº 57 (transcribe erróneamente «*bitinba*», aunque en el dibujo del grabado aparecen los signos de *Biti-iba*. Vallejo 1950 p. 176; Vallejo 1954 p. 228. Tovar 1951 p. 297; *CVH*, LXXV; Fletcher 1953 p. 39, Liria LXXV; Fletcher 1985 Liria LXXV, comentario en p. 15 (vid. también fig. 15, LXXV); Maluquer, *EPPI*, nº 166; Siles 1985 p. 124 nº 448.

¹⁶⁵ Véase nota 163.

8.3. Karos: ΑΡΟ

8.3.1. *Karos* es un elemento específicamente céltico. Los derivados de un radical *karí-* en el contexto de la onomástica ibérica resultan ser muy escasos y bastante localizados. Esto incita a sospechar que los ejemplares detectados puedan proceder de infiltración, y no formen parte del sustrato antiguo genuino ibérico. En el supuesto de que sea lícito relacionar la forma ibérica *Kareś*, con la celtibérica *Caros*, cuestión no muy segura, aunque existen indicios para admitir la hipótesis si observamos comparativamente los derivados. Las mismas circunstancias, sospechosas de infiltración, se advierten en los testimonios que podemos recoger de epígrafes latinos. Es además notorio que no exista ningún ejemplar en la epigrafía de tradición tartésica en el suroeste, y que los dos testimonios meridionales *Garos* en Cástulo y *Garokan* en el plomo de Alcoy aparezcan con sonora. De aquí podríamos deducir como posible el proceso de sonorización en un elemento que penetra en calidad de préstamo. Por consiguiente el *Karos* de La Camareta quizá fuera preferible entenderlo *Garos*, como en la estela de Cástulo o el plomo de Alcoy, en medio de los cuales aparece situado geográficamente, y quizá del mismo modo habríamos de interpretar el *Karokar* del plato argénteo de Abengibre. Conviene recordar que también en el caso de *Kilu/Gilo*, registramos presuntamente el mismo fenómeno de sonorización. En todo caso la aparición de estos ejemplares en soportes tan señalados, sintomáticos de calidad social, incitan a suponer que los responsables de esta infiltración —fuera o no en principio violenta— terminan por fusionarse con la casta dominante anterior. Así puede explicarse que en La Camareta aparezcan curiosos compuestos del tipo *Karos-ibe*, que podemos considerar como uno de los testimonios más genuinos del «celtiberismo» en el sentido literal del término. De forma similar podríamos interpretar el hecho de que, entre los ediles de Obulco, convivan indistintamente el ibérico *Ildiradin* junto al céltico *Bodilkoś*. La aparente anomalía de *Karos* frente a *Kotoś* en lo que respecta a la -s puede estar originada en el proceso casi seguro de sonorización, aunque este aspecto lo trataremos con mayor detenimiento al final, en el *excursus* I, § 10 y s.

8.3.2. La circunstancia de que *Karos* forme compuestos con la desinencia original conservada, como un caso de fosilización, contrasta con el proceso que han seguido otros nombres con el mismo radical, que han formado derivados de una forma más convencional, que presupone cierto grado de adaptación a la fonética y a la morfología de la lengua receptora. Es el fenómeno que suele llamarse «iberización», que se ha detectado principalmente a través de ciertas desinencias o sufijos característicos. Cito brevemente alguno de los casos más notorios, entresacados de la relación que recojo en el § siguiente.

1) desinencia -e: *Kaíe* = ***Carios**, cfr. *Ande-carius*, *Careius*, *Kario*, Evans, p. 162-166¹⁶⁶. Vid. abajo *Kaíate* = *Caratus*, según Untermann.

2) desinencia -in: *Kaíain*. Parece reiterar lo ya conocido en *Teutin*, *Boudin*, *Ortin*; vid. también abajo *Kotin*, § 8.4 s. Si esta desinencia no fuera ibérica y procediera del mismo contexto que el radical habría que explicar su transformación como forma apocopada de ***Boudin(os)**, ***Teutin(os)**, ***Kotin(os)**, etc.

166 *Cario*, CIL II 819; ON p. 78, recogido por Evans p. 164, debe corregirse en *Cariq(um)*, cfr. NPH p. 45.

3) **-n/-r**: *Garoka-n*, *Karoka-r*: cfr. *Karoka* = *Caruca*¹⁶⁷. A diferencia de lo visto en el apartado anterior, donde caben interpretaciones dobles, aunque con base meramente hipotética, la alternancia **-n/-r** parece ligada al sustrato ibérico más genuino. No ha faltado quien recuerde a este respecto las alternancias **-n/r** en lenguas indoeuropeas.

Las formas ibéricas en **-es** (*Kaés*, no *Kaés*), requieren un estudio comparado más extenso. Evans, p. 165, recoge formas similares en el hidrónimo *Cares* (Chiers?), y *Caruces* (*pagus Carucum*).

8.3.3. *Kaés* y otros derivados en la epigrafía ibérica

- 1) *Karain* (MLH, C.18.3, Tarragona), grafito en muro.
- 2) *Kaés-Tareai* (MLH, F.9.7, A, Vall de Uxó), plomo.
- 3) *Kaés-Banite* (MLH, F.13.5, Liria), cerámica pintada.
- 4) *Kaés-Bobikir* (MLH, F.13.3, Liria), cerámica pintada.
- 5) *Kaés-Irte-ekiar* (MLH, F.13.3, 1, Liria), cerámica pintada.
- 6) *Kaie-Ukiar* (MLH, F.14.1, Sinarcas), estela.
- 7) *GAROKAN* (MLH, G.1.1, A, Alcoy), plomo.
- 8) *Karokar* (MLH, G.16.1 A-b, Abengibre), plato argénteo.

Sector galo

- 9) *Karate* (MLH, B.1.33, Ensérune), cerámica¹⁶⁸.
- 10) *Karatu* (MLH, B.1.326, Ensérune), cerámica.
- 11) *Karoka* (MLH, B.1.50, Ensérune), cerámica¹⁶⁹.

8.3.4. Distribución de «Carus» y derivados en la Península

- 1) *Cara*, Lugo, ON 79; EAH 31 5; NPH-c 317.
- 2) *Cara*, Alcalá de Henares, ON 79; NPH-c 317.
- 3) *Kara*, CIL II 2888, Tricio, ON 79; NPH-c 394.
- 4) *Kara*, CIL II 4267, Tarragona, ON 79; NPH-c 394.
- 5) *Kara*, Ocariz, NPH-c 394.
- 6) *Cara*, Negreira, NPH-c 317.
- 7) *Cara*, Monforte, Portalegre, NPH-c 317.
- 8) *Caraegius*, Herrera de Pisuegra, NA-3 25; NPH-c 317.
- 9) *Carai*, gen. CIL II 625/5274, Trujillo, EAH 92, 21; NPH-c 317.
- 10) *Caranca*, León, Albertos 1979 140 y NA-3 25; NPH-c 318.
- 11) *Carancus*, León, Albertos 1979, 140; NPH-c 318.
- 12) *Caroqum* Cantera de Peñalba de Villastar (Tovar 1959 p. 356), EAH 31 17.

167 Identificados por Untermann en *op. cit.* como *Caratus*: galo *Caratus* CIL.XII 4166 (Boisières, Gard), *Carantus* CIL.XIII 3301 (Reims), Evans p. 163 s. y *Caruca*, CIL.VII 247 (Londres).

168 Véase nota 167.

169 Véase nota 167.

- 13) *Garonicus* CIL II 4490 Caldas de Montbuy; NPH 378.
- 14) *Garos* CIL II 3302 Cazlona, ON 119, MLH H.6.1.; NPH-c 378.
- 15) *Karakoútios*, (Dion. LVI 43, 3), ON 76.
- 16) *Caranto*, CIL II 2286, Córdoba, EAH 31 20; ON 76; NPH-c 318.
- 17) *Carauanca* CIL II 6298, Olleros de Pisuerga, EAH 31 8; ON 77, COR 43; NPH-c 317.
- 18) *Care*('), El Puig, Valencia, NPH-c 317.
- 19) *Careca*, CIL II 2714/5732, Corao, Cangas de Onís, EAH 31 6; ON 77, NA-1236; NPH c 317.
- 20) *Careti*, Miranda do Douro, EAH 31 4; ON 77; NPH-c 317.
- 21) *Caretosa*, CIL II 3307, Linares, EAH 31 18; ON 78; NPH-c 317.
- 22) *Carianus*, CIL II 5241, Coimbra, OL 59; EAH 31 1; NPH-c 318.
- 23) *Caribelus*, Cañaveruelas, NPH-c 317.
- 24) *Carica*, Horna, NPH-c 318.
- 25) *Caricus*, CIL II 2954, Contrasta, EAH 31 14; ON 78; NPH-c 318
- 26) *Caricus*, CIL II 899, Cluniensis, EAH 31 10; ON 78; NPH-c 318
- 27) *Caridianus*, Valencia, NPH-c 318.
- 28) *Carilla*, CIL II 2865, Lara, EAH 31 9; ON 78; NPH-c 318.
- 29) *Carisia*, CIL II 2740, Segovia, ON 78, revisión en NPH-c 318.
- 30) *Caritio*, CIL II 6188, Ampurias, NPH-c 318.
- 31) *Caritio*, Ampurias, NPH-c 318.
- 32) *Carito*, CIL II 3541, Archena, NPH-c 318.
- 33) *Carito*, CIL II 2825, S. Esteban de Gormaz, NPH-c 318.
- 34) *Karos*, (Apiano, 185) ibero de Segeda, ON 79
- 35) *Carus*, CIL II 2750, Segovia, ON 79, NPH-c 319.
- 36) *Carus*, CIL II 5954, Contrasta, ON 79, NPH-c 319.
- 37) *Carus*, San Román de Cervantes, NA-1 237, NPH-c 319.
- 38) *Carus*, Idanha-a-Velha, NA-1 237, NPH-c 319.
- 39) *[Ca]rus*, CIL II 2382, Cabeceiras de Basto, Braga, NPH-c 319.
- 40) *Carus*, Barcelona, NPH-c 319.
- 41) *Carus*, CIL II 4441, Reus, NPH-c 319.
- 42) *Carus*, Cabra, NPH-c 319.
- 43) *Carus*, Gastiain, NPH-c 319.
- 44) *Carus*, Mendigorriá, NPH-c 319.

Topónimos y étnicos:

- Caraca*, Ravenate, 313.
Carae, Itinerarios, 447.
Carenses, Plinio, III, 3 24.
Caranico, Itinerarios, 424.
Caravi, Itinerarios, 443
Carietes, Plinio, III, 3 26
Carisa Aurelia, Plinio, III, 2 15
Carula, Itinerarios, 411.

8.3.5. Mapa con la distribución de Karos y derivados

Con el fin de destacar las diferencias, los ejemplares procedentes de inscripciones indígenas figuran exclusivamente con el número de la relación anterior. Los ejemplares procedentes de inscripciones latinas figuran sólo con un punto, incluso en las áreas donde ambos se interfieren. Para la comprensión de este mapa *vid.* los comentarios al nombre siguiente en comparación con su mapa adjunto, § 8.4.8.



8.4. Kotos: NEM

8.4.1. Al igual que *Karos*, ya examinado en el capítulo que precede, *Kotos* está reconocido como elemento antroponímico frecuente en el contexto céltico. También, como en el caso anterior, el de La Camareta es el único ejemplar de la epigrafía paleohispánica que ha conservado su desinencia celtibérica como tema en *-o*. Los demás ejemplares que veremos en la relación de este conjunto, § 8.4.7, han sufrido algún tipo de adaptación a la morfología ibérica. Señalo como anteriormente en *Karos* las desinencias de mayor interés:

- 1) desinencia *-in*: *Kotin*, § 8.4.7 n° 2. (Vid. *Boudin, Teutin*, § 8.3.2. Pero cfr. *Cottina, Cotinus*, Evans p. 187. El texto completo es *Illa-Kotin-Ebabon*, no segmentado en *MLH C.1.6*.)
- 2) desinencias *-e, -i*: *Kute, Koti* (§ 8.4.7, n° 3,4, 13 y 14).

Lo curioso frente a *Karos*, es que *Kotos* ostenta el final con *-os*, como en los nombres típicamente celtibéricos. Esta cuestión habremos de abordarla a fondo en el *excusus* I, pero es en principio sintomática de una diferencia de contexto, y esto es lo que me ha movido a prestar una especial atención a la estructura de ambos mapas.

8.4.2. En el mapa de *Karos* me he permitido trazar una línea imaginaria, desde un punto cualquiera del noroeste, entre el cabo Finisterre o la desembocadura del Duero, hasta el cabo de Gata o de Palos. La línea coincidiría con cierta aproximación a la división provisional de los romanos: la Hispania Citerior, o más próxima y la Hispania Ulterior o más alejada. Esto es, una división transversal de noroeste a sureste, que rompe con todos los convencionalismos y no responde, o no parece responder, a nada que tenga visos de cierta enjundia histórica o arqueológica. Sin embargo algo puede haber o subyacer bajo esta divisoria imaginaria, especialmente si contraponemos la distribución geográfica de *Karos* y *Kotos*. En ambos casos me he permitido añadir otra línea imaginaria que responde con cierta aproximación a una realidad bien conocida, y es la separación entre el mundo ibérico y el celtibérico. Curiosamente esta insólita distribución nos pone de relieve cierta peculiaridad opuesta en el contexto de estos nombres. Si pensamos en una infiltración continental, que pasa los Pirineos y se extiende lenta y progresivamente hasta el confín de la Península, diríamos que esa infiltración lleva consigo el elemento *Karos*, y que la romanización la detiene cuando comenzaba a sobrepasar la línea imaginaria que dividía a Hispania en Citerior y Ulterior. Por esa razón *Karos* no llega al suroeste, ni llegó en tiempos anteriores. Precisamente el Alentejo es una zona bien documentada por las estelas, y es bastante sintomático que en tan rico caudal epigráfico no aparezca ni una sola vez este elemento onomástico. Aclaremos que las dudas que ha planteado la escritura del suroeste no afectan a los signos del radical *kar-*, y podemos aseverar que no existe esa secuencia en todo el cúmulo epigráfico del suroeste.

8.4.3. Si cambiamos de perspectiva y contemplamos el mapa de *Kotos* observaremos el fenómeno contrario. Este elemento ocupa la periferia, y deja un enorme vacío en Celtiberia y su entorno occidental, en todo el espacio comprendido entre la costa norte y las dos mesetas. Se diría que este nombre se ha expandido con otro contexto. Las diferencias en el espacio son tan rotundas que he creído pertinente hacer un análisis somero sobre el conjunto onomástico latino más próximo al elemento indígena, me refiero a los *nomina* latinos *Cutius*, *Cutia*. En su Atlas antroponímico incluyó Untermann numerosos nombres latinos, luego, tras elaborar los mapas, observó que algunos de estos nombres se difundían preferentemente por determinadas áreas concretas. De ahí dedujo que algunos nombres formalmente latinos en realidad recubrían a otros similares indígenas. La aportación de Untermann en este aspecto es de sumo interés, y constituye una ayuda muy significativa a la hora de penetrar en la estructura profunda del *Namenlandschaft*. En gran medida es lo que venimos haciendo en estas páginas, pero en el caso concreto que nos ocupa merece la pena hacer un esfuerzo mayor y utilizar todos los recursos disponibles ante las grandes preguntas sin respuesta. ¿Es posible que los *nomina* latinos *Cutius*, *Cutia* recubran el área de *Kotos*, o al ser nombres latinos se difundieron por igual en toda la Península?

8.4.4. La respuesta a la pregunta del § anterior presupone el examen sobre el mapa del área geográfica ocupada por estos *nomina*. Abascal Palazón recoge cerca de un centenar de ejempla-

cuales sólo uno corresponde a Cantabria, fuera del área ocupada por los otros veintinueve. Si sumamos ambas relaciones obtendremos para la periferia 108 ejemplares, mientras que en el tercio norte y central sólo contabilizamos 8. La diferencia es de un centenar, cifra que no resulta despreciable y nos demuestra que no se trata de una simple coincidencia, sino de algo que necesariamente ha de tener razones históricas más profundas.

8.4.5. En definitiva, podemos concluir que los *nomina* romanos *Cutius*, *Cutia* en la Península no presuponen la importación de elementos onomásticos extraños al contexto indígena, sino que obedece más bien al revestimiento con apariencia latina de un elenco antroponímico que forma parte del viejo sustrato. He preferido no incluir en el mapa los nombres de la relación anterior, hecho que podría producir un efecto engañoso. Los ochenta ejemplares de *Cutia* y *Cutius* llenan en realidad todos los huecos que aparecen en el mapa adjunto en Lusitania, Bética y región ibérica. Pero con la particularidad de que en algunos puntos como Ampurias, Sevilla, Cáceres, Badajoz, Valencia y Portalegre el número de incidencias es alto —entre 6 y 10 ejemplares en cada caso— mientras que los del tercio interior los encontramos aislados, de forma que parecen corresponder más bien al contexto latino en sentido estricto o a infiltraciones muy particularizadas en torno a los grandes centros de la región —por ejemplo en torno a Clunia, capital de Conventus— pero no parecen en principio atribuibles al trasfondo del viejo sustrato. En efecto, en la relación siguiente, § 8.4.7, sólo encontraremos un ejemplar aislado en Cantabria, el nº 27, del que tenemos referencias por las fuentes clásicas.

8.4.6. Las características que observamos a través de las consideraciones anteriores nos mueven a diferenciar los contextos célticos portadores de los elementos onomásticos *Karos* y *Kotos*. Es posible que esta cuestión pueda tener alguna trascendencia para estudios posteriores. Vid a este respecto § 9.4 a 9.6 y 10.7.7.

8.4.7. *Kotos* y derivados en las inscripciones hispanas:

A) Epígrafes con escritura hispánica.

a) Sector meridional

1) *Kotu*, (Estudio, p. 214; *EBT* XXIX), Alcalá del Río¹⁷¹.

b) Sector levantino

2) *Kotin* (*Ila-Kotin*), (*MLH*, C.1.6, B-2.)

3) *Koti-Banen*, (*MLH*, C.2.3, A-5, Ullastret.

4) *Koti*, (*MLH*, C.18.1.) Tarragona.

5) *Kutuil-ka*, (*MLH*, E.1.163), Azaila.

6) *Kutui*, (*MLH*, E.1.162), Azaila.

7) **Kotaba?* (*NLH*, E.1.329), Azaila. (Numeral: *Ko.Ta.I?*).

171 *Cot-*, *Cott-*, Evans, pp. 186-187 y 340-343. *Cotira* DAG 214, *Cotuatus* y *Cotus* DAG 182; Vid. también *Cotu*, Holder I, 1148-9. Para la explicación de -u (*Kutu*) en el suroeste vid. en Curso 1 lo relativo al texto nº 56.

- 8) *Kutu-Boike*, (MLH, F.9.7, B-2), Val de Uxó.
- 9) *Kutur*, (MLH, F.9.5, 3), Val de Uxó.
- 10) *Kutur*, (MLH, F.13.35), Liria.
- 11) *Kutur*, (MLH, F.13.13), Liria¹⁷².
- 12) *Kute-[kir?]*, (MLH, F.20.1, B II), Yátova.
- 13) *Kuti-Tuku*[, (MLH, F.20.2, A,4). Yátova.

c) Sector galo

- 14) *Koti*[, (MLH B.1.122, Ensérune. Equiparado por Untermann a *Cottius*, Evans p. 186 s.).

B) Cotus y derivados en inscripciones latinas:

- 15) *Cotto*, CIL II 4970/153, Tarragona, ON p. 98, (instrumentum domesticum, NPH 46).
- 16) *Cotto*, CIL II 6349/15, Elche, ON p. 98, (instrumentum domesticum, BNPH 46).
- 17) *Cotus*, Obispo de Ampurias, ON p. 98, (cristiano, NPH 46).
- 18) *Cotiriquim*, (Lejeune 1955, 34; Tovar 1949, 117; Evans 1967 p. 187; Untermann 1977 p. 16). Peñalba de Villastar.
- 19) *Cutanius*? CIL II 1546, Montilla, ON p. 102; rechazable: NPH 46.
- 20) *Coutius*, Vila Viçosa, Evora, NPH-c 336.
- 21) *Coutius*, CIL II 2515, Serraus, Orense, NPH-c 336.
- 22) *Coutius*, Ibahernando, (repetido dos veces), NPH-c 336.
- 23) *Coutius*, Santa Cruz de la Sierra, NPH-c 336.
- 24) *Coutius*, Mata de Alcántara, NPH-c 336.
- 25) *Coutius*, Navaconcejo, Cáceres (NA-1 242, corregido en COR 51); NPH-c 336¹⁷³.
- 26) *Cutaecus*, Idanha-a-Velha, NA-1 243.

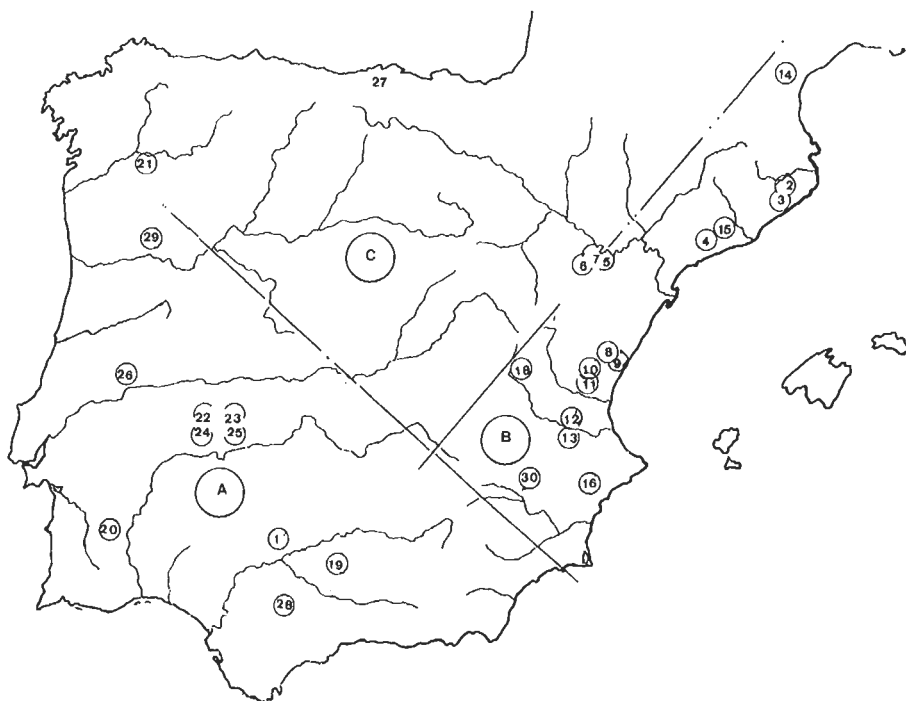
Nombres compuestos:

- 27) *Kara-coutios*, (cántabro), Dion. LVI, 43,3; ON p. 76.
- 28) *Mas-cutius*, CIL II 5410, Morón; ON p. 150.
- 29) *Tauro-cutius*, CIL II 5556, Villa Real; ON p. 222.
- 30) *Kotoš-ibe*, Camareta.

172 Albertos Firmat recoge otro *Coutius* de Idanha-a-Velha, (Egitânia 73, p. 187), que no parece incluido ni aludido en la relación de Abascal Palazón.

173 Untermann reconoce el carácter onomástico de algunos de estos elementos, pero no los ha incluido en la relación de su *Personnenamenverzeichnis*, MLH III, 1 § 7, p. 207 y s. En cambio tiene bien identificado el n° 14) de Ensérune, con mención expersa del *Cotius* recogido por Evans, p. 186 y s. vid. nota 2.

8.4.8. Mapa con la distribución de *Kotos, Cot-, Cut-*



8.5. Okuan $\text{O}\Phi\text{AN}$

8.5.1. El radical de este nombre se encuentra acreditado en caracteres latinos dentro de la Península, aunque no con profusión: *Ocarius, Ucaor, Ucaba, Uceleto*, entre otros. En relación con *Ocarius*, registrado en Carquerre y más próximo en su vocalismo al ejemplar de la Camareta, Albertos Firmat señaló el nombre de la divinidad bracarense *Ocaere*¹⁷⁴. Curiosamente la frecuencia de este radical en nombres procedentes de la epigrafía indígena llega a triplicar la cifra aportada por la epigrafía latina, con la distribución geográfica que puede observarse en el mapa adjunto, § 8.5.5. Se trata pues de un elemento relativamente disperso, pero más concentrado por su frecuencia en el sur y en levante.

8.5.2. Al igual que en los casos que preceden, la relación de nombres del cuadro que sigue contiene en primer lugar los ejemplares en los que aparecen los derivados de **ok-/uk-** de forma aislada o como primer elemento de composición, siguen los ejemplos en los que figura como segundo elemento, y finalmente el conjunto procedente de las inscripciones latinas con nombres indígenas presuntamente asimilables. Merecen destacarse los números 17), 18), 19) y 20) donde

174 Col. III, p. 288.

los elementos en **ok-** forman compuesto con **Biter-** como primer elemento. Más arriba, § 8.1. hemos visto el ejemplar *Bite* correspondiente a la inscripción Camareta 2, lo que nos permite aseverar que ambos elementos forman parte del conjunto de nombres más antiguos, más genuinos y más reiterados del sector ibérico.

8.5.3. En relación con este conjunto onomástico sólo el ejemplar de La Camareta lleva el sufijo vocálico en **-u-**. Este sufijo no es desconocido en nombres ibéricos o celtibéricos, aunque ciertamente tampoco registra un uso muy frecuente. En epígrafes meridionales encontramos un *Ekuan*¹⁷⁵, que reaparece también en caracteres latinos, *EGUAN*¹⁷⁶; y más reiterado *Akuin/Akuiś*¹⁷⁷. *Okuan*, *Ekuan* y *Akuin* son radicales distintos, pero curiosamente muestran una construcción casi idéntica en los derivados. En el área meridional se acredita este sufijo en la toponimia, como ponen de manifiesto los ejemplos siguientes:

Ategua, Plin. III 10; *Iberische L.* 101, Teba MA.

Bursauo, *Iberische L.* 101, cerca de Teba MA.

Maxilua, Plin. XXXV 171, *Iberische L.*, 151. Munigua, *Iberische L.* 160-161, al norte de Cantillana SE.

Oscua, *Iberische L.* 134, al sur de Antequera¹⁷⁸.

Segouia, *CIL* II 1166, *Iberische L.* 113, Cerca de Écija SE.

Urgauo, Plin III 10; *Iberische L.* 107, Arjona J.

8.5.4. Relación de *Oke* y derivados

a) **Ok- /Uk-** como 1º elemento

*) *Okuan*, Camareta.

1) *Oke* (B.1.335 (b), Ensérune), cerámica.

2) *Okain* (B.1.56, Ensérune), cerámica.

3) *Okator* (B.1.13 (c), Ensérune), cerámica.

4) *Oka* (Curso, nº 50), Alemtejo.

5) *Oka(e)n* (Curso, nº 50), Alemtejo.

6) *Okeon* (Curso, nº 19), Alemtejo.

7) *Oka* (*MLH*, C.1.16, Ampurias), cerámica.

8) *Okan-o[* (*MLH*, C.2.6,3, Ullastret), plomo.

9) *Uka* (*MLH*, F.11.24, Sagunto, pesa).

10) *Ukal* (*MLH*, C.1.9, Ampurias, cerámica).

11) *Ukalke-Bars* (*MLH*, F.20.1, A-I, 4, Yátova, plomo)

175 Pérez Rojas, Curso I, texto nº 87 = Gómez Moreno, *EBT* XXXIII, (*MLH*, H.3.4. con lectura alterada).

176 *Ibid.* nº 88 = *EBT* LXIV = *MLH* H.3.4.

177 *Etakuiś*, en una moneda de Obulco, vid. Curso I, nº 65 = *EBT* LII, (*MLH*, A.100, -13, con lectura alterada).

El mismo elemento se repite en las inscripciones del suroeste, nº 1, 2 y 8 = *EBT* I, II, VIII; *Bin-Etakuan* en inscripción del Llano de la Consolación, nº 58 = Fletcher 1983.

178 *Oscua*, Plinio III 10, *Escua* (*Eskoua*) en Ptolomeo 4, 11.

- 12) *Uku* (MLH, F.11.33, Sagunto, cerámica.
- 13) *Ukun ban* (MLH, E.11.1, Calaceite, revestimiento de muro.
- 14) *Ukiatenski* (o *Ukirtenski*, Val de Uxó), plomo¹⁷⁹.

b) Ok-/ Uk- como 2º elemento.

- 15) *J-Oke* (B.1.247, Ensérune), cerámica.
- 16) *Báster-Oke*, (?) (C.17.1 A, S. Iust Desvern), plomo.
- 17) *Biter-Oka[*, (C.17.1, B, S. Iust Desvern), plomo.
- 18) *Biter-Oketan*, (F.9.1, B-4, Vall de Uxó), plomo.
- 19) *Biter-Oketetine*, (F.9.5, 3, Vall de Uxó), plomo.
- 20) *Bitir-Okebetense* (MLH, F.9.5, 6, Vall de Uxó), plomo.
- 21) *BASER-OKEIUN-BAIDA* (G.1.1, Alcoy), plomo.
- 22) *BASER-OKAR* (G.1.1, Alcoy), plomo.
- 23) *Bérbei Narie Ukia[r]* (F.14.1, Sinarcas), estela.
- 24) *Koloite Karie Ukiar* (F.14.1, Sinarcas), estela.

c) Testimonios en epígrafes latinos.

- 25) *Ucaor?/ Ucalo*, Chaves, *ON* p. 243. (Según Abascal parece preferible leer *Ucalo*, *NPH* 57 y 539).
- 26) *Ucaba*, *CIL* II 2756, Segovia, *ON* p. 243; (perdida) *NPH-c* 539.
- 27) *Uccius?*, *CIL* II 5032/5306, Moraleja del Peral, *OL* 119; [D]uccius? Melena 1985 p. 495 (perdida); *NPH-c* 539.
- 28) *Uceleto*, *CIL* II 2836, Soria, *ON* p. 243
- 29) *Ocelaeci*, *IRCP* 543; hapax, *NPH-c* 442.
- 30) *Ocelia*, *CIL* II 373, (Conimbriga) Coimbra, *NPH-c* 442-443.
- 31) *Ocelia*, (Munigua) Villanueva del Río, *NPH-c* 442-443.
- 32) *Oclatia*, Yecla de Yeltes, *NA-2* 116¹⁸⁰.

d) Topónimos y étnicos

- Ocelenses*, Plin. IV 118.
Ocelo Duri, Itin. 434 y 439, (Rav. 319, Ocelodorum).
Aquis Ocerensis (Rav. 320)
Ocaere, *CIL* II 2458, S. J. do Campo, Blázquez, 1962 p. 214.

179 Fletcher 1972,1, p. 114, propone una lectura *Ukiatenski*, no aceptada por Untermann en *MLH* F.9.2. La lectura de este plomo plantea problemas específicos que no podemos abordar en este lugar; compárese *Ukiatenski* con *Narie-Ukiar*, nº 19 de este cuadro.

180 Albertos Firmat incluyó *Oculatius* y *Oculatinus* como nombres indígenas (procedentes de *CIL* II 2685, cfr. *NA-2* 116). Abascal Palazón los considera latinos. Posiblemente ambos criterios tengan parte de razón. La forma es claramente latina, parece responder a una latinización formal de un nombre indígena. *Oclatia*, nº 28 del cuadro adjunto, muestra claramente una síncope, cosa que parece indicar su relación con el mundo indígena, porque parece muy poco probable que un nombre latino recién incorporado mostrara una síncope que no es usual en los nombres latinos. Contrástese el nombre *Oclatia/Ocelatia* y *Ocelodunum*.

Ucia, Plin. III 10; *Ugia* Itin. 410; Rav. 317.

Uciense, Itin. 403.

Ucubi, Claritas Iulia, Plin. III 12.

Ugultunia, Cotributa Iulia, Plin. III 14

Ocalacom, MLI 104, (según Heiss en la actual Ecala, vid. Tovar, Estudios, p. 36).

8.5.5. Mapa con la difusión de *Oke*, *Okuan* y otros derivados



9. REFLEXIONES FINALES

9.1. Hasta aquí hemos examinado uno a uno los nombres que forman parte de este nuevo enclave epigráfico, y los hemos visto reflejados en sus respectivos mapas, en relación con otros nombres similares del ámbito peninsular. Nos interesa por último resumir algunas de las enseñanzas que nos aporta este recorrido y definir, por las características propias concurrentes, lo que Untermann denominó *Namenlandschaft* o «área antroponímica», a lo que aludimos al comienzo de esta segunda parte, § 6.3. Es ésta la primera vez que el río Camarillas nos proporciona material epigráfico. Nada sabíamos respecto a la comarca, aunque por la posición geográfica cabía intuir las características de una zona de contacto entre áreas bien definidas. A

primera vista, y en términos generales, los resultados no parecen alejarse de lo más o menos esperable, y digamos que en principio es esperable que en un área antroponímica hayan podido incidir, con mayor o menor intensidad, los elementos dominantes en las áreas del entorno, en relación con las cuales pudo haber una cierta permeabilidad. Todo esto caía dentro de lo previsible en el terreno de la hipótesis, pero ahora el hallazgo de los materiales descritos nos permite abordar el estudio sobre una base real, que resulta más gratificante y puede ser utilizada directamente en la investigación, tanto por el historiador como por el arqueólogo o el filólogo. Llegamos al punto en el que la aportación de la epigrafía adquiere su dimensión interdisciplinar.

9.1.1. Este tipo de estudios cuenta entre nosotros con una sólida tradición. La antroponimia sirvió desde el principio a los estudiosos para delimitar el área ibérica de la céltica o celtibérica¹⁸¹. Para ello tuvo singular importancia delimitar incluso ciertos pormenores, como las áreas de difusión de sufijos o desinencias característicos¹⁸². Siguiendo esas mismas pautas podremos documentar los datos que atribuyen a la zona objeto de nuestro estudio unas características peculiares, que la diferencian de las demás. Dado su carácter de zona de contacto entre lo ibérico y lo celtibérico podremos detectar algunas características poco conocidas, que nos ayudarán a conocer ese mundo complejo y remoto. Ello redundará en su día, de manera directa, sobre el conocimiento de las respectivas lenguas. Constituye por consiguiente una buena práctica para el aprendizaje, y especialmente para iniciarse en sacar el mayor rendimiento del contenido epigráfico, que como ya quedó dicho al comienzo —*vid. arriba*, § 6.— es predominantemente antroponímico. Pero todo esto lo veremos a través de dos perspectivas; en primer lugar por la simple concurrencia de elementos onomásticos, y en segundo lugar por las características morfológicas o por la presunta trayectoria fonética, que puede conducirnos incluso a indicios sistemáticos de fonología.

9.2. Las coincidencias con el sector occidental, astur y luso-galaico atañen principalmente a cuatro nombres: *Asturius*, *Cila*, *Karos* y *Kotos*. Todos ellos, como puede verse en los mapas respectivos, alcanzan distinto grado de difusión hacia las regiones norteña y central, pero es evidente que el epicentro gravita entre el Miño y el Guadiana con inclusión de la Extremadura española. El mayor grado de incidencias se concentra precisamente en la mesopotamia formada por el Tajo y el Guadiana. Hay también algunas ramificaciones hacia el área meridional, con inclusión del Algarve y Andalucía. Ahora podemos constatar que esas penetraciones incluyen al río Camarillas. Es aproximadamente la misma difusión que hemos de atribuir al empleo del sufijo con *-r* precedido de *u*, que en La Camareta lo tenemos reiterado en *Asturius* y *Marturius*. Palomar Lapesa y Albertos Firmat reconocen que no es un sufijo frecuente en las lenguas célticas, aunque aparece en la onomástica antigua y se encuentra bien representado en Hispania¹⁸³. Sin ser exhaustivos, y limitados al elenco que nos dan los autores citados, podemos reunir los siguientes ejemplos¹⁸⁴:

181 Tovar, *Estudios*, mapa 1, pp. 104-105.

182 Caro Baroja 1954 (*HE*), mapa de la fig. 5, p. 744. Tovar, *Estudios*, mapa 3, pp. 117-118; Tovar *ELH I* mapa 2 pp. 6-7.

183 Palomar Lapesa, *OL* pp. 127-128; Albertos Firmat, *ON* pp. 292-293.

184 La relación de estos nombres va seguida del lugar de origen y el número de la página en la obra de Palomar Lapesa, citada en la nota anterior.

- 1) *Aetura*, Trujillo, *OL* 25.
- 2) *Albura*, Beja, *OL* 28.
- 3) *Albura*, Almourol, *OL* 28.
- 4) *Asturi*, Milreu, *OL* 44.
- 5) *Asturus*, Brozas, *OL* 44
- 6) *Aturranus*, Coimbra, *OL* 46.
- 7) *Cabura*, Idanha-a-Velha, *OL* 52.
- 8) *Callaburi*, Trujillo, *OL* 57.
- 9) *Caturicus*, Balsa, *OL* 61.
- 10) *Caturica*, Balsa, *OL* 61.
- 11) *Caturisa*, Faro, *OL* 61.
- 12) *Caturo*, Arouca, *OL* 62.
- 13) *Caturo*, 5 veces en la provincia de Cáceres *OL* 62.
- 14) *Cosuri*, Trujillo, *OL* 68.
- 15) *Dokourios*, (interamniense y eburitano), *OL* 70.
- 16) *Emuria*, Talavera, *OL* 72.
- 17) *Leuri*, Trujillo, *OL* 77.
- 18) *Maturus*, Talavera, *ON* p. 84.
- 19) *Alburus*, Robledillo de Trujillo, *ON* p. 15.
- 20) *Alburus*, Sta. Colomba de Somoza, *ON* p. 15.
- 21) *Alburus*, Braga, *ON* p. 15.
- 22) *Asturius*, Domez, *ON* p. 38.
- 23) *Asturius*, Villalcampo, *ON* p. 38.
- 24) *Asturia*, Zamora, *ON* p. 38.
- 25) *Atturi?*, Ávila, *ON* p. 42.
- 26) *Catur...*, Santa Cruz de la Sierra, *ON* p. 81.
- 27) *Catur...*, Ibahernando, Trujillo, *ON* p. 81.
- 28) *Caturo*, Caldas de Vicella, *ON* p. 81.
- 29) *Caturis*, León, *ON* p. 81.
- 30) *Caturo*, Porto, *ON* p. 81.
- 31) *Caturo*, Caldas de Vicella, *ON* p. 81.
- 32) *Caturo*, Braga, *ON* p. 81.
- 33) *Caturo*, Citania, (dos veces) *ON* p. 81.
- 34) *Caturo*, Guidoes, Maia, *ON* p. 81.
- 35) *Caturo*, Briteiros, Citania, (dos veces) *ON* p. 81.
- 36) *Caturo*, Campo Lugar, Logrosan, *ON* p. 81.
- 37) *Caturonus*, Provincia Minho, *ON* p. 82.
- 38) *Eburianus*, Duratón, *ON* p. 111.
- 39) *Eburinus*, Utrera, *ON* p. 111.
- 40) *Latturus*, Palencia, *ON* p. 129.
- 41) *Laturus*, Lara, *ON* p. 129.
- 42) *Laturus*, Fresneña, *ON* p. 129.
- 43) *Minouros*, (hispano), *ON* p. 157.
- 44) *Tibura*, Alberite (Logroño), *ON* p. 226.
- 45) *Paesuri*, étnico.

- 46) *Arbura*, Bensafrím, NA-1 223.
- 47) (*Arbura*) o (*Cabura*), Idanha-a-Vella, NA-1 223.
- 48) *Astur*, Puente Navea (Orense), NA-1 225 (corr).
- 49) *Buturali*, Barcelona, NA-1 232.
- 50) *Caturo*, Citania, NA-1 226.
- 51) *Caturo*, Idanha-a-Vella (2 veces), NA-1 238.
- 52) *Cilura*, Idanha-a-Vella, NA-1 240.
- 53) *Ebura*, Coruña, NA-1 246.
- 54) *Eburi*, Villamesía (Trujillo), NA-1 246.
- 55) *Ebureinios*, Raso de Candeleda (Avila), NA-1 246.
- 56) **Ilrtiur* (Obulco), NA-1 248.
- 57) *Laturicus*, Tordesalas (Soria), NA-1 249.
- 58) *Ligur*, Idanha-a-Vella, NA-1 251.
- 59) *Liguria*, id. id.
- 60) *Maturovius*, Idanha-a-Vella, NA-2 112.
- 61) *Reburina*, Hinojosa de Duero, NA-2 120.
- 62) *Saeturi*, Galicia, NA-2 121.

- 63) *Albura*, Varcea do Douro, NA-3 7.
- 64) **Bodonilur*, Arjonilla, NA-3 21.
- 65) *Caturica*, Moncorvo, NA-3 26
- 66) *Caturo*, Sta. Marta de Magasca (Cáceres), NA-3 26
- 67) *Caturus*, Coria, NA-3 27.
- 68) *Ebureinus*, Berzocana, NA-4 298.
- 69) *Laturus*, Lara, NA-4 294.
- 70) *Reburina*, La Collada de Zardón, NA-4 307.
- 71) *Taporus*, lusitanus, NA-4 314
- 72) *Tapori* (tribu) Plinio, NH IV 118¹⁸⁵.

9.1.2. La mayor parte de los ejemplos recogidos por Albertos Firmat corresponden igualmente a Lusitania o su entorno. Es significativo que el étnico *Paesuri* nos remita también al bajo Duero, dato sintomático sobre el vigor del sufijo en la región. La frecuencia disminuye a medida que nos adentramos hacia Celtiberia, con ejemplos muy dispersos, y falta por completo en el bronce de Botorrita y otros documentos próximos y afines. Como síntesis podemos afirmar que se trata de un sufijo extraño al mundo celtibérico en sentido estricto. Huelga decir que *Gracurris* deriva de *Cracus*, y *Calagurris* parece ser un compuesto, no un derivado. El estudio comparado de algunos topónimos induce a pensar que también tenemos compuestos, y no derivados, en *Baeturia* y en el *mons Silurus* de Avieno, *Solorius* en el texto de Plinio (NH III, 6; en la versión de Avieno recuerda el nombre de los *silures*, en la actual Gran Bretaña). Ahora bien, la concurrencia en la Bética de *Ebora*, *Asta*, *Astapa* y *Astigi*, y un *Eburinus* de Utrera¹⁸⁶, podrían indicar una infiltración en el sur relativamente intensa y antigua, ya que los topónimos

185 Habría que incluir nuevos hallazgos, tales como Veturia, cfr. Iglesias Gil, J.M. y Sánchez Abad, J.L., «Nuevas estelas romanas de la provincia de Cáceres, AEA 50-51, Madrid 1977-78, p. 426.

186 ON p. 111 y 149.

no surgen por la simple emigración de individuos aislados. La documentación antroponímica antigua que tenemos de la Bética es proporcionalmente muy exigua, pero este déficit nos viene compensado con un conjunto de topónimos que nos muestran el mismo sufijo:

Ocuri, CIL II S 179 s. *Iberische L.* 60-61, Ubrique, CA.

Ebora, Plin. III 10, (distinta de Ipra/Ipóra).

Ipóra, Plin. III 10; *Iberische L.* 108. cerca de Andújar, J.

Sabora, Plin. III 13; *Iberische L.* 130. Cañete la Real MA.

Olaura, CIL II 1446-1448; *Iberische L.* 126. Lora de Estepa SE.

Habríamos de anteponer a este conjunto toponímico el de algunos nombres, tales como el *Itirtiur* —nº 56 de la relación anterior— y el *Wlesiur* del cuenco de Padrad, *MLH*, H.13.1. (Es muy posible que este epígrafe proceda de Almería o de su entorno, ya que el tipo de escritura y la secuencia del texto coinciden con el plomo de Gádor). Especial importancia tiene para este contexto el compuesto *Galduria-unin*, documentado en la provincia de Jaén. Frente a los ejemplos citados y otros que veremos a continuación, en los que **-ur** pueden ocultar un nominativo con pérdida de la vocal final, el derivado *Galduria* señalaría la evidencia del sufijo, ya que el mismo elemento lo tenemos documentado en *Kaltur* (vid. abajo). En el contexto ibérico se reiteran varias veces los mismos indicios. En la relación que sigue he seleccionado algunos ejemplos con **-r**, descartados los casos de **ř** en los que pudo haber rotacismo, vid. *excursus* 1, § 10 y s. En todos estos nombres se pueden contraponer variantes documentadas en textos ibéricos, y principalmente latinos, que incitan a pensar en el mismo tipo de sufijo:

1) *Tokor*, (Curso I nº 58): *Docci* gen., *Doccus*, *Docius*, *Docilo*, *ON* pp. 106-107.

2) *Nisor*, F.9.6,1: *Nisus*, *Nise*, *NPH-c* 440

3) *Ośor*, E.13.1,1: *Osi* gen. *Osus* *NPH-c* 445, *Osius*, *ON* p. 174.

4) *Balka-Kaltur*, *MLH* A.33 (moneda): *Galduria-unin* *ON* p. 118; cfr. *Caldus*, *NPH-c* 310.

y de forma similar podríamos citar:

Kokor F.9.5,3; *Baitikor-Eba* F.20.3, *Likor* E.396, *Okator*, *Bela-Gasikaur* G.1.1; menos probables, *Ibei-Sur*, *Balke-Sur*, *Śor-Laku*, *Śor-Śeko*, *Bokal-Śor*, *Ban-Śor*.

9.1.3. Fuera del entorno luso-galaico, y en la zona intermedia hacia celtiberia, encontramos el nombre cántabro *Karo-kouttios*. Se trata de un compuesto en el que aparecen dos elementos que forman un nombre en La Camareta, *Karos* y *Kotos*¹⁸⁷. En Mérida aparece también el compuesto *Coro-cuta*¹⁸⁸. Otro compuesto similar, *Mas-cutius*, está documentado en Morón y en Córdoba, concurrencia que apoya la hipótesis apuntada en el párrafo anterior¹⁸⁹. También hay un *Tauro-cutius* en Villa Real¹⁹⁰.

187 *ON*, p. 76.

188 *OL*, p. 68.

189 *ON*, p. 150.

190 *ON*, p. 222.

9.1.4. En general se pueden considerar algunas concordancias entre puntos diferentes, tales como la que sigue. Esta especie de paradigmas resultan de gran utilidad, pues permiten detectar entre puntos muy alejados algunos rasgos comunes insospechados. Nada más lejos, en el estado actual de nuestros conocimientos, que relacionar lo ibérico con lo lusitano en el sector opuesto de la Península. Pero lo cierto es que nombres tenidos allí como *hápax* reaparecen con escala en la Bética. Son sin duda restos de antiguos estratos comunes, que podrían remontarse incluso al megalitismo, sin que esta posibilidad deba causarnos espanto tras conocer la aguda teoría de Renfrew sobre la expansión de las lenguas indoeuropeas en el neolítico.

Recojo a continuación algunos paralelismos dignos de atención:

Lusitania	Andalucía	Camareta (Cartagena)	Ibérico	Celtibérico
<i>Taurocutius</i>	<i>Mas-cutius</i>	<i>Kotoś</i>	<i>Kutur</i>	<i>Cotiriquim</i>
<i>Carus</i>	<i>Garos</i>	<i>Karoś</i>	<i>Kařes</i>	<i>Caroqum</i>
<i>Ebora</i>	<i>Ebora</i>	—	—	<i>Eburenus</i>
<i>Astolpas</i>	<i>Astapa</i>	<i>Asturius</i>	<i>Asteduma</i>	
<i>Marturia</i>	<i>Marturia</i>	<i>Marturius</i>	<i>Marta</i>	
<i>Cilia</i>	<i>Cilauci</i>	<i>Cila</i>	<i>Kili</i>	
<i>Cilo-nis</i>		(<i>Gilo</i>)	<i>Kilu</i>	
<i>Cili-medus</i>		<i>Bite</i>	<i>Beteškon-Kili</i>	
<i>Ecussus</i> ¹⁹¹			<i>Ekušu</i> : F.6.1, Castellón.	
<i>Gisco</i> ¹⁹²			<i>Kisker</i> : F.13.6, Liria.	
<i>Gieni</i> ¹⁹³	<i>Kieniis</i> ¹⁹⁴		<i>Abirka-kienir</i> : F.20.1,A :	
<i>Caunus</i> ¹⁹⁵			<i>Kauniste</i> : F.20.1,A, Yátova.	

Los nombres recogidos arriba constan ya en los elencos de los §§ 7 s. y 8 s., por lo que no reitero aquí la bibliografía. Sólo los cuatro últimos nombres no están recogidos en las páginas que anteceden, ni han sido objeto de estudio con anterioridad. *Kauniste*, junto con *Anboš*, que habremos de ver más abajo, § 10.7 y 10.7.2, forman parte de un mismo nombre, por lo que podría parecer que se trata de un caso aislado, ajeno a lo estrictamente ibérico. Sin embargo hemos de admitir que el nombre forma parte del acervo ibérico desde época muy temprana, ya que responde al sistema de filiación indígena, vid. § 5.8.5 n° 36. Además ostenta el morfo **-te**, como *Betu-kine-te*, § 8.1.5, *Likine-te*, etc., cfr. *MLH* III 1 § 548.

191 Hurtado 1977.

192 Hurtado, R., 1977 n° 738; Melena, J. L., 1985, p. 494 y 520, *hápax*.

193 Hurtado, R., 1977 n° 738; Melena, J. L., 1985, p. 494 y 520, *hápax*.

194 *Ani-Kieniis*: Moneda de Abra (*EBT* LV); el primer elemento con nexos similar al latino *ANI*, vid. Curso I n° 61. Gómez Moreno no identificó los nexos, y leyó hipotéticamente *Ta-*; además confundió la «e» quebrada con el *samekh*, por lo que leyó *-kisinis* en lugar de *-Kieni-*. Tampoco Untermann identificó los nexos, que consideró como «adornos», *COL* I, 1976 p. 213 s.

195 Recogido por Melena, aunque reconoce la dificultad de su lectura y el carácter de *hápax*, 1985 p. 520. Recientemente ha sido reconfirmado por Abascal Palazón, que documenta *Caunus* dos veces, en Villamiel y Plasenzuela, ambos en la provincia de Cáceres, *NPH-c* 321.

9.2. Las concomitancias con el sector ibérico se han ido viendo a lo largo del recorrido onomástico que precede, § 7, y especialmente en el § 8 s. Sólo nos queda recopilar como dato ilustrativo la frecuencia con la que dos elementos de los constatados en La Camareta pasan a formar compuestos en el contexto ibérico:

- | | | |
|----------------------------------|---|---|
| 1) <i>Bite</i> (Camareta 2) | | <i>Biter-Oka</i> (S. Iust Desvern). |
| <i>Okuan</i> (Camareta 1) | | <i>Biter-Oketan</i> , (Vall de Uxó). |
| | = | <i>Biter-Oketetine</i> , (Vall de Uxó). |
| | | <i>Bitir-Oke-Betense</i> (Val de Uxó). |
| | | <i>Okun-Betane</i> , (Liria). |
| | | |
| 2) <i>Bite</i> (Camareta 2) | | |
| <i>CILA</i> (escrit. latina) | = | <i>Beteskon-kili</i> (Ullastret). |
| | | |
| 3) <i>Kotoś-ibe</i> (Camareta 1) | = | <i>Ybaře:Kutuř</i> (F.13.35, Liria). |

9.3. La concurrencia con el sector celtibérico se centra en la provincia de Teruel, y de forma muy concreta en la cantera de Peñalba de Villastar, donde aparecen juntos los radicales de al menos tres de los elementos onomásticos, dos de ellos formando gentilicios, *Caroqum* y *Cotiriqum*. Quizá también pueda ser gentilicio, aunque muy problemático por su forma, *Nirandum*. La relación es interesante, ya que en ambos casos se trata de inscripciones rupestres y contexto de ambiente religioso. Pero hay una diferencia importante en relación con la cronología y con las modalidades de escritura. En lo que se refiere a la cronología parece evidente que la actividad epigráfica de La Camareta comienza cuando termina la de Peñalba de Villastar. Esto se percibe por las variedades caligráficas de las inscripciones respectivas. En Peñalba la escritura ibérica es escasa, y enlaza cronológicamente con la escritura del período republicano, algo muy coherente con la contemporaneidad de ambas. En cambio en La Camareta la inscripción latina más antigua puede ser del siglo III al IV de nuestra Era. Ahora bien, la presumible diferencia cronológica no afecta al hecho material de que concurren unos mismos nombres en ambos contextos:

- | | |
|---------------------------------|---|
| <i>Karos</i> (Camareta 1) | <i>Caroqum</i> (Peñalba de Villastar). |
| <i>Kotoś</i> (Camareta 1) | <i>Cotiriqum</i> (Peñalba de Villastar). |
| <i>NYRENAE</i> (Minateda) | <i>Nirandum</i> (Peñalba de Villastar). |
| <i>-ibe</i> (Camareta 1) | <i>Obi, Obios</i> (Peñalba de Villastar). |

9.4. El celtiberismo de los nombres con -os

El celtiberismo de La Camareta es sin duda un de los datos más notables que nos aportan estas inscripciones, no por el hecho en sí del celtiberismo —más o menos esperable en una zona de contacto con la Meseta— sino por las características hasta ahora inéditas y excepcionales que concurren. En la tesis de Albertos Firmat se recogen algunos nombres de aspecto híbrido, pero cuando se trata de elementos característicos ibéricos no es fácil dilucidar si su forma, adaptada a la declinación latina, ha sufrido previamente un proceso de «celtización». Resultan mucho más claros los ejemplos relativos al proceso contrario, es decir, los nombres de claro origen

indoeuropeo, predominantemente célticos, que han sufrido un proceso de «iberización». Entre estos merecen ser destacados *Tautin*, *Teutin* y *Boudin*, indudablemente relacionados con **teut*> y **bhouth*-, vid. arriba §§ 8.3.2 y 8.4.1¹⁹⁶. Los elementos célticos iberizados pueden formar compuestos híbridos, tales como *Boutin-tibas*¹⁹⁷. La identidad de cada elemento se muestra en estos casos evidente; nombres de clara estirpe indoeuropea se han infiltrado en el mundo ibérico con sus propios portadores, y han sufrido el consiguiente proceso de adaptación a la morfología de la lengua dominante en la región. Lo que hasta ahora desconocíamos es que nombres indoeuropeos de amplia difusión, registrados concretamente en el mundo céltico, pasaran con su desinencia original —sin sufrir ningún proceso de adaptación— a formar compuestos tales como *Kotoš-ibe* y *Karos-ibe* de La Camareta. En este caso *Kotoš* (**Cotos*) y *Karos* (**Caros*) se han fosilizado con su desinencia original de temas en -o, con la particularidad de mostrarnos una chocante diferencia en el empleo de -ś y -s¹⁹⁸, fenómeno que requiere una explicación más detenida, a lo que va dedicado el *excursus* 1, § 10 y s.

9.5. Desde la perspectiva estructural la oposición de /s/ y /ś/ en los diversos contextos epigráficos nos induce a profundizar muy señaladamente en los casos de /-os/ frente a /-oś/. El análisis de esos contextos nos permite concluir que *Karos* y *Kotoš* han penetrado en el mundo hispánico con distinto contexto, o lo que es igual, en distinto tiempo. Es decir, que en la oposición entre ambos juega también la sincronía frente a la diacronía (vid. *excursus* 1). Por otro lado, desde la perspectiva geográfica, el área antroponímica de estos nombres a través de los mapas nos demuestra que el movimiento expansivo en uno y otro caso aparece contrapuesto. Aunando así los resultados del estudio, desde dos perspectivas muy diferentes, podemos concluir que *Kotoš* y *Karos* penetran con distinto contexto. El primero se expande por la periferia y no penetra en el interior; en el suroeste aparece sólo en la inscripción de Alcalá del Río. El segundo se extiende uniformemente de norte a sur y no penetra en el suroeste. Desde las dos perspectivas del estudio los hechos constatados, los datos en los que se basa el análisis, están bien a la vista, son ajenos a nosotros, y en tal sentido no parece que puedan ser muy controvertibles. En consecuencia podemos concluir que en la expansión de las lenguas célticas hay dos corrientes sucesivas, caracterizadas respectivamente por la ausencia o presencia predominante de uno de los elementos antroponímicos *Caros* y *Cotos*. En el resto de Europa el hecho ha podido pasar desapercibido, ya que el centro ha sido reiteradamente zona de tránsito, en la que no siempre quedan marcadas todas las huellas. En lugares más aislados, como las Islas Británicas, no se conocía por entonces la escritura, de forma que las peculiaridades fonéticas no quedan tampoco expresamente registradas. El caso de Hispania es bastante singular. Al ser uno de los últimos lugares receptores de estas corrientes podemos detectar que la expansión de *Karos* se detiene con la romanización sin alcanzar al extremo suroeste. En sentido contrario tampoco *Kotoš* ha logrado penetrar y unificar las mesetas. El testimonio de la escritura nos permite además distinguir el distinto tratamiento fonético de esos dos conceptos. Es muy posible que el estudio comparado en el resto de Europa permita en el futuro inmediato detectar algunos

196 ON p. 57 s. y 223-225; MLH III, l p. 221 s., § 7.49 y 120. Para *Teutin* vid. además Siles S. V. y MLH F.13.32, aunque aquí Untermann no aprovecha suficientemente la bibliografía anterior. (*Estudio*, pp. 256, 279 y 223-224).

197 ON pp. 223-225; MLH, C.21.1.

198 Villar, F. 1993: «Las silbantes en celtibérico», COL V, pp. 773-811.

matices, hasta ahora desconocidos, previa la distinción en la expansión céltica de una corriente con predominio de *Cotos* seguida de otra con cierto predominio de *Caros*.

9.6. Para concluir estas reflexiones quiero destacar un hecho hasta ahora soslayado. A lo largo de estas páginas he utilizado reiteradamente el término «iberización», frecuente en nuestra bibliografía tradicional, especialmente en la de Albertos Firmat. Hemos visto numerosos ejemplos, y todavía pueden verse muchos más en los *excursus* explicativos que siguen, en los que nombres de estirpe céltica adquieren desinencias o sufijos genuinamente ibéricos, en un proceso de adaptación a la morfología de la lengua receptora, lo que significa en cierta medida un proceso de mestizaje. Lo cierto es que el número de incidencias de este tipo resulta ser elevado, y conviene valorarlo desde dos aspectos complementarios e inseparables, como las dos caras de una moneda: Cada caso de «iberización» de un elemento céltico puede implicar a la recíproca un proceso de «celtización» de lo ibérico.

EXCURSUS I

10. Las silbantes en el Hispánico 1 y 2

10.1. La aparición de *Kotos* y *Karos*, con empleo indistinto de -ś y -s, plantea un problema que directamente nos afecta y es pertinente esclarecer, o cuando menos situarlo en vías de solución, ya que puede tener alguna transcendencia en casos similares a la hora de asentar con cierta solidez las lecturas. Es éste un problema general no resuelto, que se interfiere en el estudio de los epígrafes de La Camareta, y que conviene abordar aquí para entender en su verdadero contexto los datos que nos aporta el estudio de esta singular estación epigráfica. Anomalías semejantes aparecen también en celtibérico y —salvadas las distancias— tienen en algunos casos las mismas o muy semejantes soluciones. Recientemente F. Villar ha publicado un interesante trabajo en el que afronta el problema de las silbantes en celtibérico, con resultados a mi juicio óptimos¹⁹⁹. Tiempo atrás elaboré una tabla estadística muy semejante, aunque más burda y primaria, relativa a la oposición de s/ś en la epigrafía merional y en la levantina, que incluía también los datos relativos a la oposición de r/r̄, fenómeno exclusivo del sector ibérico²⁰⁰. Estos antecedentes me permiten valorar algunas de las sugerencias de F. Villar con cierto conocimiento de causa en un tema que, por ser demasiado específico, ha sido abordado en muy pocas ocasiones, y con un alcance mucho más limitado²⁰¹. Por ello me parece conveniente advertir que no se trata de un tema destinado a la pura elucubración de eruditos, sino de algo que puede tener aplicación práctica inmediata en la lectura de los textos, con la consecuente repercusión a la hora de valorar desde cualquier perspectiva el contenido epigráfico. En conse-

199 Villar, F., «Las silbantes en celtibérico», *Col.V*, 1993.

200 Pérez Rojas 1980. La excesiva extensión del trabajo, las premuras de última hora y los escasos resultados prácticos que brindaba ese capítulo, me determinaron a no incluirlo, aunque hice uso específico de algunos resultados en los epígrafes concretos afectados. Son básicamente los mismos principios a los que aludiré a continuación. Lo relativo a la oposición r/r̄, que requería menos extensión, quedó incluido en la tesis y reiterado en 1983, (*AEA* 56 (n° 147-148), cuadros de las pp. 273 y 274. Los epígrafes descubiertos con posterioridad tienden a corroborar en algún caso la alteración de /-r/ en /-r̄/.

201 Tovar, A., 1949 p. 26; Caro Baroja, J., 1954 p. 713; Michelena, L., 1955, pp. 271-272; Siles, J., 1972; Mariner, S., 1985.

cuencia también me parece oportuno hacer notar, para lectores menos experimentados, que las conclusiones globales de F. Villar no dependen del acierto o no al expresar en algún caso sus preferencias hacia determinada explicación morfológica o etimológica de una palabra concreta. Es natural que en un tema sujeto a discusión, como la traducción del bronce de Botorrita, cada lector pueda sentir ciertas preferencias por las opiniones de uno u otro estudioso de la materia. De esta forma el *sisonti* de Botorrita puede parecer para F. Villar y para otros varios autores un verbo y para mí, por ejemplo, podría ser algo tan distinto como el genitivo de un nombre propio²⁰², y sin embargo esta disparidad de criterios tan acentuada no afectaría para nada al valor de las conclusiones provisionales a las que llega este autor. Lo bueno de los datos estadísticos, sobre unos hechos concretos y objetivables, es que pueden tener un valor cierto al que han de someterse las interpretaciones, y no a la inversa.

10.2. Los datos estadísticos respecto a las frecuencias obtenidos por Villar en celtibérico son —con algunas salvedades, claro está— similares a los que se obtienen en las áreas de escritura ibérica o en la meridional tartésica. La diferencia más notable con lo celtibérico estriba en que ni en el levante ni en el sur existen nombres con **-os**, por consiguiente uno de los usos más frecuentes de la **-s** en celtibérico carece por completo de entidad en toda la periferia peninsular, y por extensión lo mismo se puede afirmar respecto al sur de Francia. Los contadísimos casos en los que aparece un final en **-os** son precisamente las excepciones de la norma en el área ibérica. Establecida así la principal diferencia resulta que la frecuencia de los contactos **-st-**, **-sk-** y otras combinaciones bien en posición interna, en posición inicial o en posición final, vienen a proporcionar en muchos casos resultados casi idénticos, o digamos que cuando menos simétricos, y con una proporción de excepciones o incongruencias igualmente equiparable a lo que se registra en celtibérico.

10.3. Esto no puede inducirnos a pensar *a priori* que entre las lenguas ibérica y celtibérica existan rasgos afines. Las lenguas podrán tener o no tener alguna afinidad o préstamos recíprocos, pero eso habrá de probarse por otros medios²⁰³. De los datos expuestos sólo se desprenden tres implicaciones:

1º) Los iberos aprendieron la escritura de los tartesios, y adoptaron los mismos criterios para diferenciar sordas y sonoras.

2º) Los celtíberos aprendieron la escritura de los iberos, y adoptaron también esos criterios, adaptándolos a sus necesidades. Por consiguiente las reglas de uso de **s/s** son en gran medida

202 En la *Tabula Contrebiensis* aparece un magistrado hijo de *Uxenti*, (vid. Fatás, 1980, p. 97). Creo muy probable que si este elemento hubiera aparecido antes en el bronce de Botorrita, escrito en caracteres ibéricos, se hubiera interpretado por algunos como verbo. Incluso es posible que existiera alguna bibliografía considerando la función en celtibérico de las formas verbales con *-enti/-onti*, cfr. nombres como *Duenta*, *Blendo*, *Bacontius*, *Segontius*, etc., *ON* p. 288 y 291.

203 La existencia o no de temas en **-os** marca de hecho una diferencia morfológica notable, que permite suponer diferencias lingüísticas. Sin embargo esto no permite sostener *a priori* que existe una zona indoeuropea y otra no indoeuropea. En efecto, los temas *ide.* en **-os** han podido evolucionar en el sur con pérdida de **-s** (*Aeko* = *Aekos*), y en levante se han podido equiparar el nominativo y el vocativo en **-e** (*Kasike* = *Cassicus*, *Tesile* = *Tessillus*, *Uasile* = *Vasillus*; Untermann, J., *MLH* II p. 73-74, § 2.2; Siles, J., 1981 p. 107 s. Si esto resultara cierto las afinidades por el tronco común indoeuropeo podrían ser más importantes que las supuestas diferencias que tradicionalmente se le atribuyen, al considerar la periferia peninsular surlevantina como zona netamente no indoeuropea.

universales, y aplicables a todas las escrituras hispánicas con algunas salvedades, entre ellas la ya indicada sobre la frecuencia o infrecuencia de nombres con -oś, que señala diferencias en la morfología de ambas lenguas, pero no afecta al sistema de escritura ni a los valores fonéticos de los signos, que vienen a ser —si no idénticos— por lo menos relativamente equiparables.

3º) La escritura grecoibérica del sureste adopta para los valores ś y s, respectivamente, los signos derivados de *sin* y *sade*, que precisamente en griego tienden a unificarse²⁰⁴. Posteriormente, el gramático contestano que llevó a efecto la conversión del Hispánico-1 (tartésico) en Hispánico-2 (ibérico), rechaza definitivamente el signo correspondiente al *samech*, que en tartésico representa s, y en cambio retorna al viejo sistema al valorar como ś el *sade*. Dado que en el sureste se utilizaron los tres sistemas y al menos dos parecen haber coincidido en el uso temporalmente, podemos concluir que para el escriba que utilizara al mismo tiempo el signario grecoibérico y cualquiera otro de los dos indígenas el *sade* tenía un valor cambiante: en grecoibérico representa s (sonora), en cambio para los sistemas tartésico ibérico y celtibérico representa ś (sorda). Pese a esta aparente ambigüedad los textos mantienen en todo caso una perfecta ortografía, sin que el escriba del sureste que utilizara indistintamente uno u otro sistema dudara nunca del valor contrapuesto que tiene el mismo signo en cada uno. Este hecho es una evidencia más de la clara oposición de s/ś en todo el ámbito peninsular que utiliza estas escrituras. Así pues, en algunos casos que a primera vista parecen reflejar una cierta ambigüedad en el uso de las silbantes, habremos de forzarnos por buscar otra explicación. Ambigüedades gráficas aparentes, como en el caso de **bas/baś**, **bos/boś**, representan en principio —salvo prueba en contrario— dos significantes diferentes, o por lo menos ligados a sustratos o realidades dialectales diferentes.

10.4. Los datos numéricos de F. Villar se limitan a las silbantes de los textos celtibéricos, que es el cometido que reza en su título. No hace mención de otros datos complementarios, como el número de textos analizados o la cifra total de elementos del léxico contenido en dichos textos. Nos detendremos brevemente a considerar los indicios sobre esa cuantificación, que tiene para nosotros un interés ilustrativo y complementario. El número de elementos del léxico celtibérico escritos en caracteres ibéricos —únicos válidos para estudiar el tema que nos ocupa— debe oscilar en torno a los 300 como máximo, cifra que podemos aceptar en teoría como válida, aún a sabiendas de que sólo representa un cálculo hipotético. De esta cantidad corresponde al bronce mayor de Botorrita algo más de un centenar. En relación con el ibérico la tesis de Jaime Siles alcanzó la cifra de 1.805. Es cierto que este autor contabilizó abreviaturas y signos metrológicos, que para nuestras miras no son ilustrativos, pero desde entonces hasta el presente las cifras se han multiplicado. Sólo el volumen III de los *Monumenta* de Untermann contiene más de 2.500, y añadido el volumen II sobrepasamos con creces los 3.000, sin incluir las abreviaturas de un sólo signo ni los grafitos metrológicos, y con la segmentación sin ultimar en muchos casos. Evidentemente este cálculo es tan sólo aproximativo y hecho de forma muy grosera, pero se aproxima razonablemente a la realidad, y es en todo caso suficiente para los fines que nos marcamos. Dados por válidos en tal sentido podemos calcular que la relación entre el número de elementos celtibéricos e ibéricos conocidos a través de la escritura indígena debe oscilar, aproximadamente, en razón de 1 a 10. Es decir que por cada centenar de elementos

204 Fue Michelena quien primero observó que los valores de s y ś estaban invertidos en la escritura grecoibérica, vid. 1955, cit. en nota 3.

del léxico celtibérico tenemos —como mínimo— un millar de elementos ibéricos. Pues bien, con este cálculo incierto, pero relativamente próximo a la realidad, podremos entender la enorme diferencia morfológica que separa a la lengua celtibérica de la ibérica, al menos en relación con las cifras que someto a consideración en los párrafos que siguen.

10.5. Como puede suponerse, por lo ya manifestado al comienzo, no podemos aspirar aquí a resolver en su conjunto los problemas sustanciales que puedan derivarse del estudio de las silbantes en nuestra epigrafía primitiva, sino proporcionar una explicación razonable, válida como hipótesis de trabajo para justificar la aparente anomalía de *Kotos* y *Karos* en el texto principal de La Camareta. Para coseguir este objetivo con la imprescindible brevedad selecciono a continuación los ejemplos que me parecen más ilustrativos entre los que entrañan soluciones idénticas o complementarias entre lo ibérico y lo celtibérico. Comienzo por transcribir algunas de las cifras aportadas por F. Villar, relativas a los textos celtibéricos²⁰⁵. Son las siguientes:

inicial:	final:	final -o:
s = 1	s = 34	-os = 2
ś = 33	ś = 104	-oś = 55
Totales: 34	138	57 ²⁰⁶ .

En relación con estos datos conviene especificar:

1º) La única excepción con **s-** es *sisonti*, en Botorrita.

2º) Excepciones con **-os** son:

tikeŕsebos (dativo, Luzaga).

Ařsakos (ceca sin localizar).

3º) De los 57 casos en **-oś** cuatro de ellos están repetidos dos o más veces, por lo que esta cifra la podemos reducir a 50 si no contabilizamos las reiteraciones de un mismo elemento.

10.6. Entre los testimonios recopilados por F. Villar hay por lo menos uno que a mi juicio debemos desechar. El error de su inclusión parece debido, más que al citado autor, al defecto de la fuente que le sirvió de base en la recopilación. Me refiero a la moneda de *Arsakos*. Villar la incluye como celtibérica, y en efecto su acuñación muestra por lo menos influencia de otras monedas celtibéricas, como especifica Untermann. Ahora bien, este autor aclara igualmente que en las monedas de esta ceca aparecen unos conceptos netamente ibéricos, **on**, **eta on**, que suelen alternar con **bon**, **eta bon**, **eta ban** en monedas ibéricas del noroeste. Creo que la influencia celtibérica en la tipología de la acuñación es un rasgo secundario, en cambio el carácter ibérico de **on**, **eta on** es fundamental a la hora de determinar su stirpe. A más el nombre que muestran las cecas tanto de *Arsakos* como de *Arsaos* está claramente relacionado con el de *Arse* (Sagun-

205 Villar, F., 1993 cit. nota 1; para los datos numéricos *vid.* principalmente pp. 773-776 y 786.

206 Los cálculos de la tercera columna los hago con base a los datos de Villar, F., en *op. cit.* pp. 773-774.

to), y evidencia también su stirpe ibérica. Esta corrección no perjudica en absoluto a la tesis de F. Villar, sino que más bien la favorece, porque desaparece la única excepción que encuentra en los rútilos monetales. En consecuencia podemos oponer sin excepciones en la serie monetar los finales en **-os**, como correspondientes al sector ibérico, y los finales en **-oś** como exclusivos del sector celtibérico, tal y como aparecen en el esquema siguiente:

Acuñaiones monetales:

-oś (sector celtibérico)	-os (sector ibérico)
<i>Bikanaoś</i> , A.29.	<i>Arsakos</i> , A.36.
<i>Sekisanoś</i> , A.69.	<i>Arsaos</i> , A.37.
<i>Lutiakoś</i> , A.76.	<i>Tirsos</i> , A.45.
(Hay que añadir <i>MLH</i> ,	<i>Ikalos</i> , A.95.2
A.52-59 y 62-63. En	<i>Akos</i> , A.6.02
total 13 casos).	

10.7. Doy a continuación una lista de nombres personales con **-oś/-os** procedentes del sector ibérico, que puede servir de referencia para comparar con los datos anteriores. En el primer apartado selecciono los ejemplares levantinos, o ibéricos en sentido estricto, en el segundo recojo los únicos testimonios meridionales con **-oś**. Entre la antroponimia ibérica incluyo algunas formaciones de **Bos/Boś** y de **Kus/Kuś**. Se trata de componentes onomásticos invariables y monosilábicos, que al menos *a priori* no se deben asociar con desinencias de flexión. Aparecen de forma indistinta como primero o segundo componente. En principio no representan indiferencia gráfica entre **-s** y **-ś**, sino que serían elementos diferenciados, y aún en el caso de que representarían etimológicamente lo mismo, es de suponer que procederían de contextos dialectales distintos.

1º) Antroponimia ibérica:

-oś	-os
1 <i>Anboś-iltunu</i> , F.20.1, A.	1 <i>Belenos</i> , E.1.318
2 <i>Istoś[...s?]in</i> , F.13.31.	<i>Belenos</i> , E.1.319
3 <i>Anaios-aren-wi</i> B.1.36-37.	2 <i>Bilos-Balkar</i> , E.1.372
4 <i>Noukoś</i> , B.5.1.	<i>Bilos-Bas</i> , C.4.1
5 <i>Biu-lakoś</i> , A.33.	<i>Bilos-Bim</i> , C.4.1
6 <i>Bai-boś</i> , C.2.5, 2.	<i>Bilos-Bin</i> , B.7.36
<i>Boś-kaliś's</i> , C.2.3,A.	<i>Bilos-Boneś</i> , C.4.1
<i>Boś-iltun</i> F.20.1.	<i>Bilos-Boste</i> , B,1,64
<i>Atin-boś</i> B.7.37.	<i>Bilos-Kere</i> , D.12.2
* <i>Kotoś-ibe</i> , *(Camareta).	<i>Bilos-G(e)re</i> , C.1.3
	<i>Bilos-Iunte</i> , F.17.1,A
	<i>Bilos-Tekeś</i> , F.17.4
	<i>Bilos-Tibaś</i> , B.7.34

	<i>Bilos-Tibaś,</i>	B.7.35
	<i>Bilos-Tikenar,</i>	C.11.12
	<i>Bil(o)s-Tikis,</i>	B.7.35
	<i>Baise-Bilos,</i>	C.1.5
	<i>Eten-Bilos,</i>	F.17.1,A
3	<i>Baisenios,</i>	C.0.2
4	<i>Bios-ildun,</i>	G.1.3
5	<i>Alos-Tibaś,</i>	B.35
	<i>Alos-or̄tin,</i>	B.254
	<i>Alos-Tibaś,</i>	B.274
6	<i>Bos,</i>	E.1.122.
	<i>Bos-bēriun,</i>	C.2.3).
	<i>Śali-bos,</i>	F.17.1, A.
*	<i>Karos-ibe</i>	(Camareta).

2º) Antroponimia meridional:

-oś

- 1 *Bodilkoś,* (Obulco), A.100.
- 2 *A(*b)ilkoś,* (Obulco).
- 3 *[.i?]lkoś,* (Huelva).
- * *Kotoś - ibe,* (Camareta)

-os

- * *Karos - ibe* (Camareta)

10.7.1. En la relación que precede he reiterado los nombres de La Camareta en los dos grupos de antropónimos a fin de facilitar la comparación, ya que en ellos se hacen patentes las características esperables en una zona fronteriza entre la Tartésida, las áreas ibérica y la celtibérica. Los finales con -oś, procedentes de las infiltraciones indoeuropeas más recientes, no pasan de Obulco hacia el oeste, con la única excepción del fragmento de Huelva. Pero este último constituye una excepción única en todo el suroeste. La mayor semejanza con nuestros nombres está en el sector ibérico, donde aparecen compuestos similares, como *Amboś-*, *Istoś-*. Claro es que compuestos de este tipo pudieron darse en el mismo Obulco, donde se encuentran los dos ingredientes —ibérico y céltico— pero el elemento *Ibe* es por el momento exclusivamente levantino, y al parecer arcaizante frente a *Wbar*. La variante del mismo elemento en el sur es **Obe/Ube**, en toponimia -**uba** (*Maenuba*, *Ossonoba*, etc.), que penetra en algún caso en levante con carácter excepcional, *vid.* arriba § 8.2 y s. Hechas estas aclaraciones generales pasemos a ver los datos aritméticos, que son en realidad los más ilustrativos.

10.7.2. Hemos visto arriba, § 10.5, que el número de incidencias de -oś en celtibérico alcanza en total a 50 casos. Por el contrario, en el contexto ibérico sólo encontramos seis casos, en los que cabe sospechar la presencia de temas en -o que sin duda proceden de Celtiberia. Así pues, aunque las cifras totales del léxico sean tan sólo hipotéticas y aproximadas, la relación que resulta es la siguiente:

	total léxico:	incidencias de -os̄:
Celtibérico:	300 (?)	50 = 16,66 %
Ibérico:	3000 (?)	6 = 0,20 %

Dicho de otra forma: mientras el celtibérico cuenta aproximadamente con más de 16 elementos en -os̄ por cada centenar del léxico, en ibérico aparecen sólo dos ejemplares por cada millar. Evidentemente, los nombres con -os̄ no parece que nos muestren un fenómeno propio del ibérico, y al tratarse de omomástica personal hemos de pensar que sus portadores son descendientes de individuos infiltrados de la vecina Celtiberia, con la muestra de su mestizaje claramente reflejada en los nombres. Esto es lo que vemos en los ejemplos del § 10.7. En efecto: *Istoś*, se corresponde con el nombre del príncipe celtibérico *Istolatius*, radical repetido en otros nombres europeos, como *Istatillus* de la Galia, y los hispanos *Estopeles* y *Estiteri*²⁰⁷. *Amboś-* podría relacionarse con *Ambatus* y otros compuestos de **ambi-** aunque, dada la forma poco usual en la que aparece y la frecuencia de la grafía **-nb-** por **-m-** en ibérico, podría pensarse también en la equiparación con el grupo de *Ammius*, *Ammo*, *Amma*²⁰⁸. De todos modos hay algunas evidencias de **amb-**, *Ambacia* y *Ambata* en ibérico, y al parecer con infección céltica:

Anbaikar, B.10.1 (Aubagnan, Landes)
Anbeiku, C.2.3 (Ullastret, Gerona)
Anbaita, C.2.8 (Ullastret, Gerona)

En alfabeto latino tenemos acreditada la forma con infección precisamente en Iruña: *Ambai-ci*, (CIL II 2935) gen., de *Ambaicus*, idéntico al topónimo galo *Ambacia*, actual *Amboise*²⁰⁹. Es curioso que en todos estos casos el primer elemento sea celtibérico o céltico y el segundo netamente ibérico:

* *Kotoś-ibe*, (Camareta).
 1 *Amboś-iltunu*, (Yátova).
 2 *Istoś-[Sos?]in-Wbaś*, (Liria).

10.7.3. Respecto a los demás ejemplos baste decir que *Anaios̄* fue ya equiparado por Untermann a *Annaeus*. Corresponde al nombre del propietario en un epígrafe de Ensérune, que aparece seguido de la fórmula indicativa de propiedad *aren-wi*. Se trata de una rara excepción, ya que este nombre no ha llegado a «iberizarse», posiblemente por proceder de una infiltración relativamente reciente. En efecto, en los textos ibéricos del sur de Francia aparece una notable cantidad de nombres célticos, muchos específicamente galos, aunque siempre iberizados con la desinencia **-e**, que a mi juicio representa la asimilación del nominativo y el vocativo de los temas en **-o**²¹⁰. Nada de extraño tiene que en ese contexto tan representativo, que podríamos calificar de «celtiberismo galo», convivan algunos testimonios onomásticos no totalmente iberizados, como *Anaios̄* y *Noukos̄*. Un ambiente similar, es decir un «celtiberismo de segundo

207 ON p. 116 y 126.

208 ON p. 21-23.

209 ON p. 20-21; NPH 269; Evans p. 134.

210 Untermann 1980, *MLH* II p. 48; Pérez Rojas 1980, p. 340 s.

grado», por cuantificarlo de algún modo, es el presumible en Sagunto, Donde tenemos *Biulakos* en las monedas, pero además varios nombres de estirpe céltica en inscripciones romanas y referencias de las fuentes clásicas²¹¹. Es posible que este parcial celtiberismo de Sagunto fuera una de las causas del reiterado mal entendimiento con sus vecinos ibéricos turboletas. Los componentes de *Biu-lacos* (cfr. *Biosildun* en la columna de -os, § 10.7.) aparecen con frecuencia en el léxico ibérico, pero el primer elemento parece siempre, con presumible rotacismo, en la forma *Biur*, y *Lakos* aparece siempre como *Laku(n)*.

10.7.4. Finalmente destaquemos que el tercer núcleo, con impacto evidente de los temas en -o, resulta ser *Obulco*, en cuyo entorno inmediato tenemos documentados a los *oretani qui germani*²¹². Por mera analogía, dada la frecuente oscilación en ibérico de o/u, hagamos también mención de los ejemplares con -uś, que son los siguientes:

- 1 *Wbarkuš*, F.13.8 (2 veces).
- 2 *Betuś*, E.1.101.
- 3 *Takuś*, ? C.26.1 (= *Tafś*)
- 4 *Betu(/s?)* C.1.101 ?
- 5 (cfr. *Betu*, C.1.102).

El primero es un compuesto que se repite en el mismo texto (*Wbarkuš* hijo de *Wbarkuš*). *Takuś* en realidad no existe, ya que la lectura verosímil parece ser *Tafś*, como reconoce Untermann. *Betuś* resulta seguro en el nº 2, pero es incierto en el nº 4, ya que el signo final se ha escrito aparte, como anotación independiente, lo que parece corroborarse en el nº 5, ya que ambos son de Azaila, hecho que igualmente reconoce Untermann. La razón de incluir estos datos, que no son utilizables por las dudas que plantean, es poder constatar que salvo error u omisión, he procurado recoger todos los elementos ibéricos con -oś/-uś. En definitiva, de esta última relación sólo nos interesa constatar que en los números 2 y 5 aparece indistintamente *Betuś/Betu*, ambigüedad significativa, que incita una vez más a considerar estos temas como extraños al ibérico. Coinciden, en efecto estos dos últimos nombres con *Bedo*, *Pedo*, *Peda*, etc.²¹³.

10.7.5. Para concluir este breve recorrido sobre el elenco de elementos ibéricos que ostentan -oś, podemos extraer de su contexto la siguiente síntesis sobre sus características:

1ª La cifra de estos elementos resulta insignificante respecto al caudal léxico.

2ª No son nombres reiterados, sino que aparecen como ejemplares onomásticos únicos y aislados.

3ª Reproducen nombres propios del contexto céltico, y en varios casos con etimología conocida específicamente céltica.

4ª En los compuestos onomásticos figuran como primer componente, y se incorporan de forma anómala, con la desinencia en -oś del nominativo fosilizada.

211 *Abilux*, *Biracia*, *Thamyris*, etc. vid. ON p. 3, 54 y 226.

212 Plinio, III 25.

213 ON p. 51 y 178; vid. arriba el cuadro con este nombre en los §§ 8.1 y s.

5ª Los ejemplares con **-os** se limitan al contexto onomástico personal, y no aparecen dispersos en todo el territorio, sino gravitando en torno a tres núcleos sobre los que parece evidente una infiltración céltica presumiblemente intensa: Ensérune, Sagunto y Obulco.

Estos cinco rasgos resultan ser bastante sintomáticos, y evidencian que se trata de elementos célticos o del contexto próximo al céltico, que se ha infiltrado en el contexto ibérico. Son el testimonio de una permeabilidad lógicamente esperable tras varios siglos de convivencia en territorios contiguos. Lo sorprendente es que el número de estos elementos sea tan escaso, pero hay que recordar que lo normal en muchos casos es que los nombres se adapten a la lengua receptora, es decir, que pierdan para el nominativo la desinencia **-os** y adopten la desinencia en **-e** propia del ibérico, a lo que responde la larga lista de nombres aportada por Untermann²¹⁴. En otros casos adquieren formas peculiares de sufijos, del tipo *Boudin* (**boud-**), *Teutin* (**teut-**). En definitiva los ejemplares que han sido objeto de estudio en este apartado no son más que los restos excepcionales que se fosilizaron sin sufrir la oportuna adaptación al contexto ibérico.

10.7.6. Nos queda todavía una breve alusión al grupo de nombres con **-os**, § 10.7. La cifra total de este conjunto onomástico es algo más elevada, superior al duplo de los ejemplos con **-os**. Sin embargo, en términos de porcentaje seguimos bajo cero, sólo pasaríamos del 0,20 % al 0,90 %. Téngase en cuenta que para buscar una aproximación al celtibérico deberíamos contar con 500 ejemplares, y sólo tenemos 27. Es cierto que jugamos con cifras teóricas, y que los cálculos que hacemos no son rigurosamente homogéneos, pero pese a todas estas licencias son suficientes para captar de alguna forma la desproporción que existe en este punto entre lo ibérico y lo celtibérico. Para esa finalidad, meramente ilustrativa, nos basta con esa aproximación. Si ahora intentamos separar del cálculo las reiteraciones el porcentaje desciende hasta equipararse con el caso anterior, porque —curiosamente— los finales en **-os** aparecen tan sólo en seis nombres diferentes, la misma cifra que hemos visto con finales en **-os**. Sin embargo es interesante que la frecuencia de estos elementos sea considerable y que también se reitere aquí el paralelismo con nombres similares del contexto céltico, entendiendo el término en el sentido más amplio. El carácter céltico de *Belenos* lo puso de relieve Caro Baroja²¹⁵, y posteriormente Albertos Firmat²¹⁶. En el mismo contexto caben sin dificultad *Alos* o *Bios*²¹⁷, que junto a otros elementos aparecen también aquí como fosilizados con su desinencia en **-os**, formando compuestos idénticos a los anteriormente vistos:

- | | |
|---------------------------|---|
| elementos con -s : | <i>Kotos-ibe</i>
<i>Amboš-Iltunu</i> , etc. |
| elementos con -s : | <i>Karos-ibe</i>
<i>Bios-Ildun</i>
<i>Alos-Tibaš</i>
<i>Alos-Ortin</i>
<i>Bilos-Tibaš</i>
<i>Bilos-Tikenar</i>
<i>Bos-Berion</i> , etc. |

214 *MLH* II, pp. 72-74.

215 Caro Baroja, 1954 (*HE*), p. 760; se remite al artículo «Belenus» de Him en la *Real Enzyklopädie*.

216 *ON*, pp. 51-52, reitera la misma opinión con distinta base bibliográfica, junto al ibérico *Belennes*.

217 *Vid. Alionus, Allex, Allus, ON* pp. 17-18 y *Biosildun, Biulakos, ON* p. 54.

De esta forma podemos comprobar que los ejemplares de La Camareta no constituyen un caso aislado, sino que el mismo fenómeno se detecta en dos conjuntos onomásticos del contexto ibérico. En general vemos que estos dos conjuntos de nombres proceden del ámbito celtibérico, y hemos de pensar, por analogía y coherencia sistemática, que otros elementos a primera vista no identificables, como *Bilos* y *Bos*, deben pertenecer al mismo contexto y que estarán más o menos modificados por su evolución fonética peculiar. De haber sido nombres originalmente ibéricos no llevarían esa desinencia.

10.7.7. Tras las observaciones anteriores nos es llegado el momento de concluir. Hemos visto que los nombres de estirpe céltica, o del contexto indoeuropeo próximo al celta, penetran en el ibérico con relativa profusión, pero lo hacen de tres formas diferentes, de lo que podemos extraer la siguiente clasificación:

1) Nombres que sufren adaptación (o modificación), y aparecen con desinencias típicamente ibéricas, **-e**, **-in**, **-te**, etc. Estos nombres responderían a un claro proceso de integración, lo que implica como posible —aunque no necesariamente— una penetración temprana.

2) Nombres que alteran fonéticamente la desinencia celtibérica **-os**, inexistente en ibérico y la sonorizan en **-os**. Estos nombres implican un grado menor de fusión, y en consecuencia presuponen —aunque no necesariamente tampoco— una infiltración más reciente que la del caso anterior. Los ejemplares con **-os** no pasan de seis, pero algunos, como *Bilos*, se reiteran con profusión a lo largo de la geografía, hecho que señala un estado intermedio entre los casos recogidos en el apartado anterior y los que veremos en el siguiente.

3) Nombres que permanecen fosilizados con la desinencia en **-os** propia de la declinación celtibérica, pese a no tener correspondencia asimilable en ibérico. La cifra de estos nombres se limita también a seis, pero son casos únicos, y no aparecen reiterados como en el caso anterior. Este reducido grupo antroponímico marcaría la penetración más reciente, lo cual parece muy acorde con la datación tardía de La Camareta.

Pese a lo razonable de estas conclusiones, el aspecto cronológico es relativamente elástico. Un nombre que penetra aislada y tempranamente puede quedar fosilizado a la hora de formar compuestos para los descendientes inmediatos, por el contrario un nombre de penetración tardía puede sufrir *ipso facto* el proceso de adaptación en la lengua viva. Ahora bien, sin perder de vista esta doble posibilidad, la cuantificación decreciente de los elementos aludidos en estos tres apartados hace muy verosímil la relación cronológica en los dos primeros casos. En cambio en el tercero resulta más problemático, y en efecto sus ejemplares pertenecen indistintamente a textos antiguos, como los plomos levantinos o la cerámica de Ensérune. En conclusión respecto al tema de nuestro estudio, y de acuerdo con los datos disponibles, podemos afirmar que *Kotos* y *Karos* han llegado a La Camareta por conductos distintos, y probablemente también en distinto tiempo. Al fin y al cabo no se trata de elementos propios del ibérico, sino recibidos en la convivencia con el entorno.

10.8. De lo analizado en los párrafos precedentes se desprende la implicación probable de una regla simétrica respecto al celtibérico. Si los rasgos excepcionales del ibérico en cuanto a finales en **-os/-os** —ajenos a su sistema morfológico— son un reflejo de la permeabilidad de su frontera, en contacto con los celtíberos, hemos de esperar —a la recíproca— que al menos algunas de las excepciones o incongruencias detectadas por F. Villar en los textos celtibéricos

respondan a la permanencia *in situ*, o penetración tardía de algunos elementos ibéricos, onomásticos o no. Esto choca bastante directamente con la opinión más generalizada, que trata de considerar al celtibérico como una lengua predominantemente céltica, y al ibérico o al tartésico como lenguas preindoeuropeas. No es este el lugar ni la ocasión para tal debate, pero desde el punto de vista de las frecuencias en el uso de las silbantes esa posibilidad no puede descartarse *a priori*, y esto ya es una clara conquista ante la radicalidad de las posiciones de algunos estudiosos.

10.8.1. Más que entrar en grandes polémicas parece preferible aludir a posibles soluciones específicas de algunos problemas planteados por F. Villar. En relación con el dativo *Tikeřebos* podrían haber dos explicaciones. La primera es que correspondiera a un lugar fronterizo o «celtibérico» en el sentido literal del término, que alude a una verdadera fusión de dos elementos étnicos. En este caso me parece extraño que el escriba, que redacta presuntamente en su lengua, cometa una alteración de este tipo por aproximarse a la fonética de los que intervienen en el pacto. Una solución más verosímil me parece pensar en el sintagma. Se acepte o no la explicación etimológica de Tovar respecto a *ueisui*, parece claro que este autor acertó al aproximarse al menos al sentido²¹⁸. *Tikeřebos so ueisui* es evidentemente un sintagma, y dado que a la -s del primer término le sigue también s- en el segundo, el resultado es -s-s = /ś/. No se trata de la simple posición contigua, sino de que formen sintagma.

10.8.2. Otra cuestión que plantea F. Villar con gran acierto es suponer que algunas anomalías en contactos con oclusivas pueden obedecer a procesos de sonorización. En los silabarios hispánicos es imposible comprobar tal hipótesis, pero queda corroborada a través de los alfabetos, en los que observamos sistemáticamente /s/ ante sonoras y /ś/ ante sordas:

a) **En Hispánico-3** (cilbicensis o libiofenice, vid. § 3.6.4).

- sd -	- śk -
Asesd (Asido)	Laśkut (Lascuta).
	Uerśk(i?) (Vesci).

b) **En Hispánico-4** (alfabeto grecoibérico).

-sg-/sd-/sb- :	-śk-/śt-
<i>Isgenus</i> , G.13.1, Mula	<i>Baśk</i> , G.1.1, Alcoy.
<i>Basderik</i> , id.	<i>Buiśtiner</i> , id.
<i>nedesbe-</i> , id.	<i>Boiśtingiśdid</i> , id.
<i>Basbidir</i> , G.1.1, Alcoy	
<i>Isbin</i> , id.	
<i>Asgandis</i> id.	
<i>Tagisgařok</i> , id.	

218 Tovar: *Estudios*, p. 38, 124, 177 y 180-181.

Bilsgere, G.1.3, Alcoy

excepciones:

Sakařiskeř, G.1.1, Alcoy

iunstir, id.

Seřgerřdiran 4 id.

La excepción de *isker* no es significativa si se acepta mi propuesta etimológica sobre **sker-*.

10.8.3. Los compuestos del tipo *Karos-ibe* y *Kotoř-ibe*, con el primer elemento fosilizado en *-os*, es posible que rotatizaran en ibérico. Para sostener esta hipótesis hay algunos indicios, aunque distan mucho de ser probatorios. Lo problemático es que respecto a las silbantes contamos con la oposición /s/ y /ř/ y para los resultados del presunto rotacismo tendríamos paralelamente la oposición de /r/ y /ř/. Es de suponer que, de haber existido, el rotacismo se produciría de forma regular, con /s/ o con /ř/ y en cualquier caso el resultado sería /r/ o /ř/, pero no indistintamente lo uno o lo otro. Más arriba hemos visto algunos ejemplos que incitan a ver la presencia del sufijo con *-ur*, que generalmente es /-urř/, no /ur/. De ser cierta la hipótesis del sufijo nos quedaría para el rotacismo la solución *-s > -ř*. Los ejemplos que cito a continuación ostentan variantes con *-s* y *-ř* indistintamente, lo que podría ser indicio de formas fosilizadas que conviven.

1) *Alos-* (por *Allo-*) → *Aloř-*:

Alos-tibař B.1.35

Aloř-ildun D.10.1

Aloř-tikiř E.2.1, etc.

(cfr. *Allus*, *Aliomus*,

Allucius, *Alorcus* ON 17-19).

2) **Aus(o)s?* (*Aus-*) → *Auř-* :

Aus-keikař, C.2.8,6

Auř-unin, C.10.1

Auř-bim, C.4.1, etc.

(cfr. *Auscus*, *Ausua*,

Austinco, *Ausesis*, ON, 45-46).

3) *Bios-* (por *Biu-*) → *Biuř-*:

Bios-ildun, G.1.3.

Biuř-Boneř C..2.3

Biuř-betin, C.2.17, etc.

(cfr. *Biulacos*, *Biuřtetel*,

Biurno, ON 54-55).

EXCURSUS II

20. La conexión de sustratos: ibero-tartésio y lusitano

20.1. *Kotoř* y *Karos* planteaban dos problemas fonéticos, que indudablemente tendrán repercusión cuando llegue la hora de interpretar el sistema fonológico de la primitiva lengua tartésica. El problema de las silbantes, sin perjuicio de ulteriores precisiones, queda de momento

resuelto o al menos —como ya se dijo— situado en vías de solución. El segundo problema, igualmente fonético, y con presumibles repercusiones también en los futuros estudios sobre la fonología, afecta en realidad al segundo componente, al elemento *-Ibe*. El tema de las silbantes nos ha permitido conectar ampliamente con otros sectores epigráficos, especialmente con el celtibérico, hoy el mejor conocido. El tema que ahora abordaremos —la lenición de la labial nasal— afecta también a todo el ámbito peninsular, aunque donde se hace especialmente significativo por su frecuencia es en la periferia. No obstante, en compensación con el *excursus* anterior, lo abordaremos preferentemente desde la perspectiva opuesta o simétrica con la celtibérica, desde el ángulo de la conexión con Lusitania, sobre lo cual hemos visto bastantes concomitancias al glosar el contenido epigráfico de La Camareta. Es este un mundo afortunadamente estudiado en profundidad por los arqueólogos en relación con la epigrafía²¹⁹, pero que requiere la intervención interdisciplinaria para abrir nuevas vías a la investigación.

20.1.1. Si quisiéramos representar la Tartésida de acuerdo con la teoría de los sistemas la reduciríamos a un rectángulo, con diversos canales de comunicación en todos los puntos cardinales. Desde la perspectiva de los enlaces terrestres podríamos destacar cuatro perfectamente simétricos: al este y al oeste, al noreste y al noroeste. Las antiguas vías romanas y los caminos descritos en otras fuentes históricas vendrían a confirmar esa simetría. En efecto, por el extremo oriental la costa abre por completo al contacto con el mundo ibérico, se trata de la Vía Hercúlea²²⁰. Luego, a medida que ascendemos por la cuenca del Segura y llegamos al alto Júcar hasta internarnos en La Mancha, se abre progresivamente el contacto con la Celtiberia. Aquí nos encontramos con la vía de enlace entre *Carthago Nova* con *Toletum*, *Complutum* y *Caesaragusta*, no recogida en los Itinerarios clásicos, pero atestiguada por los miliarios²²¹. Si atendemos al confín occidental la realidad no es muy diferente. El tramo costero pone en comunicación a la Tartésida con la Lusitania meridional, y aquí las referencias de comunicación se remontan a las fuentes de Avieno. Luego hacia el interior, por la Baeturia extremeña, se establece el nexo con el lusitano del norte, en contacto a su vez con el mundo galaico y astur. Los caminos aquí gozan también de viejas resonancias. Avieno dice que desde el estuario del Tajo hasta Tartessos el camino es de cinco días, y de siete días si se pretende llegar hasta la costa de Málaga²²². La prolongación de estos caminos más al noroeste, hacia la ruta del estaño, ha recibido de la tradición el nombre de «Vía de la Plata»²²³. La frontera norte del reino de Tartessos estaba surcada además por una vía transversal que unía los dos extremos, desde la *Baeturia* hasta las fuentes del *Anas*, con enlaces como los recogidos en los vasos apolinales y los mencionados por Estabón, que bordeaban por el norte el Campo Espartario y comunicaban con los establecimientos coloniales levantinos²²⁴.

20.1.2. Sobre esta región, más alejada y desconocida en tiempos remotos, las fuentes han

219 Almagro Gorbea, M. 1976 y 1977. Beltrán Lloris, M. 1973.

220 Roldán Hervás, *Itineraria*.

221 Sillières, 1982.

222 Avieno, 180 y 5.

223 Roldán Hervás, «*La vía de la Plata*», Salamanca 1971.

224 Domínguez Monedero (1988, p. 327 s.), ha marcado con base en datos arqueológicos los puntos clave de esta ruta transversal. Desarrolla de esta forma una hipótesis avanzada por J. Maluquer de Motes en su ponencia sobre «Comercio continental focense en la Extremadura Central».

dejado sin embargo algunas noticias sobre movimientos de pueblos, por cierto mucho más ricas y abigarradas que las relativas al sureste en aquellos remotos siglos. Por Avieno sabemos, aunque sea de forma un tanto vaporosa, de luchas y desplazamientos. Posteriormente Estrabón nos refiere la leyenda de los *Lethes*. Según la vieja versión se trataría de viejos emigrantes desde Turdetania hasta las fuentes del Mondego que se desparramaron por el espacio comprendido entre el Duero y el Tajo. Plinio los llama *turduli veteres*, pero este autor nos deja también referencias de una penetración de los *celtici* en territorio turdetano, que según sus propias palabras proceden de los *celtiberi*, mientras que al interior de la zona oriental nos sitúa a los *oretani qui germani*²²⁵, y en lugares distintos de los acotados por esos movimientos nos aparecen ciudades como *Ebora*, *Ugultunia* o *Arialdunum* con nombres de la misma estirpe. Por consiguiente, en un momento dado, el marco de la Tartésida es un verdadero mosaico de pueblos indoeuropeos, más o menos fusionados, a cuyos testimonios epigráficos no podemos aproximarnos con un mínimo de rigor interpretativo si no estamos predispuestos a distinguir los posibles reflejos, por lo menos en la onomástica personal, de una realidad social en principio compleja. Desde luego no se entiende bien en qué principios se basan los que afirman *a priori* el carácter preindoeuropeo de la Turdetania, hasta el punto de pensar que incluso los nombres de los reyes de Tartessos *Norax* o *Argantonios*, deben ser nombres imaginarios creados por los griegos, o que las referencias de Hecateo a la estirpe céltica de *Malaca* y otros puntos meridionales sean debidos a deficiente información. Lo que en realidad se ha venido haciendo con esta actitud no puede confundirse con el uso de las fuentes, sino más bien con el desprecio olímpico de las mismas. De esta forma el posible paralelismo entre el *mons Silurus* de Avieno y los *silures* de las Islas Británicas resulta estar casi inédito al finalizar el siglo XX. Con tal estado de cosas —en mi opinión lamentable— parece imprescindible y urgente que epigrafistas, historiadores y arqueólogos vuelvan a reinterpretar las fuentes, al menos manejando la duda científica de si estará o no estará indoeuropeizada la Tartésida. Cualquier cosa menos adoptar por inercia un prejuicio cuyo fundamento no consta que lo haya consolidado nadie.

20.2. A fin de romper el hielo en esta materia intentaré relacionar con el sustrato iberotartésico algo aparentemente tan disparatado como el nombre de *Bandua*, divinidad protectora identificada con *Tutela*, y documentada en el sector luso galaico abundantemente, como muestra la siguiente relación que tomo de J.M. Blázquez²²⁶:

- 1) *Bandua Erubrico*, Villaza (Verín), Orense.
- 2) *Bandua Lansbrigae*, San Amaro, Orense,
- 3) *Bandu Nirubrico*, Retorta-Laza, Orense.
- 4) *Bandue Veigereaego*, Raíriz de Veiga, Orense
- 5) *Badue Aetobrigo*, CIL II 2515, Sarreaus, Orense.
- 6) *Bandue Calaiico*, Verín, Orense.
- 7) *Banduso Olecco(?)*, Palas del Rey, Lugo.
- 8) *Tutela[e] Bolgensis*, Cacabelos, León.

225 Un ilustre maestro de la lingüística, desgraciadamente desaparecido, me objetaba que el nombre de *germani* no es germánico, sino romano. Pero en realidad mi afirmación se basaba en el reconocimiento de esa circunstancia. El término *germani* es latino, precisamente por eso los romanos sabían muy bien a quienes lo podían aplicar y a quienes no.

226 Blázquez 1961-62 pp. 55-57 y 60-62.

*

- 9) *Tutelae Tiriensi*, Torre de Pinhao, Sabrosa, Tras os Montes.
- 10) *Bandua*, Cova da Lua, Bragança.
- 11) *Bande Raeico*, Santa Marinha de Ribeira de Pena, Vila Real.
- 12) *Bandi Olienaico*, Penalva do Castelo, Beira Aalta.
- 13) *Bandi Tatibeaicui*, Fornos de Algodres, Beira Alta.
- 14) *Bande Velugotoiraecus*, Feira.
- 15) *Bandoga*, Castelo do Mau-Vicinho.
- 16) *Bandei Brialeacui*, Covilha, Beira Baixa.
- 17) *Bandi Vortaeaeceo*, Fundao, Beira Baixa.
- 18) *Bandi Arbariaico*, CIL II 454, Fundao, Beira Baixa.

*

- 19) *Ban[di-...]*, Malpartida, Cáceres.
- 20) *Band(i) Araugel(ensi)*, provincia de Cáceres.
- 21) *Bandiae Apolosego*, CIL II 740, Brozas, Cáceres.
- 22) *Ban[di] Vorp[.]icio*, CIL II, 855, Malpartida, Cáceres.
- 23) *Bandue Ituiciensis*, Sonseca, Toledo.

Asimiladas a *Tutela* y *Bandua* se encuentra también *Mandica* y *Mandiaeus*.

En la región ibérica tenemos nombres similares:

- 1) *Banta-Kikia*, F.9.7, A, Orleyl (Val d'Uxó), CS.
- 2) *Bante*, F.13.9, Liria, V.
- 3) *Bante*, F.13.20, (= [..]ibarai-Bante), Liria, V.
- 4) *Bante*, F.13.26, Liria, V.
- 5) *Banti-bate[*, F.13.26, Liria, V.
- 6) *Bante*, F.17.1,A,(=[..]n-kanto-bante), Los Villares, Caudete de las Fuentes, V.
- 7) *Bantakon*, F.17.2, A, Los Villares, Caudete de las Fuentes, V.

20.3. En un trabajo anterior presté cierta atención a un fenómeno fonético presuntamente ligado a la lengua tartésica. Me inspiraba en la fonética histórica vasca de L. Michelena. Según este autor no existen en el antiguo vascuence vestigios de *ypsilon*. Las oscilaciones de **i/u** se explican en contacto con labial, y cuando la labial no existe es porque ha caído. Mi conclusión fue pensar que la misma regla fonética sería aplicable al ibérico, ya que *vasc. iriluri* «villa, ciudad», son presumiblemente préstamos ibéricos al vascuence, y no a la inversa, pues en la toponimia antigua tenemos documentada la forma *Iliberri*, y es normal en vascuence el paso **l>r** en los préstamos de época latina. En cualquier caso para **iri/uri**, antiguo **ili/uli** hay que postular la restitución de la labial, ***(p)ili/*(p)uli**, lo que nos lleva al indoeuropeo ***pel-**, de donde el priego *pólis*, lituano *pilís*, indio *pur* «ciudad». L. Michelena, que conoció estos datos, los consideró viables como hipótesis de trabajo, pero supeditados a la detección de otros casos complementarios que permitieran vislumbrar indicios de un sistema, ya que un sólo caso aislado no resulta probatorio.

20.4. En la medida en que la regla anterior fuera cierta no podrían darse en ibérico formas con **bel-**, ya que en tal caso la labial inicial habría caído y la vocal hubiera sufrido cierre como

en los casos anteriores. Por consiguiente el elemento **beles**, tan frecuente en ibérico, habría que explicarlo como labialización de nasal labial, **m** > **b**. Tovar había interpretado el compuesto *Indibilis* como forma híbrida, con el primer elemento indoeuropeo y el segundo ibérico, equiparable al vascuence *beltz* «negro». En consecuencia estos nombres, como el de la divinidad *Endovellicus*, significarían «muy negro», dato que concuerda con el carácter infernal de esta deidad²²⁷. Mi interpretación no alteraba esta traducción, sino que más bien la corroboraba, aunque con una explicación diferente en el proceso. *Indibilis* no sería un nombre híbrido con el elemento vasco *beltz*, presuntamente no indoeuropeo. Por el contrario, **beles** —que ocasionalmente aparece también en antroponimia sin lenición, como en *Ordu-meles* y *Adi-mels*— sería un término indoeuropeo, como sus parientes el galo *melinus*, cimbérico. *melyn*, bretón. *melen*, letón *mels* y griego *melas* «negro». *Indibilis* o *Endobeles* «muy negro», sería un compuesto netamente indoeuropeo, con la lenición propia del primitivo sustrato iberotartésico. El vascuence *beltz* sería también un préstamo ibérico, como en el caso de **ili/iri** «ciudad». De esta forma traté de reconstruir algunos datos de la lengua tartésica, y ahora —para afianzarla un poco más— podríamos incorporar *Bandua*.

20.5. El santuario de *Endovellicus* se encontraba junto a Evora, en la zona donde penetra la escritura tartésica. El mismo tipo de estelas y el mismo contexto lingüístico lo encontramos en Andalucía y Extremadura. Algo similar encontramos en algunos nombres personales en torno a rutas terrestres, entre ellas la marcada por la Vía de la Plata, cuyos ramales nos llevan a la tierra del estaño en la costa gallega. Esta presumible ruta terrestre del estaño, entre Galicia y la Baeturia extremeña, es precisamente la que ocupan los testimonios epigráficos de la diosa *Bandua*, identificada con Tutela, y en el centro mismo de la dispersión de *Bandua* encontramos a los *turduli veteres*. Difícil sería contestar a las preguntas de quiénes eran en realidad y cuándo llegaron realmente estos viejos túrdulos. Pero podemos suponer que todo ello forma parte de un contexto, de un viejo sustrato más o menos deshecho por infiltraciones y luchas sucesivas. Los que dejan ese rastro de testimonios-hápx como *Gieni*, *Gisco*, *Caunis*, ya vistos arriba, § 9.4.1, y tal vez en *Cila*, o *Nyrenae*. Podemos hacer la prueba. Para el elemento *beles* hemos visto que funciona. Tratemos de ver si también *Bandua* se explica por la misma regla del viejo sustrato. En tal caso robusteceríamos sensiblemente los vestigios del sistema de la primitiva lengua de Tartessos. Aquí tenemos un indicio tan favorable como en **Beles/Meles**, ya que a Tutela *Bandua/Bandogal/Bandi* se asimilan también en dos casos *Mandica*.

Las formas alternativas *BandilMandi* nos incitan a explicar este nombre por la lenición de **m** > **b**, como en *Beles*. Todo consiste en comprobar si el sentido del nombre, reconstruido fonéticamente, puede explicar el nombre de una divinidad «protectora» como es Tutela. No tenemos que hacer un gran esfuerzo, ya que *Mando-* se encuentra en la antroponimia hispana, (*Mandonio*). Formas presuntamente labializadas las tenemos también en la epigrafía ibérica (*Bante*), y los nombres formados con *Mandu-* son especialmente abundantes en el contexto galo. Nos basta con recurrir a Evans, que en última instancia se remonta a d'Arbois de Juvainville, Walde y Pokorny, y nos transmite su significado sobre el adjetivo precéltico *mndhu-s*, en galo *mandú-s*, «qui se preocupe de», sentido que se corresponde plenamente con la noción de una divinidad «protectora» que es Tutela²²⁸.

227 Tovar, *Estudios*, p. 163 y s.

228 Evans, pp. 222-223.

ABREVIATURAS

- AEA:** *Archivo Español de Arqueología*, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Madrid.
- APL:** *Archivo de Prehistoria Levantina*, Valencia.
- BRAE:** *Boletín de la Real Academia Española*, Madrid.
- BRAH:** *Boletín de la Real Academia de la Historia*, Madrid.
- CIL:** Hübner, E., *Corpus Inscriptionum Latinarum*.
- CNA:** *Congreso Nacional de Arqueología*.
- COL:** *Actas del Coloquio sobre Lenguas y Culturas Prerromanas de la Península Ibérica:*
I Salamanca, 1976
II (Tübingen, 1976), Salamanca, 1979.
III (Lisboa, 1980), Salamanca, 1985.
IV Vitoria, 1986.
V (Colonia, 1989), Salamanca 1992.
- CSIC:** *Cosejo Superior de Investigaciones Científicas*, Madrid.
- CVH:** *Corpus Vasorum Hispanorum. Cerámica del Cerro de S. Miguel de Liria*, Madrid 1954, por I. Ballester Tormo, D. Fletcher Vals y otros.
- Curso:** Pérez Rojas, Curso de iniciación a la epigrafía paleohispánica (en prensa).
- EAH:** Unterman 1965, *Elementos de un atlas antroponímico de la antigua Hispania*, Madrid.
- EBT:** Gómez Moreno 1962, *La Escritura Bástulo-Turdetana*, Madrid.
- EE:** *Ephemeris Epigraphica*, Berlín.
- ELH:** *Enciclopedia Lingüística Hispánica*, C.S.I.C. Tomo I, Madrid, 1960.
- Estudio:** Pérez Rojas 1980.
- Estudios:** Tovar 1949.
- HE:** *Historia de España* dirigida por Ramón Menéndez Pidal, Tomo I vol. 3, (2ª ed.) Madrid, 1963.
- Iberische L:** Tovar 1974.
- MAN:** Museo Arqueológico Nacional.
- Misceláneas:** Gómez Moreno M., *Misceláneas*, Madrid 1949.
- MLH:** Untermann, J., *Monumenta Linguarum Hispanicarum*.
- MAML:** Museo Arqueológico Municipal de Lorca.
- NA:** Albertos Firmat, *Nuevos Antropónimos*, 1964-1972.
- NPH:** Abascal Palazón, *Los nombres personales en las inscripciones latinas de Hispania*, Murcia 1994.
- OAP:** *O Archeologo Português*, Lisboa.
- OL:** Palomar Lapesa, 1957
- ON:** Albertos Firmat, 1966
- RABM:** *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*, Madrid.
- RArq:** *Revista de Arqueología*. Madrid.
- Siles:** Siles, J., 1985.
- SIP:** Servicio de Investigación Prehistórica. Serie de Trabajos Varios, Valencia.

BIBLIOGRAFÍA

- Albertos Firmat, M.L., ¿Indoeuropeos o Iberos en Baleares?, *Emerita*, XXVI, 1958, 235-240.
- «La antroponimia Hispánica y 'la composición en los nombres personales galos' de K.H. Schmidt», *Emerita* XXVII, 1965, 285-308.
- *La Onomástica Personal Primitiva de Hispania Tarraconense y Bética*, Salamanca, 196.
- «Nuevos Antropónimos Hispánicos»:
- 1 (1ª Serie) *Emerita* XXXII, 1964, 209-252.
 - 2 (continuación) *Emerita* XXXIII, 1965, 109-143.
 - 3 (2ª Serie) *Emerita* XL.1, 1972, 1-29.
 - 4 (continuación) *Emerita* XL.2, 1972, 287-318.
- «Organizaciones suprafamiliares en la Hispania antigua», *Studia Archeológica* 37, Valladolid, 1975, 5-66.
- «Correcciones a los trabajos de sobre onomástica personal indígena de M. Palomar Lapesa y Mª Lourdes Albertos Firmat», *Emerita* XLV, 1977, 33-54.
- Almagro Gorbea, M., 1976, «La epigrafía orientalizante en Extremadura», *Homenaje a García y Bellido I*, Madrid, 1976, 45-59.
- *El bronce final y el período orientalizante en Extremadura*, Madrid, 1977.
- Alvar, J., «El comercio de estaño atlántico durante el período orientalizante», *MHA* 5, 1980, 47 ss.
- Arias Benet, G., «Notas sobre la calzada romana de Cartagena a Madrid», *El Miliario Extravagante* n° 9, París, 1965, 222 ss.
- Beltrán Martínez, A., *Curso de Numismática, I Numismática Antigua, Clásica y de España*, Cartagena, 1950.
- «La inscripción de Binéfar en el museo de Huesca», *II CNA* (Mérida) Zaragoza 1970, 518 ss.
- Beltrán Lloris, M., «El signo Ibérico T», *XII CNA*, 1973, 455-462, Zaragoza.
- «Nuevos elementos para el conocimiento de las escrituras antiguas del SW peninsular: la estela de Siruela (Badajoz)», *Caesaraugusta*, 37-38, 1973-74, 125-139.
- Beltrán Martínez, A., «Sobre las Acuñaciones de Láscuta», *Numisma* IV, N° 10, 1954, 9-20.
- «El alfabeto monetar llamado «Libio-fenice», *Numisma* IV, N° 13, 1954, 49-63.
- Beltrán Villagrasa, P., «El Plomo escrito de La Bastida (Mogente)», *SIP, Serie de Trabajos Varios* n° 23. Valencia, 1962.
- «El plomo escrito de la Bastida de les Alcuses (Mogente), (addenda et corrigenda), *SIP, Serie de Trabajos Varios* N° 23. Valencia, 1962.
- Bernier, J. y Fortea, F. J., «Nuevo grafito ibérico de Córdoba», *Zephrus* 19-20, 1968-69, 165 ss.
- Blázquez Martínez, J.M., *Religiones Primitivas de Hispania. I Fuentes literarias y epigráficas*, (CSIC Roma), Madrid, 1962.
- Blázquez Martínez, J.M., Luzón, J.M. y otros, *Huelva Arqueológica. Las cerámicas del Cabezo de San Pedro*, Huelva, 1970.
- Campmajo, P. y Untermann, J., «Les influences ibériques dans La Haute Montagne Catalane: le cas de la Cerdagne», *COL* V, 1993, 499 ss.
- Caro Baroja, J. 1946.1: «Sobre la historia del desciframiento de las escrituras hispánicas», *Actas y Memorias de la Sociedad Española de Antropología, Etnografía y Prehistoria. Homenaje a J. Martínez Santaolalla*, I, Madrid, 1946, 151-171.
- «Sobre el vocabulario de las inscripciones ibéricas», *BRAE* XXV, 1946, 173-219.

- «La Geografía Lingüística de la España Antigua a la luz de la lectura de las inscripciones monetales», *BRAE* XXVI, 1947, 197-243.
- «La escritura en la España Prerromana (Epigrafía y Numismática)», *HE*, I, 3°. Madrid, 1954.
- «Sobre la lengua vasca y el vascoiberismo», *Estudios vascos* IX, colección de Ed. Txertoa, San Sebastián, 1979, 121-217.
- Correa, J.A., «Consideraciones sobre las inscripciones tartesias», *COL* III, Lisboa, 1985, 377 ss.
- «El signario de Espanca (Castro Verde) y la escritura tartesia», *COL* V, 1992, 521 ss.
- Domínguez Monedero, A.J., «Algunas observaciones en torno al comercio continental griego en la meseta meridional», *I Congreso de Historia de Castilla-La Mancha*, tomo III, Toledo, 1988, 327 ss.
- d'Encarnaçao, J., *Inscrições romanas do Conventus Pacensis*, Coimbra, 1984.
- Evans, E., *Gaulish Personal Names*, Oxford, 1967.
- Fatás, G., *Tabula Contrebiensis (Contrebia Belsa II)*, Zaragoza, 1980.
- Figuró, F., «El plomb amb epigrafía ibèrica del poblat de Castell (Palamós)», *Cypsela* IV, 1982, 123-131.
- Fletcher Valls, D., *Textos Ibéricos del Museo de Prehistoria de Valencia*, SIP, Serie de Trabajos Varios N° 81, Valencia, 1985.
- «Nuevas Inscripciones Ibéricas de la región Valenciana», *APL* XIII, 1972, 103-126.
- «Cinco inscripciones ibéricas de Los Villares (Caudete de las Fuentes, Valencia)», *APL*, XV, 1978.
- *Los plomos ibéricos de Yátova (Valencia)*, SIP, Serie de Trabajos Varios N° 66, Valencia, 1980.
- *Materiales de la Necrópolis Ibérica de Orleyl (Val d'Uxó, Castellón)*, SIP Serie de Trabajos Varios N° 70. Valencia, 1981.
- *El Plomo Ibérico de Mogente*, Serie de trabajos varios N° 79, SIP, Valencia, 1982.
- *Textos Ibéricos del Museo de Prehistoria de Valencia*, SIP, Serie de Trabajos Varios N° 81, Valencia, 1985.
- Fletcher, D. y Martínez Pérez, A., «Inscripción del Llano de la Consolación (Montealegre del Castillo, Albacete)», *Homenaje al profesor Martín Almagro Basch*, vol. III, Madrid, 1983, 75-88.
- Gómez Moreno, M., «De epigrafía ibérica: el plomo de Alcoy», *Revista de Filología Española*, IX, 1922, 210 ss.
- «Sobre los iberos y su lengua: el bronce de Ascoli», *Homenaje a Menéndez Pidal*, III, 1925, 475 ss.
- *Las lenguas Hispánicas*. Discurso de recepción en la Real Academia Española, Madrid, 1949.
- «La escritura ibérica y su lenguaje», *BRAH*, 24, 1949, 257 ss.
- *Misceláneas. Historia, Arte, Arqueología. I*, Madrid, 1949. (Recopilación de trabajos anteriores con adición del «Suplemento de epigrafía ibérica», 283 ss.).
- *La escritura Bástulo-Turdetana (Primitiva Hispánica)*, Madrid, 1962.
- González Blanco, A. y otros, «La Cueva de la Camareta, refugio ibérico, eremitorio cristiano y rincón misterioso para árabes y foráneos hasta el día de hoy. Sus «graffiti». *XVI CNA*, 1983, 1023-1033.
- Hill, G.F., *Notes on the ancient coinage of Hispania Citerior*, The American Numismatic Society, New York, 1931.
- Hoz, J. de, «La epigrafía prelatina meridional en Hispania», *COL* I, 1976, 227-317.

- Holder, A., *Altceltischer Sprachschatz*, Leipzig, 1907-27.
- Hurtado de San Antonio, R., *Corpus provincial de inscripciones latinas de la provincia de Cáceres*, Cáceres, 1977.
- Iglesias Gil, J. M. y Sánchez Abad, J. L., «Nuevas estelas romanas de la provincia de Cáceres», *AEA* 50-51, 1977-78, 421 ss.
- Iniesta Sanmartín, A. y otros, «Grafitos prelatinos sobre cerámica en Murcia», *Anales de la Universidad de Murcia. Letras*, XLIII 3-4, 1984, 73-100.
- Lázaro Mengod, A. y otros: *Materiales de la necrópolis ibérica de Orleyl (Val d'Uxó, Castellón)*. Serie de Trabajos Varios N° 70, SIP, Valencia, 1981.
- Lejeune, Michel, «Epigraphie sud-hispánique», *Revue d'Etudes Anciennes* LXV, 1983, 5-32.
- Maluquer de Motes, J., *Epigrafía prelatina de la Península Ibérica*, Barcelona, 1968.
- Marco Simón, F., «Nuevas estelas ibéricas de Alcañiz», *Pyrenae* 12, 1976, 73-90.
- Marco Simón, F. y Baldellou, V., «El monumento ibérico de Binéfar (Huesca)», *Pyrenae* 12, 1976, 91-115.
- Melena, J.L. y Otero, J.M., «La estela inscrita de Siruela, Badajoz», *Actas I*, Salamanca, 1976, 343 ss.
- «Salama, Jálama y la epigrafía latina del antiguo corregimiento», *Symbolae Ludovico Michelena Septuagenario Oblatae*, 1985, 475-530.
- Michelena, L., «La escritura en la España Prerromana», Reseña a Caro Baroja, *Boletín de la Real Sociedad Vascongada de los Amigos del País*, X, 1954, 368-372.
- «De onomástica aquitana», *Pirineos* X, 1954, 409-457.
- «Comentarios en torno a la lengua ibérica», *Zephyrus* XII, 1961, 2-23.
- *Fonética Histórica Vasca* (2ª edición corregida y aumentada) San Sebastián, 1967.
- *La inscripción celtibérica de Botorrita*, Salamanca, 1974.
- Muñoz Amilibia, A.M., «Plomo ibérico en escritura griega de Coimbra del Barranco Ancho (Jumilla, Murcia)» (*Homenaje a Emeterio Cuadrado Verdolay* n° 2, 1990, 97-100).
- Oroz Arizcuren, F. J., «De homografía conflictiva en ibérico», *Actas III*, Lisboa, 1985, 397 ss.
- Pérez Rojas, M., «El Nombre de Tartessos», en *Tartessos y sus problemas, V Symposium internacional de Prehistoria Peninsular*, (Jerez de la Frontera 1968). Barcelona, 1969.
- *Estudio estructural de las Instituciones Civiles a través de la epigrafía hispánica*, (Tesis doctoral) Madrid, 1980.
- «La estela ibérica de Caspe: introducción a su estudio lingüístico», *AEA* 62, 1983, 269-285.
- «El bronce de Botorrita, nueva aportación a la lengua celtibérica», *Revista de Arqueología* N° 60, (Abril 1986), 43-58.
- «Epigrafía tartésica». *Tartessos*, número monográfico extraordinario de la «Revista de Arqueología», Madrid, 1986, 74 ss.
- «Desconcierto metodológico en torno a la escritura tartésica», *Homenaje a J. M. Blázquez* (en prensa).
- Raddatz, K., *Die Schatzfunde der Iberischen Halbinsel*, Berlín, 1969.
- Ramos Fernández, R., «Inscripciones ibéricas de la Alcudía (Elche)», *APL* XII, 1969, 169-176.
- Renfrew, C., *Arqueología y lenguaje. La cuestión de los orígenes indoeuropeos*, Barcelona, 1990.
- Roldán Hervás, J.M., *Itineraria Hispánica, Fuentes antiguas para el estudio de las vías romanas en la Península Ibérica*, Valladolid-Granada, 1975.
- Rouillard, P., «Les coupes attiques a figures rouges du IV siecle en Andalousie», *Mélanges de la Casa de Velázquez* 11, 1975, 21 ss.

- «Les colonies grecques du Sud-Est de la Péninsule Ibérique. Etat de la question», en *I Focei nell'Anatolia all'Oceano, La Parola d del Passato* 37, 1982, 428 ss.
- Ruano Ruiz, E., *La escultura humana de piedra en el mundo ibérico*, Madrid, 1987.
- Ruiz Bremón, M., *El Santuario Ibérico del Cerro de los Santos* (Tesis Doctoral, Universidad Complutense de Madrid), 1985.
- Sanmartí Grego, E. y Santiago, Rosa A., «La lettre greque d'Emporion et son contexte archéologique», *Revue Archéologique de Narbonnais* 21, 1989, 3 ss.
- Sánchez Jiménez, J. y Beltrán Vilagrasa, P., «Los platos de Abengibre», *Cuadernos de Arqueología e Historia de la Ciudad*, Nº 2, 1962, 510 ss.
- Schulten, A.: Tartessos, Madrid, 1962 (2ª edición).
- Selva Iniesta, y A. Jordán Montés, J.F., «Notas sobre la red viaria romana en la comarca de Hellín-Tobarra (Albacete) en Vías romanas del Sureste», *Actas del Symposium celebrado en Murcia 1986*.
- Siles, J.: *Sobre un posible préstamo griego en ibérico*, SIP, Serie de Trabajos Varios Nº 49, 1975.
- «Léxico de las inscripciones ibéricas de Sagunto», *Saguntum* 12, 1977, 157-190.
- «Sobre el signo ibérico Y y los valores fonéticos que anota: Apuntes para sistematización de las grafías de las nasales en la escritura ibérica», *Emerita* XLIX, 1981, 75-96.
- «Iberismo y latinización», *Faventia*, 3, 1, 1981, 79-113.
- *Léxico de las inscripciones ibéricas*, Madrid, 1985.
- Sillières, P., 1982: Une grand route romaine menant à Carthagène, la voie Saltigi-Carthago Nova», *Madriider Mitteilungen* XXIII, 1982, 247 ss.
- Solá i Solé, J.M., *El alfabeto monetario de las cecas libio-fenices*, Barcelona, 1980.
- Solier, I., «Découverte d'inscriptions sur plombs en écriture ibérique dans un entrepôt de Pech Maho (Sigean)», *Revue Archéologique de Narbonnais* 12, 1979, 55-123.
- Tovar, A., «Lenguas prerromanas de la Península Ibérica: Lenguas no Indoeuropeas. Testimonios Antiguos», *ELH* I, 1960, 5-25.
- «Lenguas Indoeuropeas. Testimonios Antiguos», *ELH* I, 1960, 101-126.
- «El bronce de Luzaga y las téseras de hospitalidad latinas y celtibéricas», *Emerita* XVI, 1948, 75-91.
- *Estudios sobre las primitivas lenguas hispánicas*, Buenos Aires, 1949.
- «Las monedas de Obulco y los celtas en Andalucía», *Zephyrus* III, 1952, 2129-2221.
- «Las inscripciones celtibéricas de Peñalba de Villastar», *Emerita* 27, 1959, 249-265.
- *Iberische Landeskunde*, Baden-Baden 1974.
- Untermann, J., *Sprachräume und Sprachbewegungen in vorrömischen Hispanien*, Wiesbaden, 1961.
- «Las leyendas monetales», *COL* I, 1976, 213 ss.
- «En torno a las inscripciones rupestres de Peñalba de Villastar», *Teruel* 57-58, 1977, 5-21.
- *Elementos de un atlas antroponímico de la Hispania Antigua*. Biblioteca Praehistorica Hispana, vol. VII, Madrid, 1965.
- *Monumenta Linguarum Hispanicarum*, I, 1 y 2; Wiesbaden 1975. II, Wiesbaden 1980. III, 1 y 2; Wiesbaden 1990.
- Vallejo, J., «Exploraciones ibéricas III», *Emerita* 18, 1950, 174 ss.
- «Exploraciones Ibéricas IV», *Emerita* 22, 1954, 222 ss.
- Zobel de Zangróniz, J., «Noticia de varios monumentos que demuestran la existencia de un alfabeto desconocido empleado antiguamente en algunas regiones meridionales de la Bética», *Memorial Numismático Español*, I, 1886, 7-41.